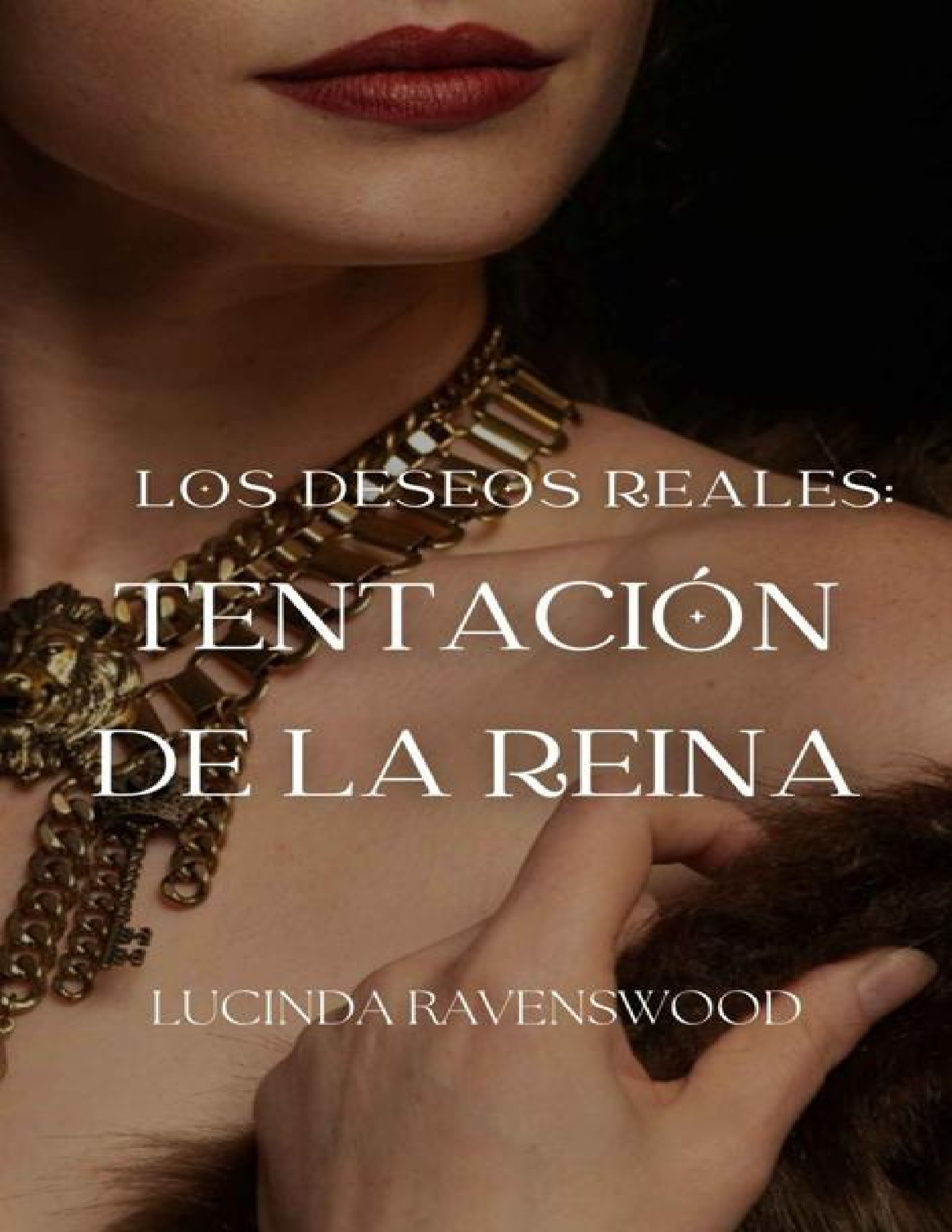




LOS DESEOS REALES:
TENTACIÓN
DE LA REINA

LUCINDA RAVENSWOOD

Lucinda Ravenswood

Los Deseos Reales: Tentación de la Reina

Copyright © 2023 by Lucinda Ravenswood

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

First edition

*This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com*

Contenido

1. [1. Prólogo](#)
2. [2. El Trono Maldito](#)
3. [3. El Hombre Elegido](#)
4. [4. El Harén de Susurro](#)
5. [5. Enlazada con la Tentación](#)
6. [6. El Médico Imperial](#)
7. [7. Los Consejos Susurrados](#)
8. [8. Interrogando al Destino](#)
9. [9. Sorpresas y Límites](#)
10. [10. Un Trono Sin Heredero](#)
11. [11. Seducción Soberana](#)
12. [12. El Tributo de los Reyes](#)
13. [13. Príncipe Kyllion de Elydien](#)
14. [14. Conclave de Sombras](#)
15. [15. La Prisión de Terciopelo](#)
16. [16. El Primer Enfrentamiento](#)
17. [17. La Seducción de la Reina](#)
18. [18. El Tormento de la Reina](#)
19. [19. Un Juego de Sombras](#)
20. [20. La Profecía](#)
21. [21. La Pelea Inevitable](#)
22. [22. Cerca de la Muerte](#)
23. [23. La Partida Misteriosa](#)
24. [24. Una Rechazo Sin Precedentes](#)
25. [25. La Tormenta Silenciosa](#)
26. [26. Coronación de la Esperanza](#)
27. [27. Un Encuentro Prohibido Sobre Ruedas](#)
28. [28. Mareas de Deseo](#)
29. [29. Serpientes en el Jardín](#)

Prólogo

Su mano atrapó mi mentón, un movimiento audaz. Juntó nuestros labios mientras su lengua caliente separaba rápidamente los míos.

Respiré profundamente mientras él empujaba su lengua más profundamente en mi boca y succionaba mi lengua como si quisiera tragársela. Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello. Siguió un beso apasionado. Nuestra saliva se mezcló mientras nuestras lenguas se acariciaban mutuamente.

En la silenciosa habitación, nuestras lenguas estaban profundamente entrelazadas. Los sonidos de besos resonaban en el aire.

Su beso, que parecía cubrir toda mi boca, agitó mi cuerpo. Mis brazos, envueltos alrededor de su cuello, temblaron y cayeron a sus hombros.

—¡Alaric! —Susurré.

—Sí.

—Haz más.

—¡Como ordene, Su Majestad!

Después de dar la orden y terminar el largo beso, él continuó. Bajó hasta mi mentón y besó mi cuello. Mis manos cayeron al pecho de Alaric y se aferraron fuertemente a su ropa hasta que una de sus piernas se deslizó entre las mías.

Empujó su parte inferior contra mí. Cada vez que embestía, enviaba escalofríos por mi espina dorsal. Su cabeza dura rozó mi parte más sensible. Gruñí y apreté su espalda.

—Sigue, ¡Alaric!

Alaric no respondió pero siguió presionando su parte inferior. Oía solo el sonido de nuestros suspiros intermitentes.

Alaric hizo un movimiento audaz; agarró mis caderas. Embistió con fuerza y metió toda su longitud. La sensación de él golpeando mi parte más profunda fue tan electrizante. Sus movimientos se volvieron cada vez más intensos. Cada vez que entraba en mí, los fluidos corporales bajaban por mis muslos. Y cada vez que entraba en mí, gemía.

—Su Majestad.

Al llamarme, sentí que mi cuerpo temblaba de placer. Mis entrañas se contrajeron, estimulándolo, y sus movimientos se volvieron más rápidos.

Alaric tomó una respiración profunda mientras me conquistaba completamente. Mi estómago se apretó, haciéndolo dejar de moverse y tragar su aliento. Al llegar al clímax, las paredes

internas se contrajeron y apretaron alrededor de su miembro. Mi cuerpo tembló y se relajó. Fue una noche ardiente y emocionante.

Caímos juntos en la cama. Pero Alaric movió su cuerpo.

Yo aún jadeaba y lo miré. —Tu servicio fue excelente.

Alaric sonrió, sus ojos brillaban. Luego besó sus pies. —Gracias por el honor, Su Majestad. Nada podría ser más agradable que esta noche.

Sonreí satisfecha. Como dueña del harén, demostré mi posesión de este hombre.

El Trono Maldito

Yo, Edith Rainier, soy la última gobernante del místico reino de Iriallon. La última reina y la última real. Hoy me senté en mi magnífico trono, un pesado fardo sobre mis hombros. Contemplé las sombras parpadeantes arrojadas por la tenue luz de los braseros. Mis pensamientos fueron consumidos por la antigua maldición que acechaba a mi familia.

La Maldición de Iriallon era tan antigua como el propio reino. La maldición fue colocada en nuestra línea por Elenora, la vengativa reina de un reino caído. Con su último aliento, desató una maldición sobre la línea real de Iriallon. La maldición era cruel e implacable. Cada heredero varón encontraría su fin en su decimoséptimo cumpleaños. Y las hijas reales lucharían por quedar embarazadas.

Esto obligó a los descendientes varones de la familia real de Iriallon a tener hijos antes de llegar a la adultez, como tener que tener un sucesor antes de morir. Las descendientes femeninas tuvieron que sufrir mucho para tener descendencia. Algunas pudieron tener hijos, otras no. El propósito de la maldición era erradicar a la familia real hasta que no quedara nadie.

Durante siglos, esta maldición ha sido un hilo trágico en la historia de mi familia. La conquista de mi bisabuelo trajo una muda condena a sus descendientes. Esta maldición, un amargo legado, me dejó como la última de nuestra línea, una monarca solitaria en un extenso palacio.

La maldición aún no ha sido rota, porque aún tengo la marca de la maldición. Cada familia real tiene una marca en forma de fuego negro y ardiente. La ubicación de la marca es diferente para cada persona. La marca en mi cuerpo está sobre mi estómago. No duele, pero no puede ser ignorada.

La maldición había dictado elecciones y caminos que de otro modo habrían permanecido inexplorados. Cada paso que daba, cada decisión que tomaba, la sombra de la maldición de Elenora se cernía sobre mí. Pero en medio de esta red de destino y tristeza, encontré fuerza en mi determinación. No permitiría que la maldición definiera la totalidad de mi reinado. Había momentos, fugaces pero brillantes, en los que veía destellos de esperanza y posibilidad.

Como la primera monarca femenina de Iriallon, cargo con el peso de los pecados de mis ancestros y la esperanza desesperada del reino por un heredero. Debo luchar para conseguir un sucesor para la familia real, o Iriallon llegará a su fin. No era simplemente la última de mi linaje. Era una reina, protectora de mi pueblo y portadora de esperanza en medio de un legado de oscuridad. Y con cada día que pasaba, escribía otra página en nuestra historia. Un testimonio del

espíritu perdurable de un reino que se negaba a ser definido por sus tristezas pasadas.

Los nobles susurraban de la maldición en los corredores sombríos. Sus ojos estaban llenos de hambre de poder y la continuación de la línea real. Decidí sofocar a estos nobles codiciosos y romper la maldición al mismo tiempo. Establecería un harén.

Ahora miraba a los nobles parados en el pasillo. Los nobles se congregaron aquí para oponerse a mi decisión. Me suplicaron que detuviera el plan.

—Su Majestad —finalmente dijo el Señor Everard, su voz impregnada de desaprobación.

La gran sala, generalmente llena de susurros, cayó en un silencio atónito.

—Sí, Señor Everard, ¡por favor, hable!

—Sobre el harén de hombres que va a hacer concubinos, esto es muy poco convencional. Nuestras tradiciones exigen un matrimonio convencional y herederos de tal unión.

Me puse de pie, mi vestido susurraba y las joyas en mi cuello capturaban la luz titilante de las velas. —Las tradiciones —dije con frialdad— a menudo han sido barreras para el progreso. Nuestro reino necesita herederos, sí, pero no a expensas de normas anticuadas.

Murmullos se propagaron entre la multitud. Podía verlos sopesando el escándalo de un harén contra la desgracia de una reina estéril.

—Su Majestad, el consejo le suplica que lo reconsideré —suplicó el Señor Everard. Su voz resonó en la vasta cámara, llena de miedo e incertidumbre.

—¡Basta! —grité, silenciando los murmullos de los nobles reunidos—. La maldición de Elenora ha cobrado demasiadas vidas. Es hora de desafiar este destino cruel y asegurar el futuro de Iriallon—. Mi corazón latía rápido mientras consideraba el plan audaz, un plan arriesgado que rompería siglos de tradición.

—Su Majestad, si me permite —titubeó el Señor Everard, sus ojos escudriñando el mar de caras escépticas—. Establecer un harén es un paso poco convencional. ¿Está segura de que esta es la única manera?

—Sí. Es la única manera.

Los nobles intercambiaron miradas incómodas; su malestar era palpable. Señora Margery, siempre estricta en cuanto a la corrección, apretó sus perlas. —Su Majestad, esto es... ¡escandaloso!

—Escandaloso, tal vez, pero efectivo —contraataqué, mis ojos recorriendo sobre ella.

—Pero, Su Majestad, ¡por favor, piénselo de nuevo!

Tomé una respiración profunda. Parecía que protestarían si seguía adelante con esto. Así que tuve que encontrar una manera de silenciarlos y evitar que cuestionaran mis decisiones en el futuro.

Tomé otra respiración. —Ya que insisten en la tradición, propongo un compromiso.

Señor Everard levantó una ceja. —¿Un compromiso, Su Majestad?

Asentí. —Aceptaré el matrimonio como lo desean. Pero si esta unión no produce un heredero en medio año, deben aceptar mi plan original.

—Y —añadí, la última carta bajo la manga —mi compañero debe ser elegido entre sus hijos. Si no logra proporcionarme un heredero, será culpa de su linaje, no la mía.

El silencio que siguió fue ensordecedor. El rostro de Señor Everard se sonrojó, y Señora Margery parecía que podría desmayarse. Pero lentamente, a regañadientes, asintieron con su acuerdo.

Había ganado esta ronda, pero la batalla por mi trono y mi libertad estaba lejos de terminar. Mientras miraba por las altas ventanas y veía la luna arrojar su resplandor sobre mi reino, sabía una cosa con certeza: no sería peón de nadie. Era una reina, y forjaría mi destino, pase lo que

pase.

—Pero medio año es poco tiempo, Su Majestad.

—No cuestiones a tu reina —respondí. Me endurecí contra la incertidumbre que carcomía mi conciencia. Había luchado con mi decisión durante incontables noches. Reflexioné sobre los susurros del espíritu vengativo de Elenora que resonaban en los recovecos de mi mente. Pero la desesperación de nuestro reino exigía medidas desesperadas—. La insensatez involuntaria de mi bisabuelo nos ha costado caro. Debo hacer lo que pueda para asegurar un sucesor.

—Muy bien, Su Majestad —cedió Señor Everard, inclinando la cabeza en sumisión—. Debemos acatar tu decisión y proporcionar cualquier ayuda que sea necesaria.

—Esta noche todos deben demostrar su valía; ¡déjenme pasar la noche con su hijo!—declaré, mi voz firme a pesar de la trepidación que corría por mis venas—. Juntos, debemos desafiar la maldición de Elenora y asegurar un futuro mejor para nuestro reino.

Se pusieron de pie, la determinación grabada en sus rostros. Me preparé para el desafío que se avecinaba. A través de la pasión y la perseverancia, juré superar las sombras del pasado de mi familia. Por la legitimidad como Reina de esta tierra, tendría un heredero y rompería esta terrible maldición.

Mientras abandonaban la sala, no pude evitar preguntarme sobre el hombre que sería mi esposo. ¿Sería un aliado o simplemente otra cadena en mi jaula dorada? ¿O es esta persona solo una herramienta a ser utilizada por ciertas familias nobles para obtener más poder para sí mismos?

El Hombre Elegido

Esa tarde, mientras las sombras se alargaban y el palacio comenzaba a centellear en el crepúsculo. Como lo prometieron los nobles en el salón esa tarde, Leonard William llegó. Era el hijo del Duque William, elegido para ser mi compañero en esta intrincada tarea real.

Estaba junto a la ventana grande de mi habitación y observaba su aproximación. Leonard era alto, con una postura que hablaba tanto de linaje como de despreocupación. Su cabello era un rico tono castaño rojizo, cortado al estilo moderno. Sus ojos, de un llamativo tono verde, exploraron la habitación con una mirada inquisitiva. Era guapo, sí, pero era su aire de confianza tranquila lo que realmente captó mi atención.

A medida que se acercaba, le ofrecí una sonrisa, del tipo reservado para pares en un tablero de ajedrez. —Señor Leonard, su puntualidad es tan loable como su reputación.

Se inclinó, una mezcla perfecta de formalidad y encanto. —Su Majestad, es un honor. Solo espero estar a la altura de las expectativas que mi posición exige.

Su voz era suave, con un toque de algo indefinible que me intrigaba. —Las expectativas a menudo pueden ser una carga pesada —respondí, mis ojos trabándose con los suyos—. Pero supongo que ambos estamos bien familiarizados con eso, ¿verdad?

Leonard se enderezó, y hubo un destello de algo parecido a la diversión en sus ojos. —En efecto, Su Majestad. Pero a veces son los caminos inesperados los que nos llevan a destinos más intrigantes.

No pude evitar admirar su ingenio. —¿Y estás preparado para tal viaje, Señor Leonard?

—Creo que sí, Su Majestad. —Su mirada no vaciló—. Después de todo, uno no entra en un acuerdo con una reina sin esperar algunas sorpresas.

El aire entre nosotros chispeaba con una tensión que era parte emoción, parte precaución. En Leonard, vi a un hombre que podía ser mi igual en este juego, no solo un peón o un hijo obediente de la nobleza.

—Entonces, comencemos —dije, extendiendo mi mano para un beso, un gesto tradicional cargado de nuevo significado—. Nuestro viaje, sea lo que sea que traiga consigo.

Cuando sus labios rozaron el dorso de mi mano, supe que este acuerdo podría convertirse en algo que ninguno de nosotros podría haber anticipado. Leonard, el hijo de un duque, podría ser más que un simple compañero en el deber. Tal vez había encontrado en él a un aliado, un confidente, o incluso algo más peligroso, un espíritu afín. Pero, como en el principio, este acuerdo nació de la necesidad. Así que no necesito pensarlo ahora.

Observé cómo las criadas revoloteaban alrededor de Leonard. Las mejillas del hombre educado y bien educado se volvieron carmesí. Sus ojos se desviaron hacia el suelo mientras lo desvestían. Los delicados dedos de la criada tiraban de los botones de su chaleco. Le quitaron la camisa, dejándolo expuesto y vulnerable a sus hábiles manos.

—Leonard —dije, mi voz una mezcla de determinación y ternura—. Si logras embarazarme, debemos casarnos —. Sus ojos anchos se encontraron con los míos, y vi el peso de mis palabras asentarse sobre sus hombros, pero asintió comprendiendo—. Pero debes saber que no soy una reina conservadora. Lo he hecho antes y nunca he quedado embarazada.

—Entiendo, Majestad.

Sonreí. —Espero que puedas ser el padre de mis hijos en el futuro.

—Gracias, Majestad.

Mientras me acercaba a la cama, mi camisón de seda susurraba contra mi piel. El sonido encendió mi anticipación. Leonard me siguió, sus pies descalzos hundiéndose en la mullida alfombra. Se sentó a mi lado y, por un momento, nos miramos el uno al otro, el aire entre nosotros lleno de posibilidad.

—¿Puedo? —preguntó, su voz apenas audible. Cuando asentí con la cabeza, se inclinó y plantó un beso suave y casto en mis labios. Fue demasiado rápido, pero fue suficiente para avivar el deseo en mí. Sentía el calor de su cuerpo, tan cerca del mío, y mi corazón latía en respuesta.

—Por favor, Leonard —murmuré, alcanzándolo. Nuestras bocas se encontraron de nuevo, esta vez durando más, saboreando el gusto mutuo. Nuestros cuerpos se sintonizaron con la presencia del otro. El calor entre nosotros creció, amenazando con consumirnos a ambos.

Los labios de Leonard eran fieros en los míos. Su beso estaba lleno de una intensidad que me dejó sin aliento. Un suspiro se me escapó, mi pecho hinchándose con una mezcla de pasión y vulnerabilidad. Sentía el calor de su cuerpo presionando contra el mío, y parecía como si nos hubiéramos convertido en uno.

—¿Estás lista, Majestad? —susurró, buscando en mis ojos cualquier indicio de vacilación. Asentí con la cabeza, y con una comprensión no expresada, Leonard se colocó entre mis piernas. Al entrar en mí, jadeé ante la sensación, nuestros cuerpos fusionándose de una manera que se sentía tanto nueva como familiar.

Se movió dentro de mí, lento al principio. Luego, con urgencia creciente, sus movimientos se aceleraron. Mi placer aumentó con cada movimiento hasta que ya no pude contenerlo. Un suspiro de pura dicha se escapó de mis labios. Mientras Leonard seguía moviéndose, nuestros cuerpos se enredaron. Sabía que esto era solo el comienzo de nuestro viaje juntos durante los próximos seis meses o más.

Gotas de sudor brillaban en la frente de Leonard mientras continuaba empujando la suya en la mía. El aire estaba cargado de pasión e intensidad. Una conexión poderosa entre dos amantes que las palabras apenas podían describir. Mi corazón latía fuertemente en mi pecho, y cada sensación se amplificaba con nuestro deseo compartido.

—Leonard —jadeé —sigue. Por favor, no pares.

Sus ojos se encontraron con los míos, una determinación ardiente apoderándose de él. —No lo haré, Su Majestad —exhaló, su voz cargada de necesidad.

Mientras seguíamos moviéndonos juntos, sentí una abrumadora oleada de placer comenzar a construirse en mí. Mis dedos se hundieron en los hombros de Leonard, anhelando un ancla en la tormenta de sensaciones. Nuestras respiraciones se entrelazaron, calientes y rápidas, mientras nos empujábamos mutuamente más y más.

—Dios, eres asombroso —susurré, incapaz de contener la admiración en mi voz.

—Solo porque lo sacas de mí, Su Majestad —respondió, sonriendo a pesar del esfuerzo.

Nuestros cuerpos presionados uno contra el otro, cada roce enviando escalofríos por mi espina dorsal. El calor entre nosotros parecía arder más y más, amenazando con consumirnos a ambos. Pero ninguno de los dos quería alejarse. Estábamos perdidos en el momento, completamente hipnotizados por nuestra conexión.

No puedo creer cuánto he extrañado esto, pensé, la realización golpeándome como un puñetazo en el pecho.

—Casi allí... —murmuró Leonard, sus movimientos volviéndose más urgentes.

—Yo también —jadeé, sintiendo el frenesí del placer alcanzar su punto máximo.

Nos aferramos el uno al otro mientras alcanzábamos el clímax, nuestros gritos de éxtasis llenando la habitación. El tiempo parecía ralentizarse a paso de tortuga. El mundo exterior se desvaneció hasta que solo éramos nosotros, suspendidos en un momento de pura dicha.

A medida que nuestra respiración volvía a la normalidad, Leonard plantó un tierno beso en mi frente. —Fue increíble, Su Majestad —dijo suavemente.

—Más allá de las palabras —coincidí, mi corazón aún latiendo fuertemente.

Nos abrazamos, nuestros cuerpos entrelazados, mientras nos regodeábamos en las secuelas de nuestra pasión. Fue un momento de total vulnerabilidad y confianza, una conexión que trascendió el acto físico que acabábamos de compartir.

El Harén de Susurro

Después de eso, pasé muchas noches apasionadas con Leonard. Los prometidos seis meses pasaron volando. Pero la maldición parecía implacable y yo seguía sin hijos. Nuestro matrimonio fue anulado y, finalmente, los nobles no pudieron oponerse a mi decisión.

Como reina de Irallion, di un paso audaz nunca antes visto en los anales de la historia. Declaré la formación de un harén, una asamblea de hombres que servirían como mis concubinos. Este decreto, audaz como era, abrió las puertas a príncipes y nobles de todos los rincones del mundo. Mi proclamación no fue un capricho personal; fue un movimiento estratégico. Un método no convencional para establecer relaciones diplomáticas, un harén que podría permitirme escapar de la maldición y producir un sucesor para Irallion.

Pronto, llegaron enviados de reinos lejanos, cada uno con ofertas de participación. Estos hombres, a menudo los hijos menos conocidos de familias nobles, estaban ansiosos por unirse. Eran los pasados por alto, aquellos que permanecían en las sombras de la sucesión. Sus caminos estaban oscurecidos por la presencia de un hermano mayor destinado a gobernar. Pero su linaje, o la falta de él, me importaba poco. Elegí a estos hombres por su encanto y gracia. También eran símbolos de alianzas frágiles y relaciones diplomáticas. En ellos veía reflejos de mis circunstancias, atados por nacimiento a un papel que era a la vez un privilegio y una jaula.

Curiosamente, incluso los nobles de Irallion, aunque pocos, estaban ansiosos por participar. Su motivación era transparente: una oportunidad para ascender en las filas del poder. Querían tejerse en el tejido de la monarquía. En este gran esquema, el amor era un pensamiento secundario, una noción pintoresca eclipsada por la ambición y las maniobras políticas.

El acto de equilibrio entre la ganancia diplomática y el deseo personal. Cada hombre traído a este santuario dorado era virgen, intocado y sin dueño. Pero no elijo a mis concubinos a la ligera. Mis criterios son simples: deben brindarme compañía. También deben poder satisfacer mis deseos nocturnos. Deben tener el potencial de producir un sucesor.

Unos meses después del anuncio, construí el castillo para el harén. El harén se construyó en el corazón de Irallion, oculto detrás de paredes de hiedra y susurros, un lugar de belleza misteriosa y pasiones complejas. El palacio es una vasta estructura de piedra blanca y mosaicos relucientes. Sus jardines eran un oasis de tranquilidad, con fuentes y flores. Era tanto un santuario como una jaula dorada para los hombres que vivían allí.

Los habitantes de este palacio no eran concubinas comunes. Eran los hombres elegidos de la alta sociedad. También estaban los hijos de nobles de Irallion que asistían como mis concubinos.

Además de los hijos de la nobleza, había otros residentes y príncipes de tierras lejanas. Entre ellos se encontraban eruditos, guerreros con ojos como mares tormentosos o artistas cuyas palabras podían calmar incluso el alma más inquieta. Cada uno fue elegido no solo con la esperanza de producir un heredero, sino por su capacidad para contribuir al legado del reino de una manera única.

Fueron delegados por sus reinos como tributo y símbolo de lealtad. Estos hombres, adornados con seda y joyas, eran más que simples adornos. Eran peones en un juego de poder y diplomacia. Cada uno llevaba consigo sus ambiciones, secretos y lealtades ocultas detrás de velos de encanto y seducción.

Como reina, estos hombres eran para mí como estrellas en el cielo nocturno: distantes, titilantes y muchos. Cada noche, elegía a uno de ellos para pasar la noche en una habitación especial. Esta habitación, ubicada al final del harén y cerca de mi palacio, era un santuario de intimidad y revelación.

Esta habitación no se parecía a ninguna otra en el palacio. Las paredes estaban cubiertas con terciopelo azul medianoche, y el suelo estaba cubierto con alfombras mullidas tejidas con hilos de oro y plata. La gran cama estaba adornada con cojines de todas las formas y colores. Justo en el centro había una especie de trono en un mundo lleno de promesas susurradas y conexiones fugaces.

Aquí, en esta habitación, los príncipes se revelaban no solo en cuerpo, sino en alma. Cada encuentro era una danza de palabras y miradas, un delicado equilibrio entre revelación y ocultamiento. En esos momentos, vislumbraba sus verdaderos seres, sus miedos, sus esperanzas y sus sueños. Cada príncipe, a su manera, buscaba algo más que gratificación física. Buscaban reconocimiento, comprensión y un lugar en una historia mucho más grande que la suya. A pesar de todo el lujo y la atención que recibían, estos hombres estaban atados por su deber hacia mí. Las cadenas invisibles de diplomacia y estrategia limitaban su libertad.

Cada concubino elegido pasaría una cálida noche conmigo. Tendríamos relaciones hasta que estuviera satisfecha. También establecía las reglas para cada uno de ellos para asegurar mi satisfacción. El concubino elegido hoy podía ser elegido nuevamente mañana o no serlo en absoluto hasta algunas semanas después. Todo dependía de mis deseos. Cuando amanecía, todos los príncipes regresarían a sus moradas. Después de eso, yo serviría como reina y cumpliría con cada deber.

Enlazada con la Tentación

La habitación está adornada con paredes de mármol blanco recortadas en oro, aumentando su grandeza. La habitación está dominada por una lujosa bañera con patas de garra y diseños intrincados. Sobre una elegante tocador con tapa de mármol hay un espejo grande y dorado. Los accesorios de latón añaden un toque de sofisticación centenaria.

El techo alto y ornamentado sostiene candelabros de cristal que proyectan una luz cálida. Esta iluminación resalta las cortinas de terciopelo que enmarcan una ventana grande. La ventana ofrece una vista serena de un jardín real, añadiendo a la tranquila atmósfera de la habitación.

La alfombra persa en el suelo armoniza con la paleta de colores de la habitación. Hay varios accesorios antiguos, como perfumes, cepillos y jaboneras ornamentadas. Los detalles en este baño crean un espacio que no solo es funcional sino magnífico.

Me levanté de mi cama, las sábanas sedosas cayendo como pétalos de una rosa en flor. Me paré frente al gran espejo. Mi reflejo tenía la gracia y la elegancia esperadas de una reina. Sin embargo, en mis ojos parpadeaba una llama de deseos y sueños no expresados. Esa llama a menudo estaba oculta bajo el peso de mi corona.

Las criadas entraron con eficiencia silenciosa. Comenzaron a preparar mis abluciones de la noche. Colocaron una variedad de exquisitos jabones y aceites que brillaban a la luz tenue.

Mientras preparaban el baño, atrapé la mirada de Mary, mi doncella principal, en el espejo. Su mirada, siempre respetuosa, tenía un destello de comprensión.

—Su Majestad —comenzó Mary, su voz una suave melodía en la habitación tranquila —el baño está preparado. ¿Necesita algo más?

Me volví hacia ella, permitiendo que una rara y suave sonrisa iluminara mis labios. —Gracias, Mary. No necesito nada en este momento.

Con un gesto de gratitud, Mary se retiró, permitiéndome sumergirme en el cálido abrazo de la bañera. El agua acariciaba mi piel. Lavaba los restos del día y calmaba los rincones ocultos de mi alma.

Cerré los ojos y me permití un raro momento de reflexión desprotegida en la soledad del baño. No era solo una reina, sino una mujer con deseos y sueños a menudo ocultos bajo el manto de la realeza.

Mientras las criadas me lavaban, su toque era a la vez familiar y profesional. Reflexioné sobre las complejidades de mi vida. El palacio, con sus pasillos dorados y secretos susurrados, era tanto mi santuario como mi prisión. Sin embargo, en medio de este lujo y la intrincada danza de

la vida cortesana, seguía siendo una figura de gracia y dignidad. Cada paso y cada decisión eran un testimonio de mi fuerza como gobernante. Una mujer que ha navegado por las aguas tormentosas de la política y el poder.

Mary me ayudó con mi vestido de noche. El traje, una suntuosa creación de seda y encaje, se ajustaba a mí como una segunda piel. Su profundo tono esmeralda complementaba mi cabello castaño. Me estudié en el espejo. La luz de las velas proyectaba suave sombras por la habitación. Prestaba cierto misticismo a mi reflejo.

—¿Hugo está listo para esta noche? —pregunté, ajustando un rizo rebelde que enmarcaba mi rostro.

Mary se detuvo, sus manos abrochando hábilmente el último botón de perla en la parte posterior de mi vestido. —Sí, Su Majestad, el Señor Hugo está esperando en el salón. Parecía... particularmente ansioso esta noche. —Había un toque de algo no dicho en su tono, ¿quizás una sutil nota de curiosidad?

Me giré para encontrarme con su mirada en el espejo. —¿Ansioso, dices? Qué peculiar. — Mis labios se curvaron en una media sonrisa, y mi mente bailaba con posibilidades. Hugo, con sus modos enigmáticos, siempre me causaba emoción. La emoción es una mezcla de anticipación y malestar. Respiré profundamente y sentí el vestido ajustado contra mi cuerpo, un ajuste perfecto—. Gracias, Mary. Asegúrate de que todo esté en orden. Esta noche debe ser impecable.

Mientras descendía la gran escalera, el sonido de mis tacones resonaba contra el mármol. La anticipación se envolvía a mi alrededor. ¿Qué juego jugaría Hugo esta noche?

Cuando entré en el salón, lo encontré de pie frente a la chimenea. Su postura era relajada pero imponente. Sus ojos encontraron los míos, una chispa de algo indefinible en sus profundidades.

—Su Majestad —comenzó, su voz tan suave como el terciopelo.

Levanté una ceja, intrigada. —¿Estás listo?

Se acercó, el calor de la chimenea proyectando un resplandor dorado sobre sus rasgos. —Se trata del futuro del reino y, más específicamente, de nuestro futuro. Estoy listo, Su Majestad.

Un escalofrío de anticipación recorrió mi espina dorsal. Hugo siempre lograba sacudir la calma de la vida en la corte susurrando sobre cambio y desafío. Esta noche, parecía, no sería una excepción.

No sé quién lo empezó, pero ya nos estábamos besando. Nuestros labios se encontraron en una tierna desesperación, como si estuvieran sedientos del tacto del otro. El cálido aliento de Hugo contra mi piel me envió escalofríos.

—¿Está bien, Alteza? —susurró, sus ojos buscando seguridad. Había una vulnerabilidad en su voz que no había visto antes.

—Más que bien —le aseguré, mis dedos enredándose en su oscuro cabello. Con nueva confianza, lo empujé hasta que cayó de nuevo en los mullidos cojines del sofá.

Me senté en su regazo, nuestros cuerpos presionando juntos. Podía sentir su emoción debajo de mí; la tela de sus pantalones estirándose tensa. La sensación envió una descarga eléctrica a través de mí, encendiendo un fuego profundo. Dejé que mis dedos trazaran patrones ociosos en el pecho de Hugo, sintiendo el constante latido de su corazón bajo mi tacto.

—Más, Hugo —susurré, mi voz cargada de deseo y anhelo—. Necesito más de ti.

Sus ojos parpadearon con una mezcla de sorpresa y deleite, pero no dudó ni un momento. —Cualquier cosa por ti, Su Majestad —respondió, su voz grave y seductora.

Hugo gimíó, sus manos encontrando el camino a mis caderas. —Dios, eres increíble, Su Alteza —respiró. Sus labios rozaron mi pecho mientras besaba su camino hasta mi clavícula.

—Solo porque estoy contigo —murmuré, mi corazón latiendo al compás del suyo. Alineados

nuestros cuerpos, no hubo vacilación ni titubeo. Se sintió natural y correcto, como dos piezas de un rompecabezas encajando.

—¿Estás lista? —preguntó, su voz apenas audible sobre el sonido de nuestra respiración agitada.

—Siempre —respondí, una mezcla de emoción y nervios acumulándose en mi estómago. Hugo se posicionó en mi entrada y, con un suave empujón, me llenó por completo.

Nuestros movimientos fueron lentos y deliberados. Cada embestida nos acercaba al borde. Gemití mientras Hugo comenzaba a moverse rápidamente. Nuestra intimidad siempre era intensa. Pero en este momento, fue trascendental, cruda y sin filtrar, un testimonio de la pasión que ardía entre nosotros.

—Quédate conmigo, Su Majestad —jadeó Hugo, su agarre en mis caderas apretándose. Asentí, incapaz de formar palabras, mientras el placer amenazaba consumirme.

Continuamos moviéndonos juntos. La sensación de nuestros cuerpos chocando casi era demasiado para soportar. Sentía que estaba al borde de algo monumental, un precipicio del cual no había retorno. El mundo a nuestro alrededor se desvaneció hasta que todo lo que quedó fue la conexión entre nosotros. Y al sucumbir a las olas de éxtasis, supe que sin importar lo que depara el futuro, Hugo estaría a mi lado.

Mientras el placer se extendía entre nosotros, un fino brillo de sudor brillaba en nuestros cuerpos entrelazados. Nuestros pechos subían y bajaban al unísono, y el ritmo de nuestras respiraciones se sincronizaba como una sinfonía. La tenue luz que se filtraba a través de las pesadas cortinas proyectaba un resplandor cálido en la escena. Era como si la naturaleza misma hubiera conspirado para envolvernos en un capullo de intimidad.

Juntos, alcanzamos el clímax de nuestra pasión. Nuestros cuerpos temblaron juntos. A medida que las olas de éxtasis nos envolvían, mordí su hombro para sofocar un grito.

—Su Majestad —jadeó Hugo, su voz llena de asombro y admiración —eso fue... increíble.

Solo pude asentir en acuerdo, aún tambaleándome por la intensidad de nuestra conexión. Mis extremidades se sentían pesadas, pero cada terminación nerviosa parecía zumbear con una energía eléctrica.

Después de eso, nos tumbamos en el sofá, entrelazados, disfrutando de la luz. Nuestra respiración aún estaba agitada, pero Hugo me abrazaba con fuerza. Mientras nos movíamos en el sofá, nuestras extremidades se enredaron en un abrazo sensual. Seguíamos acurrucados, y nuestra respiración se entrecortaba después de un breve encuentro. Cuando mi respiración se volvió regular, lo miré. También tracé mis dedos a lo largo de sus pómulos.

—Hugo.

—Sí, Su Majestad.

—Más, Hugo —susurré, mi voz llena de deseo y anhelo. Todavía no estaba satisfecha, ya que rápidamente alcanzamos el clímax—. Necesito más de ti.

Sus ojos centellearon con una mezcla de sorpresa y placer, pero no dudó ni un momento. —Todo por ti, Su Majestad —respondió, con la voz baja y sensual.

—Hugo.

—Dime lo que deseas, Su Majestad —murmuró Hugo. Sus labios rozaron mi lóbulo de la oreja, enviando escalofríos por mi espina dorsal.

—Tu toque —respondí, mi voz apenas más que un suspiro jadeante—. En todas partes. Y tus labios... besándome como si fuera nuestra última noche en la Tierra.

—Tu deseo es mi orden —dijo, y comenzó a explorar mi cuerpo con toques suaves y reverentes. Sus labios encontraron los míos en un beso ardiente que me hizo sentir mareada y

centrada al mismo tiempo.

¡Oh, cómo deseaba que este momento durara para siempre, estar suspendida en esta unión perfecta de amor y deseo! Pero éramos solo humanos, y la noche eventualmente cedería paso al amanecer.

Contuve la respiración cuando Hugo me levantó sin esfuerzo en sus brazos. Nuestros cuerpos aún estaban enrojecidos por nuestra reciente pasión. La sensación de sus músculos flexionándose bajo mis dedos hizo que mi estómago diera vueltas. Me llevó a través de la habitación tenue. El aroma de lavanda y sándalo se mecía en el aire como un perfume sensual.

—Hazte satisfecho esta noche, ¡Hugo!

—Tu deseo es mi orden —susurró mientras me colocaba suavemente en la lujosa cama. Las sábanas sedosas acariciaban mi piel, un marcado contraste con el calor que irradiaba del cuerpo de Hugo mientras se unía a mí. Nuestros ojos se encontraron, y me maravillé de lo profundamente que parecía ver en mi alma.

—Muéstrame tus deseos, Su Majestad —instó Hugo, sus manos deslizándose a lo largo de mis curvas—. Permíteme adorar cada centímetro de ti.

Mi corazón latía rápido mientras consideraba lo que más deseaba. —Bésame... en todas partes —suspiré, confiándole mi deseo más profundo.

—Por supuesto, Su Majestad —murmuró. Bajó sus labios para depositar un tierno beso en mi frente. Mi mente nadaba en la embriagadora sensación de su devoción. Su boca dejó un rastro de fuego a medida que se movía hacia abajo. Cada roce parecía grabarse en mi memoria, conectándonos.

—Más —jadeé, mis manos enredándose en su cabello, instándolo a continuar. Cada fibra de mi ser anhelaba seguir este baile íntimo. Sabía que nunca me cansaría de su toque.

—Paciencia, Su Majestad —bromeó, su aliento caliente contra mi piel—. Tenemos toda la noche...

Mientras Hugo seguía explorando mi cuerpo, su cálido aliento en mi piel enviaba escalofríos por mi espina dorsal. Sus labios trazaron un camino desde mi cuello hasta mi clavícula. Sus dedos danzaban sobre mi cuerpo, encendiendo chispas de placer con cada toque. Podía sentir el calor emanando de él. Este segundo encuentro era más ardiente que el primero.

—¿Se siente bien? —Hugo susurró en mi oído, su voz ronca y llena de deseo.

Asentí, incapaz de encontrar palabras para las sensaciones que recorrían mi cuerpo. Sus besos continuaron su viaje hacia abajo, deteniéndose en mi pecho. Jugó con mi pezón entre sus dientes, dándole un suave mordisco que me hizo jadear.

—Ah, Hugo —suspiré, abrumada por su atención.

Mi mente corría mientras intentaba procesar la pasión que se desarrollaba entre nosotros. Había pasado tanto tiempo desde que experimenté tal intimidad. La cruda vulnerabilidad me emocionaba y aterraba al mismo tiempo. Como si sintiera mi lucha interna, Hugo me miró, sus ojos buscando los míos en busca de tranquilidad.

—¿Estás bien? —preguntó, su pregunta impregnada de genuina preocupación.

—Más que bien —le aseguré, sonriendo para aliviar sus preocupaciones.

Sus labios regresaron a mi piel, moviéndose con cuidado tierno hacia mi estómago. Su mano buscó el calor entre mis piernas.

—Por favor, Hugo —supliqué, desesperada por que nuestra conexión se profundizara.

Él accedió y se posicionó entre mis piernas. Lentamente, entró en mí, llenándome por completo de una manera que no sabía que necesitaba. Nuestros ojos se encontraron, compartiendo una mirada intensa.

—¿Se siente bien esto? —murmuró Hugo, sus movimientos deliberados y controlados.

—Perfecto —susurré de vuelta, mi voz apenas audible incluso para mis propios oídos.

Nuestro ritmo se hizo más fuerte y rápido con cada embestida. Nuestros cuerpos se movieron en perfecta armonía. La intensidad de nuestra conexión creció con cada toque.

—Más fuerte, Hugo —le insté, perdida en el placer que me recorría como electricidad.

Sus movimientos se aceleraron, acercándonos cada vez más al borde. Cuando alcanzamos la cima, una ola de éxtasis me envolvió, llevándose todo pensamiento y razón. Todo lo que quedaba era la pura y sin adulterar dicha de nuestra unión.

Hugo colapsó a mi lado, su aliento pesado y trabajoso por el esfuerzo. Nos quedamos allí, enredados juntos, disfrutando del resplandor de nuestra pasión. El mundo exterior dejó de existir, quedando solo nosotros dos y el amor que había prendido entre nosotros.

El Médico Imperial

Al salir del calor del baño, mis pensamientos se volvieron hacia las cargas y complicaciones de mi reinado. La decisión de formar un harén, una colección de hombres, había causado, de hecho, una tormenta entre la nobleza. Lo veían como una desviación de la tradición, un capricho de la reina que eclipsaba la gravedad de su corona. Pero había una razón más profunda y siniestra para mi elección poco convencional.

Sospecho que la maldición no solo afecta a la familia real. También podría afectar a los hombres de Irialón que están relacionados con la familia real. Es por eso que es difícil para las descendientes femeninas quedar embarazadas porque solo tienen contacto con personas en Irialón. Esto quedó demostrado por mí y Leonard al no poder tener un heredero después de seis meses.

Así que pensé que si el hombre era de fuera del reino, no caería bajo el hechizo. Esto significaba que probablemente habría un bebé nacido de esta relación. Con este propósito, tomé a otros príncipes y nobles como esposos. Pero esto solo provocó una oposición más violenta.

Salí del baño fragante y humeante. Sentí el calor envolver mi cuerpo mientras las gotas de agua brillaban en mi piel. Las criadas ya estaban atareadas. Sus voces suaves y el tintineo de las joyas resonaban en las opulentas estancias.

De pie frente al espejo ornamentado, las criadas se movían a mi alrededor, preparando mi ropa para el día. Mary, mi criada más confiable y hábil, se acercó con un peine de plata en la mano. Su tacto era tan suave como una brisa, y sus ojos brillaban con devoción.

—Su Majestad —comenzó, su voz suave pero llena de reverencia—. Su cabello es un lienzo de seda, listo para ser adornado con las joyas más exquisitas.

Le dirigí la mirada en el espejo, una pequeña sonrisa en mis labios. —Mary, tienes una manera de expresarte que siempre me calienta el corazón.

Inclinó la cabeza antes de continuar su trabajo. Tejía mi cabello en una trenza intrincada incrustada con diamantes y zafiros. Cada gema capturaba la luz en un baile fascinante.

Las otras criadas se ocuparon de mi maquillaje, realzando mis rasgos con un toque sutil. En segundo plano, los sonidos del palacio se filtraban, al igual que los susurros de los cortesanos. El zumbido distante de la actividad es un recordatorio constante de mis deberes como reina.

Justo cuando estaba a punto de ser vestida con mi magnífico vestido, la voz suave de Mary interrumpió los preparativos. —Su Majestad, el médico real ha llegado. Está aquí para examinar su salud.

Asentí, mis pensamientos cambiando a los asuntos del reino. —Muy bien, Mary. Por favor, permítele entrar.

Instantes después, un hombre alto y distinguido entró en la habitación. Su atuendo reflejaba su posición. Me hizo una reverencia, sus ojos llenos de una mezcla de profesionalismo y preocupación.

—Su Majestad, es un honor estar en su presencia —dijo con una ligera inclinación.

—Señor Geoffrey —respondí, reconociendo su presencia —confío en que me encuentre en buen estado de salud.

Permanecí envuelta en una bata tan suave como una nube, el aroma a lavanda del baño aún presente en mi piel. Señor Geoffrey, el médico real, era un hombre de rostro severo y manos delicadas. Me aseguró de mi buena salud con un asentimiento, sus ojos respetuosos pero escudriñadores.

—Su Majestad, su salud está, de hecho, en excelente condición —confirmó.

Miré hacia la ventana. —Pero hay otro asunto —comencé, mi voz tranquila pero con un toque de travesura—. Pasé la última noche con Alaric. Lo conoces, uno de mis compañeros elegidos.

Los ojos del médico parpadearon con comprensión, pero él permaneció distante. —Por supuesto, Su Majestad. ¿Hay algo en particular que le gustaría que examinara?

Encontré su mirada. —Quiero saber si mi útero está preparado para la posibilidad de un heredero.

Sin decir una palabra más, comenzó el examen, sus movimientos precisos y respetuosos. Después de unos momentos de contemplación, se enderezó, su expresión impenetrable.

—Su útero está, de hecho, listo para concebir, Su Majestad. Todo parece estar en perfecto orden —anunció con una reverencia formal.

Asentí, un torbellino de emociones revoloteando dentro de mí: anticipación, esperanza y un toque de miedo. La idea de llevar a un hijo y dar nueva vida al mundo era tan intimidante como emocionante.

—Señor Geoffrey!

—Sí, Su Majestad.

—Sobre mi amante. ¿Has completado las pruebas?

—De hecho, Su Majestad. He examinado a todos los hombres de tu harén real, incluido Señor Hugo.

—¿Y? —presioné, mi corazón revoloteando al mencionar a Hugo. No era solo un hombre más en mi harén real; era aquel que había capturado mi corazón con su ingenio y encanto. Su presencia era tanto un consuelo como una excitación.

Señor Geoffrey vaciló, eligiendo sus palabras cuidadosamente. —Todos están en excelente salud, Su Majestad. En forma y bien, como corresponde a aquellos en posiciones tan distinguidas.

Asentí, una ola de alivio lavándome. Era importante que aquellos más cercanos a mí, especialmente en lugares tan íntimos, estuvieran en la mejor salud. —¿Y Alaric? —pregunté, incapaz de ocultar la nota de preocupación en mi voz.

—Igualmente, Su Majestad. Está en condición ejemplar.

Me permití una pequeña sonrisa. Mis pensamientos se desviaron a la última visita de Alaric. El calor de su abrazo, la profundidad de su mirada. Era una conexión que iba más allá de los límites habituales de reina y consorte.

—Gracias, Señor Geoffrey. Puedes dejarnos —dije, despidiéndolo con un gesto de mi mano.

Mientras el médico se iba, pensé en el día que se avecinaba. Un día lleno de deberes reales y

compromisos cortesanos. Y sin embargo, en medio de todo, mis pensamientos seguían volviendo a Alaric. Había algo en él que lo diferenciaba de los demás.

Esta noche, lo convocaría de nuevo.

Los Consejos Susurrados

El sol de la mañana se filtraba a través de las altas ventanas del estudio real. Proyectaba rayos de luz sobre los pulidos suelos de roble. Mientras me sentaba detrás del gran escritorio de caoba, era consciente del peso de la corona reposando en mi frente. Michael Wellesley, el secretario real, se encontraba ante mí. Su postura era rígida pero respetuosa, con un manojo de papeles en la mano.

—Su Majestad —comenzó Michael, con su voz clara y firme—. He recopilado los informes más recientes sobre el estado del reino. La tesorería está estable, y las cosechas recientes han sido abundantes. Pero hay preocupaciones entre la población que requieren nuestra atención.

Me incliné hacia adelante, mi interés aguzado. —Continúe, Señor Wellesley. Confío en su juicio. ¿Cuáles son las preocupaciones de nuestro pueblo?

Michael titubeó por un momento, como si pesara sus palabras. —Hay inquietud en las provincias del norte, Su Majestad. La gente se siente descuidada y exige una representación mejor en el Consejo Real.

Asentí, mi mente ya corriendo con soluciones. —Y ¿qué sugiere, Señor Wellesley? ¿Cómo podemos cerrar esta brecha?

Sus ojos se encontraron con los míos, una chispa de determinación en sus profundidades. —Propongo un recorrido por las provincias, Su Majestad. Una oportunidad para que vea sus luchas de cerca y para que ellos se sientan escuchados por su reina.

Me gustó la idea. —Sí, eso puede ser justo lo que necesitamos. Organícelo, Señor Wellesley. Debemos mostrar a nuestro pueblo que no han sido olvidados.

Mientras Michael se inclinaba y se dirigía a salir, miré por la ventana a los extensos jardines debajo. Las rosas estaban en plena floración, un estallido de color contra el verde. Su belleza era un fuerte contraste con las complejidades de gobernar un reino, donde el equilibrio entre la paz y la prosperidad podía ser inclinado por cada decisión.

Suspiré mientras miraba la pila de informes y peticiones sobre la mesa. Se hacía todos los días, pero la pila de papeles crecía más cada día. ¿Pero quién se encargaría de todo esto si no yo?

Me levanté de mi escritorio con un renovado sentido de propósito. Dirigir un reino no se trataba solo de mantener el poder. Se trataba de comprender y atender las necesidades de cada súbdito, desde el señor más alto hasta el campesino más humilde.

Michael se detuvo en la puerta y se volvió con una expresión que sugería otro asunto. —Hay una cosa más, Su Majestad —dijo—. La comitiva real de Elydien del sur llegará el próximo mes.

Están interesados en los nuevos acuerdos comerciales.

Junté mis manos, mi mente ya elaborando las implicaciones. —Ah, la delegación Elydiana. Su llegada es crucial para la prosperidad de nuestro reino. Debemos asegurarnos de que todo esté en perfecto orden. ¿Se han hecho los arreglos, Sr. Wellesley?

Asintió afirmativamente.—En efecto, Majestad. Las habitaciones de los invitados se están preparando. Los chefs están ideando un menú que destacará lo mejor de la cocina de nuestro reino. Además, los guardias están siendo informados sobre los protocolos de seguridad.

—Excelente —respondí—. ¿Y las negociaciones comerciales? Confío en que estemos en una posición poderosa.

Michael se acercó al escritorio nuevamente y colocó varios documentos. —Tenemos la ventaja, Majestad. Nuestros recursos son vitales para Elydien, y lo saben. También aceptaron nuestra ayuda para detener la rebelión. Así que no se atreverán a meternos en problemas. Pero debemos andar con cuidado para mantener una relación armoniosa.

Me incliné sobre los papeles, escaneando los números y las notas. —Debemos ofrecerles términos justos, Sr. Wellesley. La prosperidad para nuestro reino no debe ser a expensas de nuestros vecinos. Busquemos un acuerdo que beneficie a ambos países.

Sus ojos centelleaban de admiración. —Sabía como siempre, Majestad. Debo transmitir sus intenciones a los embajadores y asegurarme de que nuestras propuestas reflejen nuestra visión.

Mientras recogía los papeles, sentí un sentido de orgullo crecer dentro de mí. El arte de gobernar era un equilibrio delicado, una danza de diplomacia y fuerza. La próxima visita no era solo una cuestión de comercio, sino un testimonio del lugar de nuestro reino en el mundo.

—Gracias —dije, levantándome de mi asiento—. Confío en que, con su ayuda, las negociaciones se desarrollarán sin problemas.

Con una reverencia respetuosa, abandonó la habitación, dejándome sola con mis pensamientos. La visita de la delegación Elydiana era más que un evento político. Era una oportunidad para forjar un futuro de prosperidad compartida y paz. Como reina, era mi deber guiar a mi reino hacia ese futuro con gracia y sabiduría.

Después de que Michael se fue, leí todas las peticiones. Separé los problemas en aquellos que debían ser atendidos de inmediato y aquellos que podían posponerse.

—Majestad. —La voz de Michael interrumpió mis pensamientos, devolviéndome al presente—. Los nobles ya están esperando en el pasillo.

Asentí y salí de mi sala de estar. Los frescos suelos de mármol del pasillo del palacio resonaron con el suave roce de mi vestido. Era una túnica de terciopelo borgoña rico, el color del poder. Los colores que simbolizan la fuerza y la autoridad que poseía como reina. Michael, mi leal consejero, me seguía, sus pasos medidos y respetuosos.

La reunión con el noble era de suma importancia. Un delicado baile de política y poder que determinaría el futuro de nuestro reino. Empujé las imponentes puertas que conducían al gran salón. La habitación era opulenta, bañada en el cálido resplandor de los candelabros. Los nobles dirigieron su atención hacia mí cuando entré.

—Damas y caballeros —dije a los nobles reunidos. Había autoridad y encanto en mi voz—. Les agradezco a todos por estar aquí hoy. No perdamos tiempo en cortesías. Tenemos asuntos importantes que discutir.

De inmediato tomé el trono para presidir los asuntos del reino con mano firme. El aire estaba denso con el aroma de cera de abejas de las velas y el murmullo de nobles vestidos con sus mejores galas. Esperaban su turno para hablar.

—Su Majestad —comenzó el Marqués Bennington. Su voz cortó a través del murmullo en el

salón—. Traigo noticias preocupantes desde el norte. Incursiones de bandidos han asediado los condados del norte. Siembran miedo y tumulto entre la gente.

Las palabras cayeron pesadamente en la habitación, como una piedra en aguas tranquilas. Me incliné hacia adelante, mis manos descansando con calma sobre la mesa de roble. —Dime, Marqués, ¿qué medidas se han tomado hasta ahora? —Mi voz, aunque suave, llevaba el peso de mi autoridad.

—Hemos enviado patrullas, Su Gracia, pero los bandidos son escurridizos. Desaparecen en el bosque como fantasmas en la noche —respondió, frunciendo el ceño.

Señor Harrow, un hombre delgado con ojos penetrantes, habló a continuación. —La situación requiere más que patrullas, Su Majestad. Debemos considerar fortificar los pueblos y aumentar nuestros esfuerzos de inteligencia.

Asentí, considerando la gravedad de la situación. —En efecto, Señor Harrow. No podemos permitir que nuestro pueblo viva con miedo. Señor Barrington, convoca al capitán de la guardia. Debemos planear una respuesta efectiva.

Los nobles murmuraron su acuerdo. Sus voces eran una mezcla de preocupación y determinación. Mientras hablaban, los planes comenzaron a tomar forma. Sugirieron muchas estrategias y me pidieron que las considerara. La responsabilidad pesaba sobre mí, pero la llevé como siempre lo había hecho. Pero debo ser firme y decidida para proteger mi territorio.

Una tensión silenciosa se posó sobre los nobles reunidos. El aire, que alguna vez estuvo lleno de la urgencia de las amenazas de los bandidos, ahora se desplazaba a otros asuntos.

—Su Majestad —comenzó el Duque William. Un hombre de considerable influencia e agudo intelecto. Había un respeto, pero una urgencia innegable en su voz—. No podemos ignorar la vulnerabilidad de nuestro reino. Sin heredero al trono, nuestros enemigos se vuelven más audaces. Ven nuestra situación como una oportunidad para atacar en cualquier momento.

Las palabras colgaban densas en el aire, resonando los miedos no expresados que acechaban en los rincones de mi mente. Lo miré, mi expresión compuesta pero reflexiva. —Hablas de lo que muchos no se atreven, Duque William. La continuidad de nuestra línea es, de hecho, un asunto de gran importancia.

Baronesa Elspeth, una mujer de ingenio agudo y no poca valentía, dio un paso adelante. —No se trata solo de linaje, Su Gracia, sino de estabilidad. La gente necesita tranquilidad, una señal de que el futuro del reino está seguro.

Sus palabras resonaron en el salón, y asentimientos de acuerdo se propagaron entre los nobles. Comprendía sus preocupaciones y sentía el peso de sus expectativas. Era una carga que había llevado desde que ascendí al trono, el manto de gobernar sin tener un heredero.

—Entonces consideremos nuestras opciones con sabiduría y previsión —dije, mi voz firme—. Estamos unidos en nuestro deseo de ver prosperar al reino. Y así debe ser, bajo nuestro gobierno colectivo.

Señor George, un viejo y confiable consejero, dio un paso adelante. —Tu sabiduría nos guía bien, Majestad. Tal vez sea el momento de buscar alianzas, ya sean políticas o matrimoniales. Puede fortalecer nuestra posición.

La sugerencia desató una oleada de discusión. Ideas y estrategias revoloteaban en el aire. Cada noble aportaba su propia perspectiva y consejo al plan en evolución. Los escuché y consideré sus palabras. El camino por delante estaría pavimentado con desafíos y decisiones, cada uno tan crucial como el siguiente.

La conversación fluía, cada palabra un sutil movimiento en un gran juego de política. La tensión en la habitación era palpable. Navegué la intrincada red de alianzas y rivalidades con

destreza. A medida que las discusiones se profundizaban, me maravillaba de la lealtad inquebrantable de Michael. Su presencia era un consuelo en este mundo traicionero de poder y engaño.

El aire estaba cargado de tensión, los ojos de los nobles puestos en mí, susurros como el murmullo de hojas en una tormenta.

—Su Majestad —comenzó Señor Harrington. Su tono estaba impregnado de una audacia que rozaba la insolencia—. Es conocido por todos nuestros esfuerzos por encontrar un heredero. Sin embargo, por toda la pasión de sus noches, el amanecer no trae promesa de un heredero futuro.

Sus palabras eran audaces, demasiado audaces, y un murmullo se propagó entre la multitud. Me puse de pie, mi postura regia, mi mirada firme. —Parece que mis asuntos personales se han convertido en tema de especulación cortesana.

Señora Marianne, una mujer de belleza e ingenio, dio un paso adelante, sus ojos ardiendo con un fuego que coincidía con el mío. —No es especulación, Su Gracia, sino preocupación. El reino necesita estabilidad; una línea está asegurada. Tu... método, aunque poco ortodoxo, aún no ha dado fruto.

Las palabras picaban, pero no podía negar su verdad. Nunca estuvieron de acuerdo con mi harén desde el principio, así que siempre encontraban una manera de sacarlo a relucir durante las reuniones.

—Conozco bien las necesidades del reino —respondí, mi voz firme a pesar de la tormenta que rugía dentro de mí—. Y he tomado medidas que he considerado necesarias, incluso si desafían la convención.

Señor George, siempre la voz de la razón, intervino: —Pero, Su Majestad, la corte habla. Dicen que es un harén solo de nombre. Esos rumores, sean ciertos o no, podrían debilitar nuestra posición con nuestros aliados.

Sentía el peso de su mirada y la carga de sus expectativas. —Que hablen —dije, mi voz un susurro pero con el poder de un trueno—. Soy la reina, y mi deber es con el reino. Si los métodos no convencionales son lo que se necesita para asegurar nuestro futuro, que así sea.

La habitación quedó en silencio mientras los nobles intercambiaban miradas. El aire estaba cargado, como una tormenta a punto de estallar. —Esta discusión ha terminado —declaré—. Consideraré sus preocupaciones, pero sepan esto: mis acciones son por el bien del reino. Haré lo que sea necesario para asegurar su prosperidad.

Con un movimiento de mis túnicas, salí del salón, el peso de sus miradas como un manto sobre mis hombros. Los nobles se dispersaron, sus intenciones enmascaradas detrás de sonrisas y despedidas educadas.

Mientras caminábamos de regreso por los pasillos del palacio, Michael y yo nos detuvimos por un momento. —Bien hecho, Su Majestad —dijo él, su voz llena de admiración.

Me volví hacia él, una sonrisa irónica jugando en mis labios. —Todavía no ha terminado. El palacio puede estar lleno de secretos e intriga, pero siempre tendré la ventaja.

Michael asintió, su lealtad inquebrantable. —En efecto, Su Majestad.

Pero reflexioné sobre el camino por delante. Un camino lleno de peligro y pasión, pero uno que debo recorrer por el bien de mi reino. Miré por la ventana y vi las rosas meciéndose suavemente en la brisa. Un recordatorio de la belleza y resistencia de mi reino. Con zancada decidida, me dirigí hacia la puerta. Estoy lista para enfrentar los desafíos que vienen con la misma elegancia y fortaleza.

Interrogando al Destino

Los ecos del consejo aún resonaban en mis oídos. El mármol bajo mis pies estaba frío, un marcado contraste con las deliberaciones ardientes que acababa de dejar atrás. Mi corazón era un torbellino de emociones, un torbellino de deber y deseo, mientras buscaba consuelo en la soledad de la noche.

—Señor Michael —llamé a mi consejero, que seguía a una distancia respetuosa. Sus pasos se detuvieron, atentos a mi orden—. ¡Convoca a los hechiceros y cronistas!

Michael se inclinó, sus ojos reflejando una lealtad que trascendía el mero deber. —Inmediatamente, Su Majestad —dijo, su voz siendo un bálsamo tranquilo para mis pensamientos inquietos.

La discusión de los nobles sobre harenes y herederos me perturbó. Así que quería escuchar la información más reciente de las brujas de la corte sobre sus observaciones de la maldición.

A medida que la luna se alzaba, los magos y cronistas se reunieron. El aire estaba denso de anticipación, cada rostro grabado con la gravedad de nuestra reunión.

El Maestro Benedicto, el mago principal con sus pozos profundos de conocimiento, habló primero. —Su Majestad, la maldición de la que habla es antigua, tan antigua como el propio reino. Es una maldición que solo puede ser lanzada por una hechicera vengativa, despreciada y traicionada.

—Sé que es una antigua maldición, y solo unas pocas brujas pueden lanzarla. Pero me intriga más si alguien ha logrado romper la maldición.

—Hasta ahora, no hemos oído hablar de nadie que pueda romper la maldición. Pero hemos hecho un descubrimiento —dijo Señora Cassandra, la cronista principal. Su voz era un suave eco de tiempos olvidados—. Los pergaminos hablan de una profecía, un faro de esperanza en medio de la oscuridad. Solo a través de un vínculo de amor verdadero y sacrificio se puede romper la maldición.

Sus palabras quedaron en el aire, cargadas de presentimiento. Mi corazón se aceleró al mencionar el amor, un lujo que me había negado durante mucho tiempo en la búsqueda del deber. —Y ¿qué pasa con este vínculo? ¿Cómo debe forjarse? —pregunté, mi voz apenas por encima de un susurro.

El Maestro Benedicto intercambió miradas con Señora Cassandra, sus expresiones inescrutables. —El camino es peligroso, Su Majestad. Requiere un salto de fe, una entrega a los deseos del corazón.

Medité sobre sus palabras, sintiendo el peso del destino sobre mis hombros. La solución no residía en maquinaciones políticas o alianzas estratégicas. Radicaba en algo mucho más esquivo y poderoso. El amor, el poder que había mantenido a raya, centrándome en cambio en los deberes de la corona.

—Necesito claridad, no acertijos envueltos en la apariencia de una profecía —dije. Mi frustración burbujeaba como una tormenta debajo de un mar en calma—. Si solo se tratara de amor, esta maldición se habría levantado hace mucho tiempo.

Maestro Benedicto, con el ceño fruncido en concentración, respondió:—Su Majestad, tiene razón. Pero esta maldición fue por despecho. Entonces, la otra, la maldición más fuerte, es solo amor y sacrificio propio.

Señora Cassandra, sus dedos siguiendo las líneas antiguas de un pergamino. —Quizás la profecía hable de un amor que sea libre, sin estar atado por deberes y expectativas reales. Un amor puro y desinteresado.

Recorrí la longitud de la cámara, cada paso resonando mi tormento interno. —Pero, ¿cómo puede existir tal amor en un mundo donde cada acción y elección están dictadas? ¿Y cómo puedo encontrar algo así? ¿Hay alguna medida de sinceridad o amor? ¿O cuánto amor se necesita para romper una maldición?

La habitación quedó en silencio, el peso de mis palabras cayendo como un manto sobre todos nosotros. Luego, una voz habló desde la esquina sombreada. Señor Julián era un joven noble conocido por su agudo intelecto y observación silenciosa.

—Quizás, Su Majestad, la maldición intenta enseñarnos que el amor no puede estar sujeto a las cadenas de la tradición y el deber. Que debe ser encontrado, alimentado y permitido florecer por sí mismo.

Sus palabras resonaron dentro de mí, una resonancia de verdad que había negado durante mucho tiempo.

—Entonces debemos profundizar —dije, una determinación recién encontrada fortaleciendo mi voz—. Debemos descubrir las raíces de esta maldición y entender su verdadera naturaleza. Y no tenemos mucho tiempo para hablar de amor o algo así. Quiero respuestas, no conjeturas —declaré. Mi voz resonó con la fuerza de mi determinación.

Señora Cassandra, su mirada firme e inquebrantable, añadió: —Entendemos la urgencia, Su Majestad. Cada momento que demoremos, el reino permanece envuelto en la incertidumbre. Tendrá nuestros hallazgos y no escatimaremos esfuerzos para descubrir la verdad.

Señor Julián, sus ojos reflejando una comprensión más allá de sus años. —Sugerí que se busquen los registros más antiguos. También debemos consultar con los sabios más sabios y buscar incluso la sabiduría más oscura. La maldición que aflige a su linaje es un misterio que estamos decididos a resolver.

Miré alrededor de la habitación, los rostros de mi consejo reflejando su devoción. —Entonces háganlo. Necesito soluciones y caminos tangibles a seguir—insistí—. El futuro de nuestro reino depende de romper esta maldición.

Maestro Benedicto, con los dedos cruzados en contemplación, asintió solemnemente. —Debemos comenzar de inmediato, Su Majestad. Cada pergamino, cada tomo y cada pedazo de sabiduría antigua a nuestra disposición será examinado. La respuesta está al alcance de nuestras manos, y debemos encontrarla.

Sus palabras fueron un bálsamo para mi alma atribulada, un rayo de esperanza en la oscuridad que nos rodeaba. —Gracias —dije. Mi voz fue un susurro de gratitud—. El futuro de nuestro reino, mi futuro, está en tus manos.

Mientras la asamblea se dispersaba, me quedé sola en la sala del consejo. Miré por las grandes ventanas arqueadas hacia los jardines iluminados por la luna. El camino para desentrañar la maldición estaba lleno de incertidumbre. Pero con la sabiduría y dedicación de mi consejo, sentí un destello de esperanza. Sabía que la clave de nuestra salvación no solo residía en textos antiguos, sino también en el coraje de abrazar lo desconocido. Debemos cuestionar los cimientos mismos de nuestras creencias y tradiciones.

Sorpresas y Límites

En la tenue luz de mi estudio privado, la pluma en mi mano bailaba sobre los pergaminos. Cada trazo era un susurro contra el denso silencio. La habitación, impregnada con el aroma de roble y tinta, era un santuario donde yo, una reina, podía escapar de las cargas ornamentadas del trono. Mis dedos dolían, pero el reino no esperaba a nadie, ni siquiera a su gobernante.

La chimenea crepitaba, proyectando sombras que jugaban en las paredes revestidas de libros. Sus lomos eran tan variados como las flores en los jardines reales. Afuera, las estrellas comenzaban su vals nocturno, una danza que rara vez tenía el lujo de contemplar. Mis ojos, cansados de horas de trabajo, anhelaban descanso.

Mi cabeza dolía, especialmente al pensar en las protestas de los nobles. El asunto del sucesor real, que no creció en mi vientre, no me dejaba descansar tampoco. Así que decidí dedicar mi tiempo al estudio.

—Mary —llamé, dejando mi pluma a un lado. El murmullo de sus faldas era un consuelo familiar mientras entraba, su presencia tan discreta como un susurro.

—Sí, Su Majestad —su voz, siempre tan suave, era un bálsamo.

—Prepara las cámaras. Alaric se unirá a mí esta noche.

Sus ojos, brillantes con entendimiento no expresado, se encontraron con los míos por un momento. —Hemos cambiado las sábanas; las velas con aroma a lavanda están encendidas. ¿Hay algo más, Su Majestad?

—No, eso será todo, Mary. Gracias. —La observé hacer una reverencia antes de marcharse, sus movimientos tan fluidos como los arroyos de montaña.

Con un último y decidido trazo de la pluma, cerré el tomo pesado que había consumido mi tarde. Aparté la pluma. Su mango de ébano aún estaba cálido de mi agarre, y me puse de pie, estirando la rigidez de mis miembros.

La hora era tardía, y el palacio estaba envuelto en el profundo silencio de la noche. Me disponía a encontrarme con Alaric, pero primero, se requería un ritual purificador. La idea del agua cascoteando sobre mi piel, eliminando el cansancio del día, era un canto de sirena. Comencé a deshacer los broches de mi bata, cada uno una pequeña barrera entre el deber y el deseo.

Pero entonces hubo un golpe en la puerta. Era una hora inusual para visitantes, y la curiosidad agitó mis sentidos. —¿Quién es? —Mi voz, impregnada con la autoridad de mi posición, resonó en la estancia.

La puerta se abrió, revelando una figura en las sombras del pasillo. Era Damian, uno de mis concubinos más hermosos. Permaneció allí, su presencia siendo a la vez una tentación y un consuelo.

—Su Majestad —comenzó, su voz una melodía tranquilizadora en la quietud de la habitación—. Perdone la intrusión.

—¿Qué pasa, Damian? Sabes que esta noche no estaré contigo.

—Su Majestad —comenzó él, su voz temblando ligeramente—. Espero que me perdones por mi osadía; sé que esta noche le toca a Alaric unirse a Su Majestad. Pero yo... me encontré extrañándote. Mi corazón me instó a venir.

Sus palabras, crudas y honestas, me llegaron al alma. Era una violación del protocolo, una deliberada transgresión de límites. Sin embargo, en sus ojos vi una sinceridad que no podía ser falsa.

Damian continuó —Sé que esto no es apropiado y me iré si así lo deseas.

Lo miré, este hombre que se atrevió a desnudar su alma en la sacralidad de mi estudio. Su vulnerabilidad era tanto entrañable como valiente.

—Damian —dije, suavizando mi voz —entra.

Él entró, cerrando la puerta tras de sí. El clic resonó como un destino sellado. La habitación, antes un bastión de responsabilidad real, se transformó en un santuario, un lugar donde las reglas de la corte podían ser olvidadas.

—Sabes que así no se hacen las cosas —dije mientras le hacía un gesto para que se acercara.

—Me disculpo, Su Majestad. Me equivoqué; no debería haber venido cuando sabía que Alaric estaría aquí esta noche.

Sacudí la cabeza. —No, Damian, olvidemos el mundo fuera de esta habitación esta noche. Olvidemos a Alaric o cualquier otra cosa.

Vi alivio y una especie de alegría en sus ojos. Sonrió y se acercó a mí. A medida que Damian se acercaba, el aire entre nosotros se cargaba con una intensidad palpable. En la reclusión de mi estudio, el mundo exterior parecía un eco distante. Damian, parado ante mí, era la personificación del deseo prohibido. A medida que se acercaba, el aire entre nosotros se cargaba con una promesa no expresada.

Extendí la mano, mis dedos encontrando el calor de su cuello y sintiendo el pulso de la vida bajo su piel. Su cercanía era embriagadora, como la fruta prohibida dentro de los muros del palacio.

Los ojos de Damian buscaron los míos, una pregunta persistente en sus profundidades. —¿Puedo? —susurró, su aliento acariciando mi rostro.

—Sí —susurré, dándole el permiso que buscaba. En ese momento, la reina y la concubina dejaron de existir. Todo lo que quedaba era un hombre y una mujer unidos por un deseo tan antiguo como el tiempo mismo.

Nuestros labios se encontraron en un beso que hablaba de anhelos reprimidos durante mucho tiempo. Al principio, fue una exploración suave, una danza tentativa de intimidad. Pero a medida que nuestra pasión se encendía, el beso se profundizó, despertando un hambre que había permanecido latente.

Sus manos, fuertes pero respetuosas, encontraron mi cintura y me acercaron. El mundo giró, y era consciente de cada punto donde nuestros cuerpos se tocaban. La sensación era abrumadora; una tormenta de emociones amenazaba con devorarme.

En medio de nuestro beso, Damian me levantó con una facilidad que hablaba de su fuerza. Me encontré sentada en la mesa de estudio, la madera enfriándose contra mi piel ardiente. Mi

vestido, una cascada de tela, se amontonaba a mi alrededor, un fuerte contraste con el fervor de nuestro abrazo.

Mientras estaba allí con Damian parado entre mis rodillas separadas, estábamos jugando con fuego, desafiando al destino en un palacio donde las paredes tenían oídos. Pero en ese momento, nada de eso importaba. El riesgo y el potencial escándalo palidecían en comparación con la emoción cruda que nos recorría.

Nuestro beso se rompió, y nos miramos el uno al otro, sin aliento, palabras no dichas flotando en el aire. Todavía era una reina, pero en brazos de Damian, también era una mujer, viva con deseo y sin la carga de la corona. La noche era nuestra.

—Damian —susurré. Mi aliento se quedó atrapado en mi garganta cuando sus labios rozaron los míos. Sentí como si todas las palabras que habíamos intercambiado en esta habitación estuvieran girando a nuestro alrededor. Llenaba la habitación con una especie de magia que nunca había esperado.

—Dime que quieres esto, Majestad —murmuró Damian, su voz intensa, como los personajes de sus novelas. Sus manos se deslizaron por mi vestido, acariciando mis muslos con ternura.

—Claro que sí —suspiré, mi mente acelerándose con la enormidad de lo que estaba sucediendo. Estábamos cruzando una línea en el lugar equivocado, pero no podía obligarme a preocuparme. Mi corazón retumbaba en mi pecho, traicionando cualquier duda que pudiera haber intentado aferrarme.

—Gracias, Majestad —dijo mientras me besaba de nuevo.

A medida que nuestro beso se profundizaba, olvidé por completo a Alaric o nuestras promesas de pasar la noche juntos. Los labios de Damian comenzaron a recorrer mi cuello. Cada beso suave dejaba un rastro de escalofríos que temblaban bajo mi piel. Jadeé y arqueé la espalda cuando encontré el punto sensible justo debajo de mi lóbulo.

—Tu piel es tan suave, Majestad —dijo, su voz apenas audible sobre el crepitar del fuego—. He querido tocarte así durante tanto tiempo.

—Entonces no te detengas —insté, mi voz apenas un susurro. Sabía que no habría vuelta atrás desde este momento. Pero el deseo que recorría mis venas ahogaba cualquier vacilación persistente que pudiera haber tenido.

Obedeciendo a mi solicitud, los labios de Damian continuaron su viaje hacia abajo. Sus labios se movieron hacia mi pecho con una exploración lenta y pausada. Su toque encendió un fuego dentro de mí que hacía casi imposible pensar con claridad. La sensación de su aliento en mi piel envió escalofríos por mi espina dorsal, como si me estuviera desentrañando con cada exhalación.

Nos detuvimos por un momento mientras mi aliento empezaba a agitarse. Damian me miró con una mezcla de deseo y admiración. Mi corazón latía rápido en mi pecho como una reina, no acostumbrada a sentirse tan vulnerable. Pero me emocionaba la dinámica de poder entre nosotros.

—Tu Majestad —susurró Damian. Sus dedos encontraron el delicado tejido de mi vestido—. ¿Puedo?

Sus ojos ardían en los míos, buscando permiso. Parecía entender que podría haber consecuencias por cruzar esa línea. Sonriendo coquetamente, asentí, entregándome al momento y a las sensaciones que nos esperaban.

Con un movimiento rápido, Damian arrancó el vestido de mi cuerpo. Un escalofrío de emoción me recorrió cuando el aire frío rozó mi piel expuesta. Sus manos eran fuertes y posesivas mientras apretaban la tierna carne de mis muslos.

—Damian —susurré, mordiéndome el labio y disfrutando de la sensación de su toque—.

Puedes continuar.

—Gracias, mi reina —murmuró, su voz ronca de deseo. Se inclinó más cerca, nuestros labios a centímetros, su aliento caliente contra mi piel—. Prometo hacer de esta una noche que no olvidarás.

—Sí, ¡haz que sea imposible para mí olvidarlo, Damian!

Damian entendía la importancia de la discreción y la lealtad. Pero esta noche ansiaba más que un coqueteo. Buscaba una conexión más profunda, que trascendiera nuestros roles dentro de los muros del palacio.

—Llévame, Damian —susurré, mi cuerpo temblando de anticipación.

Se colocó entre mis piernas. Con un movimiento lento y deliberado, se introdujo en mí. Un gemido escapó de mis labios, el placer ondulando en mí como olas chocando en la orilla. Era una sensación que nunca antes había experimentado. Nuestros cuerpos se entrelazaron en la danza más íntima.

—¿Te complace, mi reina? —preguntó Damian, su voz tensa de esfuerzo.

—Más de lo que puedes imaginar —respondí. Mi aliento se cortó mientras él comenzaba a moverse dentro de mí. Nuestras miradas se encontraron por un momento. Parecía como si todo el mundo se hubiera desvanecido, dejando solo a los dos. Damian y su reina estaban unidos en un momento de pasión pura, sin adular.

A medida que nuestros cuerpos se movían juntos, supe que esta noche quedaría grabada en mi memoria por toda la eternidad. Y aunque era una reina con innumerables amantes a mi disposición, era Damian quien había logrado tocar las profundidades de mi alma mientras nuestros cuerpos se movían juntos. El calor aumentaba entre nosotros. Mi corazón golpeaba en mi pecho mientras él seguía penetrándome. Cada uno de sus movimientos era deliberado y medido. Mordí mi labio y ahugué un gemido mientras mis piernas comenzaban a envolverse alrededor de sus fuertes muslos. Me sentía segura en este abrazo, pero emocionantemente vulnerable.

—Dios, ¡eres increíble, mi reina! —murmuró Damián, jadeando mientras seguía embistiendo. La intensidad de nuestra conexión solo se profundizaba a medida que continuábamos haciendo el amor.

—Damián, estoy cerca —logré jadear, mis uñas clavándose en su espalda musculosa.

—Yo también, Su Majestad —respondió él, acelerando su ritmo y el sudor perlándole la frente. Era como si fuéramos dos seres separados, fusionándonos constantemente. Nuestras almas están entrelazadas de la manera más íntima.

A medida que mi clímax se acercaba, una ola de placer me invadió. Lancé mi cabeza hacia atrás sobre el hombro de Damián, mi cuerpo temblando con el éxtasis.

—Damián... ¡oh, Damián! —grité, completamente abrumada por la intensidad del momento.

Me abrazó fuertemente, su propio éxtasis siguiendo al mío, y nos aferramos el uno al otro como si nos fuera la vida en ello. En ese momento, no había nada más que el vínculo inquebrantable entre nosotros.

—¿Estás bien, Su Majestad? —preguntó suavemente, su voz siendo un bálsamo tranquilizador mientras empezábamos a recuperar el aliento.

—Más que bien —respondí, sonriendo a través de la neblina de la dicha.

Mientras nos sosteníamos en la luz titilante de las velas, el mundo exterior se desvaneció, dejándonos sin aliento y nuestros cuerpos empapados en sudor.

Un Trono Sin Heredero

La luz dorada de la mañana iluminaba los lujosos aposentos. Geoffrey, el médico real, entró con un suave golpe.

—Su Majestad —saludó Geoffrey, su voz una mezcla practicada de respeto y calidez.

Asentí y le hice señas para que continuara. La revisión era una rutina con la que me había vuelto demasiado familiar. Las hábiles manos de Geoffrey tomaron mi pulso. El latido rítmico bajo sus dedos era como un tamborileo silencioso de esperanza y miedo. Su toque era clínico pero suave, una paradoja que reflejaba mis propios sentimientos.

—¿Cómo se encuentra hoy, Su Majestad? —preguntó Geoffrey, manteniendo la distancia profesional requerida por su posición.

—Estoy bien —respondí, aunque mi voz delataba un atisbo de cansancio. Las innumerables revisiones y las esperanzas no expresadas cada vez estaban cobrando su peaje.

Geoffrey presionó suavemente mi estómago, frunciendo el ceño en concentración. Esta parte de la revisión siempre me dejaba sintiéndome expuesta y vulnerable. No era la molestia física, sino la expectativa lo que pesaba sobre mí.

Después de un momento, se incorporó y encontró mi mirada. —Me temo que aún no está embarazada, Su Majestad.

Me dejé caer de nuevo contra la almohada. Un suspiro escapó de mis labios mientras Geoffrey, el médico de la corte, me miraba con simpatía. Sus palabras habían sido una mera formalidad; yo había conocido la verdad antes de que cruzara el umbral de mi cámara.

—Ningún hijo —murmuré, más para mí misma que para él.

Geoffrey aclaró la garganta; su incomodidad era palpable. —Su Majestad, quizás podrían realizarse esfuerzos más... vigorosos.

—Soy muy consciente de eso, Geoffrey —interrumpí bruscamente. Mi mirada se desvió hacia la ventana, donde la luz de la mañana arrojaba un resplandor dorado.

Asintió, un hombre atrapado entre el deber y la compasión. —Por supuesto, Su Majestad. Solo sugiero.

—Sugiera lo que quiera —dije, una sonrisa irónica jugando en mis labios—. Pero a menos que haya encontrado una manera de ordenar mi vientre, temo que sus sugerencias serán tan fructíferas como mis noches con la concubina elegida.

Geoffrey se inclinó, un hombre sabio retirándose de una batalla que no podía ganar. —Como desee, Su Majestad.

Sus palabras, aunque pronunciadas con la mayor gentileza, me golpearon como un golpe físico. Sentí un remolino de emociones: decepción, frustración y un agudo sentido de fracaso.

—¿No hay nada más que podamos hacer? —pregunté, mi voz apenas por encima de un susurro.

Geoffrey parecía vacilante. —Hemos probado muchos remedios y enfoques, Su Majestad. Tal vez es hora de considerar que este asunto está fuera de nuestro control.

Sus palabras, destinadas a ser reconfortantes, solo profundizaron mi sensación de desesperación. La expectativa de producir un heredero no era solo un deseo personal sino un deber real, y yo estaba fallando.

—Gracias, Geoffrey. Puedes irte —dije, tratando de mantener mi compostura.

Mientras se alejaba, miré por la ventana, perdida en mis pensamientos. El reino esperaba un heredero, pero el silencio de mi vientre resonaba más fuerte que cualquier proclamación. En esta jaula dorada de la realeza, era solo un pájaro cuyo canto era esperado con aliento contenido.

Quedándome sola, dirigí mis ojos hacia la habitación que era tanto mi santuario como mi prisión. El palacio tenía sus propias formas y reglas no dichas que gobernaban la vida dentro de sus paredes. Para una reina, la expectativa estaba clara: producir un heredero. Era un deber realizado no por amor o deseo, sino por obligación hacia la corona. Pero después de la enésima declaración de mi incapacidad para concebir, una chispa de rebelión se encendió dentro de mí.

—Basta de este fútil juego de apariencias —me declaré a mí misma. Mi voz resonó en los techos altos y ornamentados de mi cámara. La realización surgió de que tal vez la culpa no era enteramente mía. El pensamiento fue tanto un bálsamo como una provocación.

Cruzando el frío suelo de mármol, llegué a la pesada puerta de roble y la abrí con determinación. Mi asistente más confiable, Lucienne, esperaba justo más allá del umbral. Era una mujer de agudo intelecto y lealtad inquebrantable, cualidades que eran raras en la traicionera corte que compartíamos.

—Lucienne —dije—. Mi voz estaba tranquila pero llena de una determinación recién descubierta—. Necesito que organices exámenes médicos para los príncipes y el hombre en el harén.

Levantó una ceja curiosa, pero su rostro permaneció impassible. Sin intimidarse, continué: —Quiero saber cuál de ellos podría resultar más efectivo en nuestro esfuerzo y ser capaz de embarazarme lo antes posible.

Sus ojos, afilados como los de un halcón, parpadearon con comprensión. —Como desee, Su Majestad —respondió, su voz tan tranquila como la mía—. Me ocuparé de ello de inmediato.

—Gracias, Lucienne. —La vi dar media vuelta, su cabello oscuro ondeando mientras se alejaba con determinación. Cuando desapareció por el pasillo, cerré la puerta y me retiré a las sombras de mi cámara.

Después de que Lucienne se fue, respiré hondo. En el palacio, abordé la producción de un heredero con precisión clínica. Toda esta precisión y cálculo eran necesarios porque tenía problemas para concebir. Y extensos chequeos de salud no son inusuales entre las familias palaciegas. Las concubinas elegidas se sometían a rigurosos exámenes de salud para asegurar su idoneidad. Era un proceso poco romántico y parte del deber real.

Pero ahora soy una reina con muchos concubinos masculinos. Escruto a los hombres, haciendo de su virilidad y capacidad para hacerme quedar embarazada una prioridad absoluta. Fue una inversión sin precedentes de roles en la rígida jerarquía de la corte. Y envió ondas de especulación susurrante por los pasillos del poder.

Me permití una sola, frágil sonrisa mientras acariciaba mi vientre plano y suspiraba.

Desafortunadamente, no podía concebir. Aunque había muchos concubinos y cambiaba de compañero de cama casi todas las noches, todo era en vano. Pero los deberes reales me esperaban, y tenía que mantener una actitud normal, a pesar de seguir estando decepcionada.

* * *

—Su Majestad —una voz llamó desde detrás de la puerta, y detuve mis movimientos inquietos.

—Entra —comandé, mi voz sin traicionar ninguno de los miedos que arañaban mis entrañas. La puerta se abrió chirriando. Lucienne entró en la habitación con un toque de secreto en sus ojos, lo cual aguzó mi curiosidad. Mi corazón corría bajo las restricciones de mi corsé mientras caminaba, esperando el informe de Lucienne.

—Su Majestad, hemos hecho lo que nos pidió —informó, entregándome un sobre sellado—. Hemos llevado a cabo las investigaciones con la máxima discreción.

Romper el sello, mis ojos escaneaban el contenido. Allí, en tinta negra profunda, estaba la respuesta a una pregunta que nunca había pensado hacer. Entre los príncipes, un nombre destacaba, un faro de potencial en un mar de decepciones.

—Dime —insistí, incapaz de contenerme—. ¿Qué has descubierto?

—Examinamos a cada una de las concubinas minuciosamente —comenzó Lucienne con cuidado, sus palabras medidas. Mi impaciencia ardía como un incendio forestal, pero lo tragué y esperé a que continuara—. Pero...

—Pero, ¿qué se supone que significa eso?

—El príncipe Alexandre de Hagivell goza de perfecta salud —reveló, y mi corazón saltó ante la noticia. Lucienne continuó, su expresión sombría —También hemos descubierto... una complicación.

—¿Complicación? —Mis pensamientos caían caóticamente, y agarré los brazos de la silla, nudillos blancos—. Habla claramente, Lucienne.

—Su Majestad —dudó antes de continuar —el príncipe Alexandre es estéril. Lo siento.

Sentí el impacto de sus palabras como un golpe físico, dejándome sin aliento y tambaleándome. Un sabor amargo llenó mi boca, una mezcla acre de decepción y enojo. Por supuesto, no podía ser tan simple, ¿verdad?

—¿No hay esperanza entonces? —susurré, mi voz apenas audible. El rostro de Lucienne se suavizó con compasión.

—El Lord Geoffrey no dijo que fuera imposible —ofreció suavemente—. Solo que las probabilidades son desfavorables.

—Muy bien —suspiré, soltando mi agarre de la silla—. Pero ¿hay algún candidato que cumpla con mis requisitos? —pregunté a Lucienne, girando el tallo de mi copa de vino entre mis dedos. El líquido carmesí se remolinaba dentro, coincidiendo con mi anticipación.

—Claro —respondí, mi voz segura y sabedora. Me entregó otro pergamino, que desplegué con un chasquido para revelar una lista escrita de nombres—. Estas son las concubinas que tienen tanto salud física como fertilidad perfecta.

Mis ojos recorrieron la página, buscando un nombre que encendiera mi deseo. Como guiados por una fuerza invisible, encontraron su objetivo: Conrad. Un escalofrío de emoción me recorrió ante el mero pensamiento de él. Conrad, el príncipe de cabellos oscuros cuyo cuerpo era un templo de fuerza y sensualidad.

—Ah, Conrad —murmuré, incapaz de contener una sonrisa—. Nunca ha dejado de complacerme—. Recuerdos de nuestros encuentros anteriores inundaron mi mente, cada uno más

emocionante que el anterior. Él era la personificación de la masculinidad, un afrodisíaco viviente que me hacía temblar las rodillas cada vez.

—Lucienne, prepara a Conrad para unirse a mí esta noche —ordené. Mi voz temblaba de ansias.

—Sí, lo haré, Su Majestad —respondió. Su expresión no cambió, pero sus ojos brillaban con diversión apenas contenida. Ella conocía demasiado bien el efecto que Conrad tenía en mí, aunque nunca se había atrevido a abordar el tema directamente.

Mientras Lucienne salía para cumplir mi solicitud, dirigí mis ojos hacia la ventana. Afuera, una suave brisa jugaba con las hojas de los árboles ancestrales. Sus ramas se extendían hacia el cielo como los miembros extendidos de una bailarina. La noche era joven, y podía sentir la anticipación creciendo dentro de mí. Esta noche, tendría a Conrad a mi lado una vez más. Juntos, íbamos a explorar las profundidades ilimitadas de la pasión. Y espero estar con el niño pronto.

Seducción Soberana

Me levanté y caminé hacia el balcón, el aire nocturno calmaba mis pensamientos tumultuosos. Abajo, los jardines se extendían en un estallido de colores, un fuerte contraste con lo que sentía en mi interior.

—Debería plantar un jardín aquí —pensé en voz alta, la idea arraigándose—. Al menos algo podría crecer en esta estancia.

Esa noche, esperé a las concubinas elegidas. El aire estaba cargado con el aroma del jazmín y la anticipación. El juego continuaba, pero esta vez ya no era un peón que se movía a voluntad. Era la jugadora, y las apuestas nunca habían sido tan altas.

—A ver si los médicos valen la pena —murmuré para mí misma mientras daba un sorbo de vino de mi copa.

Las sombras de la noche envolvían las cámaras de la reina como un manto de terciopelo. Una copa dorada de vino rubí descansaba en mi mano, su rico aroma llenando mis sentidos mientras bebía lentamente. Todavía estaba de pie en el balcón con una copa de vino cuando hubo un golpe en la puerta. La puerta de mi estancia chirrió al abrirse, y Conrad se deslizó dentro. Sus ojos oscuros se encontraron con los míos con una intensidad inquebrantable.

—Su Majestad —murmuró, acercándose a mí con pasos medidos.

—Conrad —respondí, una sonrisa sabia jugando en mis labios—. Acompáñame a tomar algo.

—Gracias, Su Majestad. —Se paró a mi lado, sus ojos nunca apartándose de los míos, mientras le servía una generosa porción del delicioso líquido.

Cuando Conrad llevó la copa a sus labios, no pude evitar notar cómo la tenue luz jugaba en los ángulos de su rostro. Mitad de él quedó en sombra, mientras la otra mitad parecía resplandecer con una radiante misteriosidad. Dio un sorbo lento y deliberado, saboreando el gusto antes de tragar.

—Delicioso —susurró, colocando la copa en la mesa.

—Me alegra que te guste.

—Pero sospecho que no me llamaste aquí solo para tomar algo.

—¿Qué piensas?

Conrad sonrió irónicamente. Luego, dejó su copa en la mesa. —Por esto...

En un instante, sus brazos musculosos me rodearon. Me atrajo hacia él mientras sus labios encontraron los míos con una urgencia apasionada. El calor de nuestros cuerpos mezclándose envió un escalofrío por mi espina dorsal, encendiendo un deseo en mí.

La copa de vino tembló en mi mano, el líquido rojo profundo brillando a la luz de la luna. Los ojos de Conrad se encontraron con los míos; su mirada era intensa y llena de deseo. Sentí cómo mi pulso se aceleraba cuando se inclinó y presionó sus labios contra los míos.

—Wow —susurré, sintiendo el calor de su beso persistir en mis labios. Intercambiamos una mirada cómplice antes de inclinarnos para saborearnos una vez más.

Nuestros labios se movían uno contra el otro, nuestras lenguas bailando en un juego ardiente de exploración lujuriosa. Investigamos las profundidades el uno del otro mientras nuestros cuerpos se acercaban más. Esta vez, nuestras bocas se encontraron con una pasión ardiente que crecía segundo a segundo. Mi corazón latía fuerte en mi pecho mientras me aferraba a él. Mis manos recorrían los firmes planos de su espalda, sintiendo los poderosos músculos ondear bajo mis dedos.

Las manos de Conrad no estaban inactivas. Recorrió la curva de mi cintura y la hinchazón de mis caderas antes de aventurarse más allá. Arrancó gemidos de placer de mi garganta. Nuestras respiraciones se mezclaron, pesadas con el embriagador aroma del vino y nuestra excitación compartida.

—Conrad —suspiré, sintiendo sus labios moverse hacia mi cuello, dejando una estela de besos abrasadores a su paso. Mi cabeza se inclinó hacia atrás, exponiendo más de mi piel a su boca hambrienta. Siguió deleitándose conmigo. Sus manos encontraron el camino hacia mis pechos, apretando suavemente a través de mi vestido.

—Dime que lo deseas, Su Majestad —susurró Conrad contra mi piel. Se detuvo por un momento para evaluar mi reacción.

—Sí —respondí, mi voz cargada de deseo. Sus dedos se deslizaron bajo la tela de mi vestido, desabrochando hábilmente mis prendas interiores. El fresco aire nocturno envió un escalofrío por mi espalda cuando él apartó las correas de mis hombros, dejando al descubierto mi pecho.

—Eres tan hermosa, Su Majestad —dijo, su voz un gruñido bajo. Sentí que mis mejillas se sonrojaban de placer ante sus palabras, pero no había tiempo para reflexionar sobre ellas. Conrad se inclinó y tomó uno de mis pezones en su boca. Remolino su lengua alrededor del botón sensible antes de tirar suavemente con sus dientes.

—Ah, Conrad —jadeé.

—Su Majestad —gimió Conrad, su voz ronca de deseo—. Ya no puedo resistirte.

—Ni deberías —susurré de vuelta. Mis ojos se encontraron con los suyos mientras continuábamos explorando los cuerpos del otro con un fervor creciente.

Mi espalda se arqueó involuntariamente, empujándome más hacia su contacto. —Conrad, por favor —supliqué, sin saber exactamente lo que estaba pidiendo, solo sabiendo que necesitaba más. Una maliciosa sonrisa se extendió por su rostro cuando entendió mi súplica.

Conrad mordió mi pezón de nuevo, esta vez más fuerte, haciendo que la copa en mi mano se volcara. Arquee mi cuerpo y jadeé mientras agarraba el frío metal del barandal del balcón con anticipación. Conrad se colocó detrás de mí, sus manos recorriendo mis caderas antes de sumergirse bajo el dobladillo de mi vestido. Un gemido escapó de mis labios cuando sus dedos rozaron mi parte privada, burlándose mientras corrían a lo largo del borde. —Estás tan mojada, mi reina —murmuró apreciativamente, su aliento caliente contra mi oído.

—Porfavor, no me hagas esperar más —gimoteé, desesperada por sentirlo dentro de mí. El sonido de sus pantalones cayendo resonó en el aire nocturno. Podía sentirlo posicionándose en mi entrada.

—¿Estás lista, Mi Reina? —preguntó, su voz tensa con contención.

—Más que nunca—respondí, preparándome para lo que iba a suceder.

En un movimiento rápido, Conrad se introdujo en mí, llenándome por completo. Un gemido escapó de mis labios mientras empezaba a moverse, lentamente al principio pero rápidamente aumentando la velocidad. La combinación de placer y la emoción de estar en el balcón donde todos podían vernos solo añadía a la experiencia.

—Mira la vista —gruñó Conrad entre embestidas, dirigiendo mi mirada al jardín de abajo.

—No puedo; solo quiero mirarte a ti.

Conrad se rió. —Eso es muy amable de tu parte, Su Majestad.

No miento; solo quería verlo, porque no hay nada como ver el firme cuerpo de Conrad moverse al unísono con el mío.

Las sombras parpadeantes bailaban en las paredes del balcón escasamente iluminado mientras nos movíamos juntos. Nuestros cuerpos se fusionaban sin esfuerzo, como dos mitades de un medallón roto que encontraban su camino de vuelta el uno al otro. El crepitar del fuego en la chimenea rugía con intensidad. Su calor reflejaba la pasión que fluía a través de nuestras formas entrelazadas. Nos movimos juntos como si fuéramos guiados por una fuerza invisible. Nuestra pasión ardía intensamente, como el fuego rugiente en nuestros corazones. Nos consume a ambos en sus llamas implacables.

—Conrad —susurré su nombre. Mi voz apenas era audible sobre la sinfonía de nuestros gemidos entrelazados y el crepitar de la leña.

—Dime lo que necesitas, Mi Reina —susurró en mi oído, el calor de su aliento enviando escalofríos por mi espina dorsal.

—Por favor, no pares —rogué, mi voz temblando de placer. Sus manos musculosas agarraron mis caderas, guiando cada una de sus firmes embestidas mientras me llenaba repetidamente con una sensación casi abrumadora de éxtasis.

—Dios, te sientes tan bien —jadeó Conrad, sus palabras encendiendo una nueva ola de deseo en mí. Como si leyera mis pensamientos, aceleró su ritmo, llevándonos a ambos más cerca del precipicio del éxtasis.

—Conrad, estoy tan cerca —gimoteé, mi cuerpo tensándose mientras las olas de placer comenzaban a construirse con cada deliciosa embestida.

—Yo también —gimió él. Sus ojos se encontraron con los míos por un breve momento antes de cerrarse.

Unos momentos después, Conrad hizo lo mismo, sus gemidos de satisfacción mezclándose con los míos. Nos quedamos allí, aún entrelazados, recuperando el aliento. El resplandor de nuestro encuentro apasionado aún perduraba.

—Conrad —susurré, mi voz apenas audible sobre el crepitar ahora distante del fuego. Me miró con una intensidad que me dejó sin aliento, como si me viera por primera vez.

—Quédate conmigo esta noche —rogué.

—Siempre, Mi Reina —murmuró Conrad. Sus ojos se suavizaron mientras me acercaba, sellando nuestra promesa con un beso tierno.

El Tributo de los Reyes

Estaba parada en el umbral del gran salón del palacio. Este lugar es una catedral de piedra e historia, donde los ecos de monarcas pasados susurraban secretos a través de sus techos abovedados. El aire estaba lleno del aroma de rosas frescas y velas de cera de abejas. Sus llamas arrojaban una luz dorada que danzaba por las paredes.

La comitiva del Reino de Elydien entró en una procesión de color y esplendor. Sus ropas eran hermosas, y las túnicas de seda que llevaban fluían como ríos de joyas. Algunas caras eran tan familiares como las líneas de mi mano; otras eran tan nuevas e indescifrables como un libro en una lengua extranjera. Mi mirada se detuvo en un joven señor con ojos del color de nubarrones. Su presencia era imponente pero misteriosa.

Se acercaron, inclinándose profundamente y ofreciendo sus tributos con reverencia. Mis dedos rozaron los regalos: collares de perlas y zafiros, telas tan suaves como susurros y la promesa de una docena de caballos. Estos no eran simples regalos; eran símbolos, fichas de respeto y alianzas tan antiguas como el reino mismo.

—Su Majestad —dijo el embajador de Elydien, su voz tan suave como piedra pulida—. Hemos venido a celebrar la continua paz y prosperidad entre nuestros reinos.

Sonreí, mi corazón palpitar con el peso de la diplomacia y la emoción del intriga. —Vuestra generosidad nos honra. Irralio atesora el vínculo con Elydien, tan duradero como las montañas y tan profundo como el mar.

Mientras conversábamos, el joven señor atrapó mi mirada, su mirada inquebrantable: un desafío y una curiosidad todo en uno. No pude evitar ser atraída por él, un lazo no dicho chispeando en el aire entre nosotros.

—Los caballos que nos has obsequiado adornarán los establos reales —dije, dirigiendo mis palabras hacia él—. Confío en que los elegiste personalmente.

Él dio un paso adelante, su confianza sutil en su paso traicionando su noble nacimiento. —En efecto, Su Majestad. Conozco tu amor por la equitación. Cada caballo fue elegido por su espíritu y fuerza, al igual que la reina que los montará.

Sus palabras, audaces pero respetuosas, despertaron algo en mí. Este no era un cortesano ordinario; había una historia detrás de esos ojos tormentosos, un misterio que ansiaba desentrañar.

—Quizás me honrarías con un paseo por los terrenos reales mañana —me aventuré, la invitación flotando entre nosotros como un hilo delicado.

Las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba en una sonrisa apenas perceptible. —Sería mi mayor honor, Su Majestad.

La grandeza del salón del palacio parecía desvanecerse en comparación con la impactante figura que avanzaba desde la comitiva de Elydien. Era una visión de tonalidades contrastantes. El profundo negro de su cabello, como el ala de un cuervo, contrastaba con el amarillo vivo, casi brillante, de sus ojos. Eran ojos que guardaban historias, secretos, y una intensidad que parecía traspasarme.

Realizó una grácil inclinación, aunque llena de una corriente subyacente de fuerza. —Su Majestad, soy el Príncipe Kyllion de Elydien, primogénito al trono y líder de nuestra delegación.

Su voz transmitía confianza y calidez, una mezcla intrigante que despertó mi curiosidad. —Bienvenido, Príncipe Kyllion —respondí. Mi voz estaba serena, pero no sin un toque de la intriga que su presencia había provocado en mí—. Su viaje hasta aquí es un testimonio del fuerte vínculo entre nuestros reinos.

Al enderezarse, nuestros ojos se encontraron. Por un momento, la atmósfera del salón, llena del murmullo bajo de conversaciones, parecía desvanecerse. Era como si estuviéramos solos, dos gobernantes en un mundo de nuestra propia creación.

—En efecto, Su Majestad —dijo, sin apartar la mirada—. El viaje palidece en comparación con el honor de estar ante la afamada gobernante de Irralión.

Sus palabras estaban impregnadas de las formalidades esperadas, pero había un respeto genuino en su tono. Sus palabras dejaron una impresión en mí, que esperaba más que simples cortesías.

—Confío en que nuestro reino sea de su agrado —me aventuré, permitiendo que una pequeña sonrisa jugara en mis labios—. Irralión tiene mucho que ofrecer, tanto en belleza como en espíritu.

La sonrisa tenue del Príncipe Kyllion, que imitaba la mía, era un rizo sutil pero cautivador de sus labios. —No tengo dudas, Su Majestad. La belleza de Irralión es conocida, pero es el espíritu de su reina lo que verdaderamente define su encanto.

El elogio envió una oleada de emoción por mis venas. Aquí estaba un hombre de noble cuna con intelecto y encanto, una rara combinación que llamaba como el canto de una sirena.

—Nuestros reinos tienen mucho en común, Príncipe Kyllion —dije, permitiendo que un toque de juguetonería se deslizara en mi tono—. Quizás descubra aún más similitudes durante su estancia.

La débil sonrisa del Príncipe Kyllion, al borde de la cortesía, titubeó por un momento. La desaparición de la sonrisa reveló un destello de algo menos amigable. El hombre ocultaba una sombra bajo la superficie. Sus ojos, de color ámbar claro, parecían empañarse con una emoción difícil de ocultar. El aire en el gran salón se cargó de una tensión no expresada.

Antes de que pudiera adentrarme más en el misterio de su expresión, un miembro de su séquito dio un paso adelante. —Su Majestad —comenzó. Su voz estaba impregnada de una deferencia diplomática que hacía poco por ocultar la audacia de sus palabras—. Como testimonio del vínculo entre nuestros reinos, ofrecemos a nuestro primer príncipe de Elydien para ser recibido en su corte. No solo como un enviado, sino como uno de sus estimados concubinos. Este gesto pretende consolidar la buena voluntad entre Irralión y Elydien.

El hombre con la túnica me entregó una carta del Rey Elydien. En la carta, el rey me entregaba al Príncipe Kyllion como mi concubino. Pero al mirar la expresión del Príncipe Kyllion, parece que ser mi concubino no es su elección. Es como si fuera deliberadamente descartado.

La sugerencia me golpeó como una nota discordante en una melodía armoniosa. ¿Un primer príncipe ofrecido como concubino? La idea no es solo un intercambio de regalos y amabilidades. También se trata de intrigas políticas.

Dirigí mi mirada al Príncipe Kyllion, buscando en su enigmática expresión respuestas. —¿Es verdad, Príncipe Kyllion? ¿Es tu deseo unirme a mi corte de esa manera? —pregunté, mi voz firme pero teñida de una curiosidad no expresada sobre la verdadera naturaleza de esta propuesta.

La mandíbula del Príncipe Kyllion se tensó, un signo sutil pero revelador de sus verdaderos sentimientos. —Su Majestad —comenzó, su voz calmada y controlada—. Mi deber es con mi reino y la voluntad de mi padre, el Rey. Si es su deseo que sirva a Irralion de esta manera, estoy obligado a cumplir.

Pero mientras hablaba, sus ojos contaban una historia diferente. Era como un hombre atrapado en la red de juegos políticos. Una pieza en un esquema más grande que intenta usar su estatus como palanca.

Aceptar al Príncipe Kyllion como su concubino fue una decisión difícil. Pero rechazarlo también lo es, especialmente cuando se trata de la relación entre los dos reinos. Y no he podido adivinar la razón del rey de Elydien para renunciar a su primer hijo para convertirse en concubino. Pero si hay algún interés político o lucha de poder involucrado, entonces debo tomar medidas.

—Me siento honrada por tu disposición a unirme a mi corte en un papel tan único, Príncipe Kyllion —dije. Mi voz resonaba con seguridad real—. Te aseguro que tu tiempo en mi castillo será tanto beneficioso como iluminador.

Los ojos del Príncipe Kyllion se encontraron con los míos. El antiguo velo de reluctancia fue reemplazado por una curiosidad cautelosa. —Su Majestad, estoy a su servicio —respondió. Su voz era una mezcla controlada de formalidad. Había una corriente palpable de algo más personal y cargado.

El miembro del séquito, quien había hecho la audaz sugerencia, se inclinó. —Estamos agradecidos, Su Majestad. Confiamos en que el Príncipe Kyllion encontrará su estancia en su castillo tanto honorable como útil.

Mientras el séquito se retiraba, dejando al Príncipe Kyllion atrás, la sala zumbaba de especulaciones. Los cortesanos intercambiaban miradas, sus expresiones un mosaico de intriga y sorpresa. La idea de un Primer Príncipe sirviendo como concubino era ortodoxa. Pero, en realidad, sucede. Tengo al Primer Príncipe como mi concubino.

—Tus aposentos han sido preparados —le dije al Príncipe Kyllion. Hice un gesto hacia uno de mis sirvientes de confianza—. Espero que te sientas cómodo durante tu estancia.

—Gracias, Su Majestad —dijo él, inclinando ligeramente la cabeza—. Estoy seguro de que mi tiempo aquí será esclarecedor.

Mientras seguía al sirviente, no pude evitar sentir el peso de la decisión que acababa de tomar. Al aceptar al Príncipe Kyllion como mi concubino, había entrado en un territorio inexplorado. Un reino donde las alianzas políticas se entrelazan con dinámicas personales es muy peligroso. Como reina reinante de Irralion, era mi deber proteger el reino. La repentina aparición del príncipe desterrado suscitó susurros de intriga y miedo. Sin embargo, bajo las capas de realeza y deber, había una chispa innegable. Fue la curiosidad lo que me atrajo a este príncipe enigmático.

Observé al Príncipe Kyllion irse, su penetrante mirada persistiendo en el umbral. El aire estaba cargado de tensión, y un sentido ominoso de incertidumbre se posó sobre mi corazón. Llamé a Michael, un hombre con una habilidad asombrosa para navegar por las sombras de la corte. Sus ojos se encontraron con los míos con una mezcla de curiosidad y determinación,

esperando mi orden.

—Señor Michael —susurré —necesito saber por qué el Príncipe Kyllion fue desterrado a este reino. Descubre su propósito al poner pie en Irallion nuevamente. Estoy segura de que el Rey Elydien lo desterró por una razón. Así que no podemos permitirnos ignorar la amenaza potencial que representa.

Michael se inclinó. —Como desee, Su Majestad.

Príncipe Kyllion de Elydien

Al seguir al sirviente por los pasillos del palacio de Irralion, respiré profundamente. El peso de mi nueva realidad recaía sobre mí. El harén, un mundo en sí mismo dentro de la grandeza del palacio, era un lugar de belleza y confinamiento. Sus lujosos adornos ocultaban la cautividad de sus habitantes.

Decoraban las paredes con pinturas intrincadas que representaban escenas de amor y ocio. Los temas de las pinturas contrastaban fuertemente con la agitación que sentía en mi interior. El aire estaba impregnado con una mezcla de jazmín y sándalo. Un aroma que parecía diseñado para calmar los sentidos, pero hacía poco por aliviar la agitación en mi corazón.

Una vez fui el príncipe heredero de Elydien, un imperio ahora distante en espacio y memoria. Mi madre, la reina, había sido mi ancla, una figura de fuerza y apoyo inquebrantable. Pero su muerte repentina y misteriosa me dejó a la deriva. Su muerte me dejó a la deriva en un mar de cortes, intrigas y alianzas sombrías.

El susurro del envenenamiento de mi madre resonaba en los pasillos de Elydien. El susurro se extendía como una brisa malévola, fría e imparable. Había creído, quizás ingenuamente, que mi padre, el rey, movería cielo y tierra para descubrir la verdad. Pero la fría realidad de que tal vez él haya orquestado su fin por ganancia política fue una traición que cortó más profundamente que cualquier espada.

Al entrar al harén, la realidad de mi nueva posición me golpeó con renovada fuerza. Ya no era un príncipe, sino un peón, una herramienta en manos de aquellos que me usarían para sus propios fines. El harén, con sus cojines de seda y espejos dorados, era una jaula dorada, y yo era su recluso más reciente. Soy solo un concubino para satisfacer la lujuria de la reina de esta tierra.

Me volví hacia el sirviente, un joven cuyos ojos evitaban cuidadosamente los míos. —¿Es aquí donde me quedaré? —pregunté, mi voz tranquila a pesar de la tormenta que rugía dentro de mí.

—Sí, Su Alteza —respondió, su voz un murmullo de deferencia—. Estos aposentos son algunos de los mejores en el harén. Encontrará todo lo que necesite. Pero si necesita algo, no dude en llamarme.

Asentí y no respondí, pues no necesitaba nada más que libertad. Y ese sirviente no podría darme nada de eso.

Cuando el sirviente se fue, me quedé solo con mis pensamientos. En esta prisión dorada, era a la vez un huésped y un prisionero. Mi destino estaba atado a los caprichos de una reina extranjera

y a las maquinaciones de una corte que no era la mía.

Miré alrededor de la lujosa habitación, cuyos muebles eran suntuosos pero impersonales. No es un lugar de poder; es un refugio para aquellos a quienes les han arrebatado sus títulos o incluso sus vidas, un lugar donde la belleza sirve como un velo para la verdad de nuestra existencia.

Mi corazón se hundió con el peso de mil piedras. La habitación era realmente un testimonio de la riqueza del reino. Pero para mí, no era más que una prisión bellamente decorada. La ironía de su lujo solo sirvió para profundizar la picazón de mi exilio.

No pude evitar pensar en mi madrastra. Sus ojos brillaban con un triunfo malicioso mientras orquestaba este plan. Ya me había quitado tanto: mi amada madre, mi derecho de nacimiento como príncipe heredero, y ahora mi libertad. Sus planes eran tan intrincados como crueles. No dejó piedra sin remover en su búsqueda por borrar mi dignidad y legado.

Con todos mis títulos arrebatados y mi libertad robada, era un peón de esta reina de tierras extranjeras. Esta realidad hacía que mi estómago se revolviera. ¿Cómo había llegado a esto? Yo, que alguna vez estuvo destinado a gobernar, ahora estaba reducido a un objeto de diversión y deseo. La humillación era una píldora amarga de tragar. Cada momento en este lujoso confinamiento era un recordatorio de mi orgullo destrozado y honor perdido.

Pero en medio del vórtice giratorio de mi desesperación, una chispa de desafío se encendió dentro de mí. Me negaba a dejar que esto fuera el final de mi historia. Si mi madrastra pensaba que me había quebrantado, estaba profundamente equivocada. No soy un príncipe derrotado, sino un hombre con un ardiente deseo de reclamar mi destino.

Esta prisión podría ser un punto de inflexión. Dentro de estas paredes, trazaría mi regreso. Podría forjar alianzas en secreto, aprender las complejidades de la política y debilidades de este reino. Podría observar y organizar las fuerzas en Elydien sin levantar sospechas. Mi encanto e inteligencia se convertirían en herramientas de venganza y redención.

Mientras la luz de la luna se filtraba por la ventana, arrojando un resplandor plateado sobre la habitación, juré para mí mismo. Podrían haberme quitado mi título y mi libertad, pero no podrían quitarme mi espíritu.

Encontraría una manera de reclamar mi derecho de nacimiento, de descubrir la verdad detrás de la muerte de mi madre y de restaurar mi honor. Por ahora, jugaría el papel que me habían asignado, pero en el juego de tronos y corazones, aún no estaba derrotado.

Algún día, volvería a erguirme. No solo como Kyllion, el príncipe caído, sino como un hombre forjado en las llamas de la traición y la resistencia. Recuperaría lo que legítimamente me pertenece.

Conclave de Sombras

Para dar la bienvenida al séquito de mi reino, Irralion organizó un festín real. Los salones estaban iluminados con deslumbrantes candelabros. Su luz bailaba sobre los ricos tejidos y las joyas que adornaban a la nobleza mientras se reunían para un gran banquete. Nobles de alto rango se mezclaban y conversaban con gracia casual.

Y entonces, mis ojos vislumbraron a los dignatarios extranjeros: príncipes, hijos de duques, marqueses. Portaban el aire regio de sus tierras, una mezcla de atracción exótica y poder formidable. Gente de mi reino se mezclaba con ellos. Se mostraban mutuo respeto y cortesía mientras sorbían sus bebidas.

Allí, de pie, la copa de champán en mi mano. Pero me sentía desorientado en medio de este opulento espectáculo. Mis ojos barrían la multitud, captando los rostros de aquellos que, como yo, eran más que simples nobles. Entre la multitud centelleante estaban las concubinas de la reina. Lucían elegantes, y sus ojos parecían sostener sus propias historias y ambiciones. No eran meros adornos de la corte; eran sus silenciosos impulsores, modeladores de sus secretos.

Miré de nuevo al grupo de las concubinas de la reina en la mesa especial. Una pregunta me acosaba: ¿Por qué un noble de alto rango elegiría la vida de una concubina?

A diferencia de mí, que fui desterrado y encarcelado en otro país, ellos debían haber tenido muchas opciones. Pero, ¿por qué elegir ser la lujuria de esa reina loca por la satisfacción?

Quizás era la atracción del poder, la clase que es sutil pero omnipresente, como el aroma de flores raras. O tal vez era un juego de supervivencia, una delicada danza al borde de una hoja afilada. En este mundo de apariencias brillantes, el papel de concubina era una elección estratégica, como una manera de estar en el corazón del pulso del reino e influir en sus latidos.

Me diferenciaba de las otras concubinas, que elegían sus caminos con propósito. A mí me encarcelaron y me hicieron concubina para que no pudiera escapar. Bloquearon deliberadamente mi camino para que no pudiera regresar a obtener lo que legítimamente era mío. Pero tenía que jugar el juego si quería ganar. En este conclave de sombras, donde cada sonrisa guardaba un secreto y cada gesto una estrategia, permanecía, un jugador en este intrincado juego. Este era un mundo donde las líneas entre aliado y enemigo se difuminaban. El reino donde los deseos del corazón chocaban con las maquinaciones de la mente.

El aire estaba cargado con el aroma de ricos perfumes y el sabor de las exquisiteces que se servían. Las melodías musicales que subían y bajaban con el ritmo de la noche llenaban la habitación con un aura encantadora.

Y a medida que la noche avanzaba, también lo hacía la intriga. Nos envolvía como la noche de terciopelo fuera de las ventanas del palacio. Mientras estaba en medio de la grandeza del palacio, sentí que alguien se acercaba. Al darme la vuelta, me encontré mirando a los ojos de una joven cuya elegancia era innegable. Se presentó como Señora Arabella, hija del Duque de Wexford. Su vestido, una obra maestra de seda y encaje, hablaba del estatus estimado de su familia. Su manera mostraba la refinada gracia de la alta nobleza.

—Saludos, mi señor —dijo Señora Arabella, su voz llevando la melodía de su alta crianza—. No pude dejar de notar tu grupo. ¿Eres de otra tierra? Tu ropa no se parece a nada que haya visto antes.

Le ofrecí una sonrisa, del tipo que esperaba la hiciera sentir cómoda. —Soy Kyllion, un príncipe de una tierra lejana —respondí. Traté de desempeñar mi papel como cortesano lo mejor que pude. Siempre fue más fácil tejer historias que revelar las complicadas verdades de nuestras vidas en la corte.

Sus ojos brillaron con interés. Por un momento, su inocencia, en marcado contraste con los movimientos calculados y las agendas ocultas que generalmente llenan estos pasillos, me encantó. Su belleza trajo una sensación fugaz de tranquilidad a mi corazón.

Pero luego su atención divagó, y miró más allá de mí, su mirada posándose en una figura en la multitud. —¿Ves a ese hombre allí? —preguntó, su voz un susurro de asombro y admiración—. ¿El de pelo largo y rubio, elegantemente trenzado?

—¿Sí?

—Ese es Lucius Bassett —susurró.

Siguiendo su mirada, lo vi. Lucius Bassett destacaba incluso en una habitación llena de nobleza. Su cabello, del color de trigo dorado al sol, estaba trenzado de una manera que hablaba de cuidado meticuloso. Se movía con confianza, cada uno de sus pasos era medido, y su postura era impecable.

—Él es uno de los favoritos de la reina —continuó la hija del duque, sus palabras teñidas de nostalgia—. Dicen que su influencia en la corte es inigualable, y su ingenio es tan agudo como su apariencia.

Me volví hacia ella, reflexionando sobre sus palabras. Era raro encontrar a alguien que pudiera navegar por las aguas traicioneras de la vida en la corte con tanta destreza como Lucius Bassett. Su reputación era bien conocida, pero verlo en persona aún me intimidaba.

La admiración de la hija del duque por Lucius era evidente. Me hizo preguntarme acerca de las historias y secretos que cada persona en esta habitación llevaba consigo. En este palacio donde el poder y la pasión se entrelazaban, cada uno de nosotros era una historia y un misterio.

La mirada de Señora Arabella se detuvo en las concubinas con una mezcla de admiración e ingenuidad. Su reacción parecía casi fuera de lugar, especialmente dentro de estos muros opulentos y a menudo despiadados del palacio. Sus ojos, amplios de inocencia, volvieron mi atención hacia ella. Mi curiosidad se agudizó, y pregunté —¿Por qué la admiras tanto, Señora Arabella?

Su respuesta fue inmediata, un reflejo de sus pensamientos desprotegidos. —Son los hombres elegidos de la reina —dijo, con un tono de asombro en su voz—. Una reina de tan exquisito gusto elige solo a los más calificados y excepcionales. No es solo su rango o su apariencia, sino su ingenio, su intelecto y el sutil arte de la política cortesana.

No pude evitar reír ante sus palabras. La elección de concubinos de la reina podría parecer una cuestión de gusto refinado, una colección de los hombres más finos del reino. Pero yo sabía mejor. La realidad era mucho más pragmática: un juego estratégico de alianzas e influencias. —

¿Gusto refinado, dices? —reflexioné en voz alta, la ironía no se me escapó—. O tal vez sea simplemente el atractivo de estar rodeada de muchos hombres, cada uno un peón en el gran juego del poder.

Señora Arabella pareció reflexionar sobre mis palabras por un momento. Luego su rostro se iluminó de emoción. —Se presentará un nuevo concubino esta noche —anunció. Su voz bajó a un susurro conspirador—. Esta festividad es en honor a su llegada.

Su revelación me tomó por sorpresa, y casi me atraganto con mi champán. —¿Te interesa esto?

—Un nuevo concubino significa un cambio en el equilibrio de poder en la corte. Hay un nuevo jugador en el juego —explicó Señora Arabella—. Me pregunto si el nuevo concubino podrá superar el encanto de Lucius Basset o Alaric Chastain.

Traté de recobrar mi compostura, ocultando mi sorpresa con una destreza practicada. —¿En serio? Esa es una noticia fascinante —respondí, mi mente acelerada por las implicaciones—. ¿Sabes quién podría ser este reciente favorito de la reina?

Señora Arabella negó con la cabeza, sus rizos rebotando. —No, es un secreto bien guardado. Pero se dice que esta persona es de gran importancia. Supongo que esta persona es alguien que podría cambiar la dinámica de la corte.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire entre nosotros, una sugerencia tentadora de la intriga que se avecinaba. Un nuevo concubino no era simplemente una cuestión de interés personal. Era un evento crucial que podía cambiar la misma estructura de nuestras vidas en la corte.

La rueda de rumores del palacio había comenzado a tejer historias sobre mi presencia cuando la Gran Sala de repente cayó en un silencio casi inquietante. Toda conversación cesó. La risa quedó en silencio, y cada mirada se volcó hacia el estrado elevado donde estaba la reina. Su presencia era como un sol alrededor del cual giraba la corte, y ahora todos los ojos estaban sobre ella.

Cuando habló, su voz resonó en toda la sala con una autoridad que desmentía su gracia. Las palabras que pronunció a continuación me estremecieron. Anunció: —Esta noche damos la bienvenida a un nuevo miembro a nuestra respetada corte. —Sus ojos encontraron los míos en la multitud, fijos en mí como un faro—. Príncipe Kyllion, por favor, acompáñame.

La habitación giró ligeramente mientras absorbía sus palabras. ¿Estaba llamando mi nombre, su nuevo concubino? ¿Por qué ahora? La revelación fue tan inesperada como alarmante. Mi mente se llenó de preguntas e inquietudes.

Pero los cientos de pares de ojos que me miraban, expectantes y curiosos, no me dejaron una elección real. La resignación me invadió al reconocer la demanda no expresada del momento. Tomé una respiración profunda y di un paso adelante. Cada paso fue medido, traicionando ninguno del caos que rugía dentro de mí.

Al acercarme al podio, la reina me extendió la mano. Fue un gesto de bienvenida, pero también de posesión. Tomé su mano; el toque fue una confirmación surrealista de mi nueva realidad. Inclinandome ligeramente, planté un beso en el dorso de su mano, un símbolo de lealtad y aceptación.

La sonrisa de la reina era enigmática, una mezcla magistral de calidez y cálculo. —Damas y caballeros, brindemos por el príncipe Kyllion —anunció. Su voz resonó por toda la sala.

La respuesta fue inmediata: un coro de vítores y copas elevadas. Los cortesanos se ajustaron rápidamente a la nueva narrativa que se tejía ante ellos. Pero debajo de la superficie de la celebración, podía sentir una corriente subyacente de especulación e intriga.

Mientras estaba junto a la reina, ahora oficialmente su concubino, sabía que mi vida en la corte nunca sería la misma. Este giro inesperado de los acontecimientos me había lanzado al corazón de los juegos políticos del palacio. Pero solo soy un peón en un juego mucho más grande. Pero también sabía que en este juego, tenía que ser más que un peón. Tenía que ser un jugador, astuto y cauteloso si quería sobrevivir a las traicioneras aguas de la intriga cortesana.

La celebración continuó a nuestro alrededor. La música retomó su flujo melodioso, y los cortesanos se regocijaron. Pero para mí, la noche había adquirido un tono extraño. El desafío es navegar por las complejidades de esta peligrosa danza del poder.

La Prisión de Terciopelo

Este lugar es resplandeciente y vasto. Este lugar es un mundo en sí mismo, bullicioso de vida pero atrapándose como una jaula dorada. El palacio del harén, con sus opulentos salones y sus secretos susurrados, guarda más de lo que se ve a simple vista.

El salón principal, un espectáculo grandioso de mármol y oro, es el corazón del palacio. Aquí es donde se despliegan banquetes suntuosos, el aire denso con el aroma de especias exóticas y el sonido de risas melodiosas. Pero debajo de este barniz de festividad, una lucha silenciosa por el poder y el favor hierve entre los habitantes del palacio.

La biblioteca, un santuario de conocimiento y consuelo, está ubicada al lado del salón principal. Es un laberinto de estanterías altas llenas de textos antiguos y saberes prohibidos. El silencio solemne de la biblioteca contrasta fuertemente con el bullicio jovial del salón principal, convirtiéndola en mi refugio preferido.

Las salas de estudio son donde se llevan a cabo las intrigas más profundas del palacio. Aquí es donde se formulan estrategias, se forjan alianzas y los secretos se intercambian como moneda. Las paredes, si pudieran hablar, contarían historias de ambición y traición.

La sala de té, bañada por la luz del sol y decorada con frescos delicados, es un lugar de diplomacia sutil. Conversaciones veladas tienen lugar sobre tazas de té fragante, sus tonos ligeros pero sus implicaciones pesadas. Es en estas reuniones aparentemente inofensivas que los destinos de muchos se deciden silenciosamente.

Pero es el jardín el que cautiva mi alma, un oasis de tranquilidad en medio de la intriga implacable del palacio. Aquí, entre la floración del jazmín y las rosas, encuentro una semblanza de libertad. El jardín, con sus recovecos ocultos y fuentes murmurantes, es un refugio para la contemplación tranquila.

Cada parte del palacio, desde las suntuosas salas de reuniones hasta los rincones apartados, desempeña un papel vital en la vida de la corte. Pero a pesar de toda su belleza y grandeza, sigue siendo una prisión para mí, un lugar donde mis alas están recortadas y mi espíritu anhela cielos invisibles. La noche después de la fiesta, finalmente vi el lugar donde sería encarcelado.

Después de que la opulenta fiesta se desvaneció en los ecos de la noche, conocí a los otros hombres que residían entre las paredes del harén. Cada uno de ellos es diferente en carácter y origen. Observé a los cinco más influyentes. Ellos eran los que gozaban del mayor favor de la reina.

Lucius Bassett, el hijo del Duque, es un hombre cuya apariencia es tan llamativa como su

reputación. Con su largo y rubio cabello ondulado y sus penetrantes ojos azules, capta la atención sin esfuerzo. Lucius es conocido por su encanto e ingenio. Pero detrás de su rostro carismático, yo podía ver una mente calculadora. A pesar de su privilegiada crianza, parecía albergar un profundo descontento. Se rumorea que Lucius resentía profundamente la rígida estructura de la nobleza. No podía aceptar el título de duque simplemente porque era el segundo hijo. El título debía ir a su hermano, que no era tan astuto como lo era Lucius.

Alaric Chastain, Príncipe de la Tierra de Alvaroia, destaca con su cabello castaño y sus intensos ojos verdes. La presencia de Alaric es a la vez imponente y enigmática. Criado en un reino famoso por sus guerreros, lleva la carga de su linaje con gracia estoica. Mi informante dijo que Alaric a menudo estaba en desacuerdo con las facciones nobles de su reino. A menudo se oponía y era visto como alguien que rompía la norma. Alaric llegó tan lejos como para abandonar su reino y elegir convertirse en un concubino en Irrailon.

Conrad Wallace, un nombre que resuena por los pasillos con una mezcla de respeto y precaución, es un hombre hecho a sí mismo de inmensa riqueza. El viaje de Conrad desde humildes comienzos hasta la cima del comercio es una historia a menudo susurrada en la alta sociedad. Su agudo sentido comercial y mente estratégica lo convierten en un aliado invaluable. Pero no puedo estar demasiado seguro, porque sus intenciones son tan misteriosas como su pasado.

Damian Faintree es una enigma entre nosotros. Con su tranquilo comportamiento y su mirada reflexiva, a menudo pasa desapercibido en medio de la grandeza del palacio. Pero hay una profundidad en Damian que contradice su presencia discreta. Un académico de corazón, encuentra consuelo en la vasta biblioteca del palacio. Su pasado sigue siendo un secreto bien guardado, añadiendo a la aura de intriga que lo rodea.

Hugo Brichazac proviene de una familia de condes, miembros de la caballería real de Irrailon. Es alto y tiene un rostro apuesto. Hugo era en su mayoría silencioso, pero se decía que era el concubino al que más a menudo se le pedía que pasara la noche con la reina.

Cada uno de estos hombres está enredado en una compleja red de política palaciega y ambición personal. Mientras navego por este intrincado mundo, me encuentro atraído por sus historias. Cada uno revela capas del espíritu humano que cautivan y desafían mis propias percepciones.

Más allá de Lucius, Alaric, Conrad, Hugo y Damian, el harén bullía con una miríada de otros hombres. Cada uno se caracterizaba por su propia elegancia distintiva y su comportamiento. Algunos se conducían con aires de arrogancia, sus posturas rígidas con autosuficiencia. Otros se movían con facilidad; sus sonrisas eran frecuentes y desarmantes. A menudo ofrecían un destello de calidez en este abode opulento pero aislante.

Entre ellos, vi jóvenes caballeros que hablaban de cambio y reforma. Sus ojos brillaban con visiones de otro mundo. Oí los susurros de poetas cuyas palabras anhelaban libertad. Sus versos pintaban cuadros de tierras lejanas más allá de estos salones de mármol. Y en rincones silenciosos, noté pensadores y soñadores. Sus mentes divagaban en reinos de conocimiento y descubrimiento, lejos de los juegos políticos que se desarrollaban a su alrededor.

En esta reunión ecléctica, me encontré formando parte de una compleja tapicería. Cada uno de nosotros estaba tejido por el destino y las circunstancias. A pesar de nuestras diferencias, había una comprensión no expresada entre nosotros, una experiencia compartida de los privilegios y las cargas de nuestros roles. Y en esa comprensión, encontré un extraño sentido de camaradería. Se forjó un vínculo en el fuego de la prisión compartida. Un anhelo silencioso por una vida más allá de las ornamentadas puertas del palacio.

A pesar de sus diferentes orígenes y temperamentos, tenían una cosa en común: una innegable hermosura con físicos bien contruidos y robustos. Quizás ese sea el gusto de la Reina Edith en los hombres, un hombre guapo con un cuerpo increíble.

Mientras los observaba, no pude evitar sentir una mezcla de admiración y una punzada de tristeza. Estos eran hombres que, en circunstancias diferentes, podrían haber sido guerreros, artistas o líderes. Pero aquí, dentro de las paredes del harén, eran como aves exóticas en una jaula dorada. Su potencial y habilidades se redirigieron hacia el arte de las intrigas cortesanas y las batallas silenciosas de encanto.

Su belleza y fuerza, en lugar de ser un medio para dar forma a su destino, se convirtieron en las mismas cosas que los atraparon. Su perfección física se convierte en su verdadera prisión.

* * *

El sol se había puesto sobre el reino de Irralion, y la luna arrojaba un resplandor extraño sobre las frías paredes de piedra del castillo. Estaba parado en la cámara débilmente iluminada, mi corazón latiendo fuertemente en mi pecho, mientras esperaba mi destino. Me habían entregado como prisionero real y, para empeorar las cosas, como concubino. El pensamiento me repugnaba, pero sabía que no había escapatoria de esta posición humillante.

—Su Alteza —me habló el médico real con un tono que me erizó la piel. Era un hombre alto y demacrado con un bigote retorcido y unos ojos que parecían penetrar mi alma—. Es hora de tu examen médico.

—¿Debo sufrir esta vergüenza? —pregunté, tratando de ocultar la desesperación en mi voz—. Debe de haber algún error.

—Príncipe Kyllion —respondió, su voz desprovista de cualquier simpatía—. Este es un procedimiento necesario para todos los príncipes y descendientes reales que ingresan al servicio de nuestra reina. Es una forma de preparación para que estés listo para servir a Su Majestad.

Quitó mis ropas a regañadientes, dejándome solo con mi ropa interior. El médico incluso me quitó la ropa interior, y me quedé desnudo sin una sola hebra. Mis mejillas ardían de vergüenza, pero el aire frío que barría la habitación me helaba hasta los huesos. El médico comenzó su examen, comenzando por mi cabeza y bajando por mi cuerpo. Revisó cada parte de mí con una minuciosidad desconcertante que me hacía sentir como un caballo siendo inspeccionado antes de ser vendido.

—¿Debería tocarse también esta parte? —pregunté con voz enojada cuando la mano del médico comenzó a tocar mis partes íntimas.

—Esto es necesario para verificar si tienes una enfermedad venérea o no.

¡Mierda! Apreté los dientes mientras el hombre seguía tocando mis partes íntimas. Realmente quería lanzarlo por la ventana.

—Por favor, ¿podemos terminar con esto de una vez? —supliqué, mis manos apretándose en puños a medida que la frustración crecía dentro de mí.

—Paciencia, Su Alteza —dijo el médico, con un tono de molestia que se filtraba en su voz—. Necesitamos asegurarnos de que estés en perfecta salud.

—Para tu información, estoy en perfecta salud.

—Necesitamos confirmarlo —dijo, sin dejarse vencer.

Mientras continuaba el examen, traté de perderme en mis pensamientos. Traté de escapar de la realidad de mi situación. Recordé tiempos más felices antes de ser arrancado de mi familia y traído aquí como peón en un retorcido juego político.

—Muy bien —dijo el médico finalmente, retrocediendo para examinarme una última vez—. Pareces tener una salud satisfactoria.

—¿Se ha completado el examen?

—Sí, Su Alteza.

—¿Puedes irte ahora? Tengo que vestirme —pregunté, apenas capaz de contener mi enojo.

—Por supuesto, Su Alteza —respondió, una maliciosa sonrisa extendiéndose por su rostro—. Pero recuerda, ahora estás al servicio de nuestra reina y tu vida le pertenece. Así que este examen médico se realizará con frecuencia.

—Así que tengo que ser paciente y dejarme manosear.

El hombre rió. —No te estoy molestando; estoy comprobando tu salud, Su Alteza.

Mis manos se cerraron en puños. Quería estrellar la cabeza insolente del médico contra la pared. Pero solo pude tomar una respiración profunda y recoger mis ropas. Mientras salían de la habitación, sentí como si cada gramo de dignidad que alguna vez poseí había sido arrebatado de mí.

La humillación del examen pesaba sobre mí. Sabía que servir como concubina solo traería más humillación. Pero por ahora, no tenía más opción que soportar y esperar el día en que pudiera encontrar una manera de recuperar mi libertad y honor.

El Primer Enfrentamiento

Me encontraba al borde del jardín de la Reina, mi corazón latiendo con una mezcla de temor y admiración. Esta era mi primera encuentro cercano con Su Majestad, un momento que nunca imaginé que me pertenecería. La Reina me había convocado para tomar té esa mañana. Era una invitación, sí, pero en el mundo que habitaba, una invitación real era una orden.

A regañadientes, había cumplido. No había forma de desafiar el mandato de una reina.

Al entrar al jardín, el aire estaba fragante con el aroma de rosas y jazmines florecientes. La luz del sol se filtraba a través de las hojas, proyectando sombras intrincadas en el camino. El jardín era una visión de elegancia; cada flor y arbusto atendido, al igual que la propia reina.

Y allí estaba ella, sentada con gracia en una mesa de hierro forjado con fina plata. Su cabello castaño caía como una cascada ardiente, contrastando fuertemente con el verde esmeralda de su vestido. Sus ojos azules, brillantes y penetrantes, se encontraron con los míos, y por un momento sentí como si pudiera ver directamente a través de mí. Su belleza era realmente fascinante, pero era la mirada intimidante en sus ojos la que más captó mi atención.

Me acerqué con pasos cautelosos, mi mente dando vueltas con preguntas y temores. ¿Qué podría querer la reina con alguien como yo?

—Su Majestad —dije, inclinándome ligeramente.

—Príncipe Kyllion —dijo ella, con su voz suave y mandona—. Por favor, acompáñame.

Tomé asiento frente a ella, tratando de ocultar mi nerviosismo. La reina sirvió té con una mano elegante, dándole al líquido un rico tono dorado. Me ofreció una taza, y nuestros dedos se rozaron brevemente, enviando un escalofrío por todo mi cuerpo.

—Debe estar preguntándose por qué está aquí —dijo ella, con sus ojos fijos en los míos.

Asentí, incapaz de encontrar mi voz. —¿Porque soy su nuevo concubino?

—Esa es la razón, pero tu reputación te precede, Príncipe Kyllion —continuó—. Tus talentos, tus habilidades únicas... Me encanta hablar con alguien con habilidades especiales.

Di un sorbo a mi té, dándome tiempo para calmar mi voz. —Gracias por su generosidad, Su Majestad.

Sus labios se curvaron en una sonrisa misteriosa. —Ahora, disfrutemos de nuestro té.

Sentado en presencia de la Reina, la belleza de su jardín nos envolvía. No pude evitar sentir que mi vida estaba a punto de cambiar de maneras que nunca podría haber imaginado. La Reina, con su mirada intimidante e intenciones enigmáticas, me había arrastrado a un mundo de intriga y peligro. Y yo estaba listo para desempeñar mi papel en su gran diseño.

El aire en el jardín de la Reina estaba cargado de tensión. El aroma de las rosas hace poco para endulzar la amargura entre nosotros. Estaba allí, mi corazón un tumulto de emociones conflictivas, mientras sus palabras resonaban en mi mente.

—Creo que has descansado lo suficiente. ¿Cuándo estás listo para pasar la noche conmigo? —preguntó casualmente.

—¿Esperas que comparta una cama contigo, Su Majestad? —pregunté, mi voz llena de disgusto. La idea era repugnante, una violación de mi ser más privado.

—Esa es tu obligación; eres mi concubino; recuérdalo.

Maldición, olvidé que además de ser desterrado, también tenía que satisfacer los deseos de esta mujer loca.

—No lo he olvidado, Su Majestad.

La Reina Edith rió. —Muy bien. Habrá un médico del palacio para revisar tu salud antes de que vengas a mí.

Me detuve y recordé cómo el médico del palacio me había maltratado antes de llegar a este lugar. Pero tener relaciones con la reina era otra cosa. Aunque sabía que todas esas cosas horribles sucederían, todavía no estoy listo cuando se trata de hacerlas.

—Entiendo, Su Majestad —dije a regañadientes.

—Si encuentras la propuesta tan desagradable —dijo la reina, su voz fría y distante—. Eres libre de regresar a tu propio reino. No insisto en tu conformidad.

Sus palabras deberían haber sido un alivio, una oportunidad para escapar de esta situación incómoda. Pero me dejaron con una sensación de incertidumbre, como si estuviera a punto de renunciar a algo importante, algo que podría cambiar el curso de mi vida. Después de todo, vine con órdenes del rey. Si regreso, me acusarán de ser un traidor.

Miré sus ojos, esos profundos pozos azules que parecían guardar secretos y poder. —Y si elijo quedarme —pregunté, mi voz traicionando un toque de curiosidad—. ¿Qué pasa entonces?

La comisura de sus labios se curvó en una sonrisa sabia. —Entonces me servirías; me complacerías de maneras que solo tú puedes —respondió—. Y a cambio, podrías pedir lo que desees.

La oferta era tentadora, incluso peligrosa. La idea de ganar favor al lograr algo más allá de mis actuales limitaciones era seductora. Pero mi ambición, mi deseo más profundo, era ser un rey por derecho propio. Quiero reclamar los derechos que me han arrebatado. Una concubina, incluso en la corte de la reina más poderosa, nunca podría aspirar a tales alturas.

—Incluso si aceptara tu oferta —dije, mi voz firme a pesar de la agitación interna—. Mis deseos van más allá de los límites de un consorte.

—Oh, ¿en serio? ¿Y eso qué es? —preguntó la Reina Edith con una sonrisa.

—Busco una corona, un reino propio. Eso es algo que no puedes otorgar, ¿verdad? —lo dije sin dudar. También la miré fijamente.

Su mirada no vaciló, y por un momento, pensé ver un destello de respeto en sus ojos. —Cierto, no puedo hacerte rey —admitió—. Pero poder, influencia y conocimiento, esas son las monedas que intercambio. Pueden allanar el camino hacia muchos tronos, aunque sea de manera indirecta.

Reflexioné sobre sus palabras y la gravedad de la elección que tenía ante mí. Quedarme significaba entrar en un juego de poder y seducción, un baile con una reina tan peligrosa como cautivadora.irme era regresar a una vida de ambiciones no cumplidas y un destino no realizado.

—Pero, ¿qué pasa si quiero que esta cosa pase la noche contigo, Su Alteza?

Los ojos azules me miraron, y sus cejas se alzaron ligeramente. Sus labios se curvaron en una

sonrisa. —Soy tu reina; eres mi concubino. En lugar de pedirme el reino, ¿qué tal si me ofreces tu reino?

La comisura de mis labios se contrajo. Sus palabras no estaban equivocadas, pero eran punzantes y me recordaban que yo era solo un desterrado. No era el primer príncipe, y llegué a este lugar como tributo.

El jardín circundante parecía contener la respiración, esperando mi decisión. Supe en ese momento que la elección que hiciera determinaría el curso de mi vida. La reina había abierto una puerta a un mundo de riesgos y recompensas. Y yo estaba de pie en el umbral, dividido entre el deseo y el deber, la ambición y el honor.

La Seducción de la Reina

Esta noche, el aire en el harén estaba cargado de tensión. Era un fuerte contraste con la atmósfera generalmente tranquila. Nosotros, los hombres del harén, fuimos convocados al gran salón, una solicitud inusual. Nos pidieron que nos alineáramos y esperáramos a la reina. Como príncipe, aunque uno cautivo, mi orgullo se resentía ante la idea de ser exhibido como un semental de valor. Sin embargo, la resistencia era un lujo que ya no podía permitirme.

A regañadientes, me uní a la fila de hombres, todos vestidos con seda y joyas. Nos manteníamos en silencio, conteniendo la respiración colectiva, esperando su llegada. El clic de sus tacones resonaba en el salón, un metrónomo para nuestros corazones acelerados. Al entrar, espléndida y regia, un murmullo de asombro se extendió por la habitación. Todos nos arrodillamos, con la cabeza inclinada en reverencia forzada.

—Su Majestad —susurraron al unísono, arrodillándose ante mí mientras se preparaban para cumplir su propósito.

—Levántense. —Su voz, clara y mandona, rompió el silencio.

Uno a uno, nos inspeccionó, su mirada aguda y evaluadora. Mantuve la mirada baja, el calor de su escrutinio como un peso físico. Cuando llegó a mí, me preparé para su juicio. En cambio, simplemente se encogió de hombros, una sombra de sonrisa jugando en sus labios, como si yo fuera un enigma que no podía resolver. Fue a la vez un alivio y una humillación.

Mientras continuaba, me atreví a levantar la vista, solo para descubrir que sus ojos aún estaban en mí con una expresión inescrutable. La reina conversaba con todos, y yo era el único ignorado. No me importa. Tampoco tengo ningún deseo de su atención.

La reina está hablando con Alaric cuando dos criadas se acercan a mí, sus voces siendo una suave intrusión. —Su Alteza, el baño está listo para usted.

¿Por qué de repente me piden que me duche? ¿Significa esto que debo acompañar a la reina esta noche? ¿Es este movimiento de hombros una señal de que estoy marcado?

Pero me guardé estas preguntas para mí mismo. Asentí, una mezcla de confusión y anticipación revolviéndose dentro de mí. ¿Era esto un castigo o un privilegio? Las criadas me llevaron, sus pasos ligeros y discretos, pero sentí el peso de muchas miradas sobre mí.

Me llevaron de vuelta al baño en la cámara. Me desnudaron y me pidieron que entrara en el agua perfumada. Me desvestí y entré en el agua perfumada sin protestar. Pero la calidez del agua hizo poco para aliviar el nudo en mi pecho. El persistente aroma a lavanda y pétalos de rosa llenó mis fosas nasales mientras las criadas fregaban mi piel. Sus manos suaves trabajaron al unísono

para limpiarme, tanto física como simbólicamente.

Estaban susurrando —Te han elegido para pasar tiempo con nuestra Reina.

—¿Elegido? —Me burlé, apartando la mirada de sus delicadas atenciones. Mi orgullo de príncipe ardía dentro de mí como una tormenta de fuego—. ¿Es esto a lo que ha llegado mi vida? ¿No soy más que un cortesano, un juguete de la realeza?

—Su Alteza —suplicó la criada, deteniendo su trabajo para dirigirse a mí sinceramente—. Por favor, ten paciencia. La reina no elige a cualquiera. Hay una razón, aunque quizás no esté clara ahora.

—¿Paciencia? —Escupí la palabra como una píldora amarga. Una vida entera de entrenamiento y enseñanza para proyectar fuerza y confianza. Pero todo se estaba desvaneciendo por estas mujeres, que tenían la audacia de decirme que fuera paciente. Sentía como si estuvieran desgastando mi alma, dejándome expuesto y vulnerable.

—Conoce tu lugar —advirtió otra criada, con los ojos entrecerrados con autoridad—. Es un honor servir a la reina. Deberías estar agradecido.

Mientras sus manos continuaban moviéndose sobre mi cuerpo, apreté los puños, mis nudillos volviéndose blancos. Mi mente corría, buscando una forma de reafirmar mi poder y posición pero sin encontrar ninguna. Con cada golpe de la tela, mi identidad real parecía desvanecerse. Sentía como si todo mi orgullo fuera reemplazado por algo ajeno e inquietante.

—Basta —finalmente estallé, incapaz de soportar la humillación por más tiempo—. Haré lo que me pidan, pero sepan esto: no soy un simple peón en los retorcidos juegos de su reina. Mi lealtad es a mi reino.

—Por supuesto, Su Alteza —respondieron las criadas, sus voces teñidas de simpatía.

Terminaron su tarea y me dejaron sumido en mis pensamientos. El eco de sus palabras resonó en las cámaras huecas de mi mente.

—Sé paciente —me repetí a mí mismo, la frase ahora más una súplica que un mandato. El agua se escurría por el desagüe, llevándose los últimos vestigios de mi orgullo. Solo podía esperar que lo que me esperaba no sirviera para desgarrar los frágiles hilos de mi identidad.

Además de las criadas, también vino el médico del palacio. Vinieron incluso cuando no llevaba ropa y no tenía permiso para ponerme nada. Tocarón y palparon cada parte de mi cuerpo y lo registraron. Cuando tocaron mis partes privadas, perdí inmediatamente la paciencia. Me sentí humillado. Me desvistieron y me manosearon.

—¿Tiene que ser así?

—Por favor, ten paciencia, Su Alteza; esta es una inspección que debe hacerse antes de que se le permita dormir con Su Majestad la Reina.

—Estoy bien.

—Lo entiendo, Su Alteza —dijo, sin preocuparse.

Me ignoraron todas mis protestas y hicieron lo que quisieron. Luego me vistieron. La ropa que eligieron era tan fina que sentí que me estaban vistiendo para ser abusado.

Después del vestirme, un sirviente con cara solemne me llevó fuera de la cámara. Dijeron que la reina me estaba esperando en una sala especial. El eco de mis pasos resonaba por el corredor tenue, mezclado con el susurro de ropas de seda. Sentí el peso de mi nuevo papel asentarse en mis hombros como una capa mal ajustada.

—Su Alteza, hemos llegado —anunció el sirviente mientras abría un juego de puertas dobles ornamentadas. La habitación más allá brillaba con una cálida luz dorada, un fuerte contraste con la fría oscuridad del corredor.

—Muy bien —respondí, preparándome para lo que me esperaba dentro—. Déjame solo.

Al entrar en la cámara, mis ojos se dirigieron hacia la figura reclinada en un lujoso sofá en el extremo lejano de la habitación. Su ropa se adhería a su cuerpo como una segunda piel. Acentuaba cada curva y contorno con un sentido de sensualidad que me hizo jadear. Se ve muy hermosa y sensual esta noche.

—Incluso te ves más guapo con esa ropa —susurró. Su voz goteaba dulzura melosa—. Ven, siéntate a mi lado.

Vacilé, dividido entre el deseo y la indignación. —Mi reina, debo protestar. Esta... disposición es indigna de mi posición.

—Ah, olvidas —dijo mientras se levantaba del sofá y me acechaba como un gato acechando a su presa. La reina luego me levantó y me obligó a sentarme en el sofá—. Ya no eres el Primer Príncipe de Elydien, sino un huésped en mi reino. Y es costumbre que los huéspedes honorables reciban la mejor hospitalidad, ¿no es así?

—Las costumbres varían —respondí, con el corazón latiéndome fuerte en el pecho mientras ella estaba a solo unos centímetros de distancia—. No puedo evitar sentir que esto tiene más que ver con la política que con la hospitalidad.

—Tal vez —concedió, pasando un dedo a lo largo del solapa de mi bata—. Pero hay cierta belleza en poder compartir tanto el placer como el poder, ¿no crees?

—El poder no es algo que se comparta a la ligera —respondí, mi voz titubeante mientras su toque enviaba un escalofrío por mi espina dorsal—. Puede llevar a la ruina si cae en manos equivocadas.

—En efecto —murmuró, su sonrisa tanto seductora como peligrosa—. Pero a veces, la única manera de asegurarse de que las manos correctas lo empuñen es forjar alianzas de la manera más íntima.

A medida que se inclinaba más cerca, su aliento estaba caliente contra mi mejilla. Luché por controlar mi cuerpo traicionero y mi mente acelerada. ¿Era realmente esta una oportunidad para fortalecer los lazos entre nuestros reinos? ¿O me convertiría en otra pieza en los juegos de la reina?

—Piénsalo —susurró, sus labios rozando mi lóbulo—. Mientras tanto, déjame mostrarte lo que significa disfrutar de mi hospitalidad.

Y con eso, me atrajo hacia un abrazo embriagador de placer y poder. Sus manos se movieron hacia mis partes privadas, haciéndome preguntar si saldría ileso de este encuentro.

El Tormento de la Reina

El toque de la reina era eléctrico. Sus dedos bailaban a lo largo de mi longitud con una precisión casi enloquecedora. Sus ojos portaban un destello malicioso que solo servía para avivar las llamas dentro de mí. Casi sucumbí a sus deseos y la tomé.

Las calculadas yema de los dedos de la reina rozaron el bulto calentado bajo mis pantalones. Su toque envió un escalofrío por mi espina dorsal. Sus ojos azules se fijaron en los míos, depredadores e implacables. Con un movimiento lento y deliberado, su mano se cerró alrededor de mi erección palpitante.

—Dime, ¿realmente no me deseas? —preguntó ella, su voz sensual y llena de tentación.

Apreté los dientes, luchando contra la urgencia de someterme a su toque. Mi última pizca de orgullo estaba en juego; no podía dejar que la lujuria me desviara.

—Su Majestad —logré articular—, yo... no puedo.

Sus dedos esbeltos se apretaron alrededor de mis partes privadas, haciendo que mi aliento se entrecortara. El contraste entre sus anillos fríos y su carne cálida solo añadía intensidad a su agarre.

—Lo dices, y sin embargo, tu cuerpo te traiciona —observó, una sonrisa burlona jugando en sus labios carnosos.

—Por favor —susurré, sintiendo cómo los últimos vestigios de mi determinación se deslizaban entre mis dedos como arena—. No debemos.

—Ah, ¿pero no es emocionante? —su aliento flotaba sobre mi oído, enviando escalofríos por mi cuello—. ¿Arriesgarlo todo por un momento robado de placer?

Mi mente corría, buscando cualquier atisbo de razón para resistir sus avances. Pero mientras su agarre se intensificaba, ella arrancaba un suave gemido de mis labios. La marea de deseo engulló todos los pensamientos de deber y honor.

—Por favor —murmuré, mi voz apenas audible sobre el estruendo de mi corazón. Pero incluso mientras la maldecía, sabía que ya había perdido la batalla, no solo con ella, sino con mis propios deseos más oscuros.

—¿Alguna vez has hecho esto con otra mujer? —dijo mientras presionaba con más fuerza en mis partes privadas, haciéndome jadear.

Negué con la cabeza. —Nunca, Su Majestad.

—¿Ah, sí? ¿Nunca? ¡Interesante! —rió ella.

—Por favor, déjeme ir, Su Majestad —rogaba, casi ahogándome. Mis manos empezaron a

temblar, y apreté la manta en el sofá.

—¿Dejarte ir?

Su risa resonó en mis oídos, triunfante y cruel. Me condujo más profundamente al remolino de nuestra pasión mutua. Selló nuestro destino en un solo y ardiente momento de devoción.

—Por favor —la miré y traté de suplicar.

—¿Estás seguro de que quieres irte? —murmuró, alargando la última palabra como si fuera un desafío.

—S-sí —balbuceé, luchando por mantener la compostura—. Debo.

—Muy bien —suspiró ella. Había decepción en su voz. Soltó su agarre sobre mí, y por un momento, no supe si esto era una recompensa o un castigo. Mi cabeza palpitaba, un dolor sordo instalándose detrás de mis ojos.

—Gracias por tu generosidad, Su Majestad.

Me miró rápidamente y sonrió antes de ondear su mano. Una señal para que me fuera lo más pronto posible. Me incliné una vez más antes de salir. Mi aliento se detuvo mientras salía de la habitación con la reina. Maldición, ¿por qué mi miembro creció en el momento equivocado cuando me negaba a ser tentado, pero mi cuerpo me traicionó?

Al dejar la presencia de la reina, el peso de mi excitación colgaba pesado entre mis piernas. La sangre aún fluía por mis venas, dejándome mareado y anhelando liberación. Cada paso que daba parecía aumentar la sensación palpitante. Esta sensación hizo aún más difícil resistir la urgencia de buscar alivio.

—Recomponete, Kyllion —murmuré entre dientes. Traté de concentrarme en algo que no fuera el dolor persistente. Mi mente corría, buscando cualquier solución que pudiera ayudar a aliviar la tensión creciente.

—¿Tenemos problemas, verdad? —Una voz burlona susurró en mi oído, devolviéndome al momento presente. Era una de las doncellas de la reina, sonriendo con conocimiento mientras observaba mi incomodidad.

—No es asunto tuyo —espeté, tratando de recuperar el control de mis pensamientos.

—Como desees —encogió los hombros. Pasó a mi lado con una sonrisa que demostraba que sabía exactamente por lo que estaba pasando.

Con cada momento que pasaba, la urgencia de encontrar liberación crecía más fuerte. Necesitaba un plan, algo para distraer a mi cuerpo de su estado actual. Mi mente pasó por varias opciones: concentrarme en tareas mundanas y buscar conversación con otros. Cualquier cosa para mantener mi mente lejos de la reina.

—Piensa en las consecuencias —me dije a mí mismo. Esperaba que el pensamiento de las consecuencias de ceder a la reina fuera suficiente para ahuyentar mis deseos lujuriosos—. Piensa en tu deber y tu orgullo. Eres un príncipe, no un cortesano.

Pero incluso mientras estos pensamientos revolvían en mi cabeza, el recuerdo del toque de la reina continuaba persiguiéndome. La sensación de sus dedos en mí y el calor de su aliento en mi piel. El destello malévolo en sus ojos era demasiado fuerte para ignorarlo.

—Maldición —suspiré. Me resigné al hecho de que solo había una manera de salir de esta tortura: tenía que llegar a mi habitación lo antes posible.

El peso de mi frustración era casi tan pesado como la excitación que me había estado consumiendo durante horas. Solo había una manera de liberarme verdaderamente de este tormento: tenía que ir a mi habitación y liberar toda esta tensión acumulada.

Al caminar por el pasillo, luchaba por mantener mi compostura. Especialmente cuando vi pasar a algunas criadas. Sus figuras eran amenazadoras y encendían aún más mi excitación ya

inflamada. Cada paso que daba encendía mis pantalones con una fricción deliciosa, haciendo cada vez más difícil ocultar mi creciente erección bajo los pantalones.

—Ah, maldición —murmuré. Lancé una sonrisa avergonzada a la criada más cercana, que echó una mirada curiosa en mi dirección.

—¿Está bien, Mi Señor? —preguntó, con sus inocentes ojos bien abiertos de preocupación.

—Sí, estoy bien —balbuceé, forzándome a mirar a cualquier parte que no fueran sus generosos pechos bajo su uniforme—. Continúa.

—Muy bien —dijo asintiendo con la cabeza, continuando con sus deberes.

Mi corazón latía como un tambor salvaje mientras avanzaba, gotas de sudor formándose en mi frente. Las paredes parecían cerrarse a mi alrededor, asfixiándome, como si supieran lo que estaba a punto de hacer y quisieran detenerme. Pero no podía ser detenido. Mi necesidad era demasiado grande.

Cuando finalmente llegué a la puerta de mi habitación, la abrí de golpe y entré apresuradamente, cerrándola tras de mí. Por primera vez en horas, me permití respirar, profunda y agitada, antes de desplomarme en el sofá. Con manos temblorosas, me quité los pantalones y gemí. Traté desesperadamente de aliviar el dolor que me atormentaba tanto.

—Dios, esto es... patético —murmuré entre dientes, reprendiéndome por mi falta de contención. Mi mente comenzó a divagar, evocando imágenes vívidas que alimentaban mi creciente necesidad.

—Concéntrate —me dije a mí mismo, apretando los puños y volviendo mi atención a la tarea en cuestión. Mis dedos trabajaron con habilidad practicada, pero las sensaciones se sentían huecas en comparación con lo que realmente ansiaba.

—Maldición, ¿por qué no puedo simplemente...? —Mi frustración creció mientras luchaba por encontrar alivio. Podía sentir la presión acumulándose dentro de mí, enrollándose como un resorte listo para saltar.

—Señor —un suave golpe en la puerta me devolvió a la realidad. Era la criada. La barrera de madera amortiguaba su voz—. ¿Está todo bien ahí adentro?

—Uh, ¡sí! —Respondí apresuradamente, mi corazón latiendo fuerte en mi pecho. ¿Me había escuchado? ¿Sabía lo que estaba haciendo? —Solo estoy... descansando.

—Muy bien, Su Alteza. Avíseme si necesita algo. —Sus pasos se alejaron por el pasillo, dándome un respiro momentáneo.

—Toma el control —me reprendí a mí mismo. Esto se estaba saliendo de control. Si no encontraba alivio pronto, perdería la razón.

—Pienso... Piensa en algo más. —Desesperado por distraerme, intenté cambiar mi enfoque a tareas mundanas: organizar papeles y hacer recados. Cualquier cosa para calmar el fuego furioso dentro de mí. Y, sin embargo, cada pensamiento fugaz parecía volver una y otra vez al mismo deseo devorador.

—Por favor —susurré, mi voz apenas audible—. Solo... que esto termine.

Finalmente, después de lo que parecía una eternidad, una ola de euforia me envolvió. Me brindó el dulce alivio que había buscado desesperadamente. Mi cuerpo temblaba de alivio, como si un gran peso se hubiera levantado de mis hombros.

—Nunca más —juré en el silencio de mi habitación, mi respiración pesada y trabajosa—. No puedo dejar que esto me controle.

Pero incluso mientras hacía esta solemne promesa, sabía en lo más profundo que era más fácil decirlo que hacerlo. El hambre insaciable regresaría, y cuando lo hiciera, solo podía esperar tener la fuerza para resistirlo.

Un Juego de Sombras

La puerta crujó al abrirse, y para mi sorpresa, era Florentia, una cara familiar de mi reino natal. Su presencia era a la vez un bálsamo y un recordatorio de las lealtades enredadas a las que estaba atado. Florentia es mi prima materna.

Sabía que Florentia me seguía en secreto, pero verla con un vestido de sirvienta aún me sorprendió. ¿De dónde sacó esta chica un vestido de sirvienta sin ser atrapada? Pero sabía que no podía hacer una pregunta tan trivial. La llegada de Florentia debía tener un propósito.

—Florentia —comencé, mi voz teñida de una mezcla de alivio y sospecha—. ¿Qué te trae por aquí?

Florentia cerró la puerta tras de sí, sus ojos escudriñando la habitación en busca de oyentes invisibles. Se acercó y se sentó frente a mí. —Su Alteza—dijo en un tono susurrante—. Me enteré de ello anoche.

—¿Qué escuchaste?

Florentia se inclinó hacia adelante. —La reina estaba muy molesta cuando se despertó esta mañana.

Hice clic con fastidio, especialmente cuando recordé lo que sucedió la noche anterior. Debería haber sido yo quien estuviera enojado, no esa maldita reina. Florentia no sabía nada al respecto, y no tenía intención de contarle sobre el incidente vergonzoso.

—No sabes nada, Flo —espeté.

—Pero debes quedarte y soportar las demandas de la reina, Su Alteza. —Florentia me dio una mirada aguda—. Si es posible, incluso deberías ganarte el favor de la reina.

Fruncí el ceño, mi corazón cargado de reluctancia. —¿Soportar? Sabes tan bien como yo el tormento al que me somete. Es insoportable.

Florentia me miró, su mirada intensa e inquebrantable. —Sí, es una copa amarga de beber, pero piensa en tu padre, el rey, y tu madrastra. Debes hacerles lamentar haberte enviado aquí.

Sus palabras me impactaron. Mi padre, el rey, me había enviado a esta corte extranjera como una ficha política, un gesto para fortalecer alianzas. Mi madrastra, siempre calculadora, lo veía como una oportunidad de eliminarme como rival potencial. Sus maquinaciones me habían dejado aislado en una corte tan peligrosa como opulenta. Incluso llegó al extremo de matar a mi madre y desterrarme a otro reino.

—Estoy cansado de ser una ficha en sus juegos —confesé, mi voz baja y tensa.

La expresión de Florentia se suavizó. —Comprendo tu dolor, Su Alteza. Pero ni siquiera has

comenzado.

Florentia tiene razón; ni siquiera he comenzado. Ni siquiera he tenido relaciones con la reina. Reina Edith, déjame ir.

—Tienes razón.

—Espero que lo entiendas, Su Alteza. El favor de la reina es tu ganancia en poder. Poder para regresar algún día y reclamar lo que legítimamente te pertenece.

Reflexioné sobre sus palabras, sintiendo el peso de su verdad. Yo también tenía que llevar una máscara de obediencia mientras alimentaba en secreto mi creciente resentimiento y ambición.

—Hablas con sabiduría, Florentia —dije finalmente.

Ella asintió, un atisbo de alivio en sus ojos.

—Por favor, recuerde, Alteza, que cada paso que da aquí lo acerca a su objetivo final. Persevere y algún día se alzará triunfante.

—Lo sé, pero olvídate de la reina; yo me encargaré de eso. ¡Pero explica por qué viniste aquí! —ordené—. No viniste solo por lo que pasó anoche, ¿verdad?

Florentia, con ojos tan afilados como su mente, me entregó un pergamino, cuyo contenido era tan misterioso como el pasaje que prometía.

—Alteza, hay un pasadizo oculto bajo el ala este. Solo unos pocos conocen un camino que lleva más allá de los muros del palacio.

Desplegué el mapa en la carpeta y tracé la ruta secreta con un dedo curioso.

—¿Y sugieres que me aventuré por este pasaje? —pregunté con escepticismo en mi tono.

—Sí, Alteza —instó, su voz firme pero tranquilizadora—. Allí encontrarás una reunión secreta sobre comercio con el reino vecino. Es una oportunidad de oro para recopilar información; incluso podríamos inclinar las negociaciones a nuestro favor.

—Lo pensaré primero —murmuré en voz alta, mi voz llena de incertidumbre. La propuesta que me había hecho pesaba mucho en mi mente.

—Alteza, el tiempo apremia. Esta es una oportunidad de oro que quizás no vuelva. El comercio está vinculado al Duque de Omerta, la influyente familia de tu madrastra.

Me recosté en mi silla y solté un suspiro pesado.

—Sí, eso es verdad —admití a regañadientes. El Duque de Omerta era una figura formidable, y el poder de mi madrastra solo había crecido desde nuestra unión. Había anhelado una oportunidad para debilitar su control sobre el reino y reafirmar mi estatus como el verdadero heredero.

La mirada de Florentia no vaciló; su determinación era inquebrantable.

—Si actuamos rápidamente, Alteza, podemos tomar el control de este comercio. También podemos empezar a dismantelar la influencia de la familia del Duque.

Me volví hacia ella, mis ojos encontrándose con los suyos.

—¿Y qué hay de los riesgos, Florentia? Estamos en Irralion, así que si fallamos, las repercusiones podrían ser severas, no solo para mí, sino para todo el reino.

Ella asintió, su expresión grave.

—Entiendo los riesgos, Alteza. Pero a veces uno debe estar dispuesto a tomar acciones audaces para alcanzar sus objetivos. Tenemos aliados en este esfuerzo y juntos podemos asegurar el éxito.

Consideré sus palabras, sabiendo que decía la verdad. El peso de la responsabilidad como príncipe del reino descansaba sobre mis hombros. Pero no podía permitir que el miedo me detuviera. Es una oportunidad rara, y tal vez encuentre una apertura para atacar a mi oponente.

Me levanté de mi silla y caminé hacia la ventana, mirando la extensa ciudad debajo. —Muy

bien, Florentia —dije, mi voz llena de determinación—. Debemos movernos rápidamente y aprovechar esta oportunidad. El Duque de Omerta pronto aprenderá que no me subestimen.

La cara de Florentia se iluminó con una sonrisa triunfante, y no pude evitar devolvérsela. En ese momento, compartimos una comprensión silenciosa del camino que estábamos a punto de tomar. Uno que nos desafiaría hasta lo más profundo. Juntos, daríamos forma al destino del reino, sin importar el costo.

—Entiendo, Alteza. Volveré; ¡cuida de ti mismo!

—¡Tú también ten cuidado!

Florentia sonrió y se inclinó respetuosamente. Se despidió una vez más antes de irse.

Cuando se fue, me quedé solo, el silencio de la habitación resonando mis pensamientos. Sí, soportaría. Pero también planearía. Porque en lo más profundo de mi corazón, se encendía un fuego, un fuego que algún día ardería lo suficiente como para iluminar mi camino hacia el trono.

En ese momento, me juré a mí mismo que no solo sobreviviría a esta prueba. Saldría más fuerte y más decidido. El Juego de Tronos era peligroso, pero estaba aprendiendo a jugarlo bien.

La Profecía

Como reina de este reino maldito, sentí el peso de nuestra maldición más que nadie. Habían pasado años desde que la maldición cayó sobre nosotros. Dejó nuestras tierras estériles y a nuestra gente desesperanzada. La ausencia de un heredero solo añadía al sentido de una perdición inminente.

Me senté en la cámara débilmente iluminada. La única luz provenía de las velas titilantes que proyectaban sombras ominosas en las paredes. El aire estaba cargado de tensión mientras esperaba a Señora Cassandra y el Maestro Benedict. Se habían sumergido en textos antiguos y magia prohibida, buscando alguna pista para romper la maldición que se había abatido sobre nuestro reino.

La puerta chirrió al abrirse, y ellos entraron, sus rostros marcados por el cansancio pero iluminados con una chispa de esperanza.

—¡Buenas noches, Su Majestad!

Asentí mientras me saludaban y se inclinaban profundamente. —¡Díganme lo que han encontrado!

Señora Cassandra, con los ojos brillantes con una mezcla de miedo y emoción, habló primero. —Su Majestad, puede que hayamos encontrado algo —dijo, su voz apenas por encima de un susurro.

El Maestro Benedict dio un paso adelante y desplegó un pergamino con manos temblorosas. —En los archivos de la antigua biblioteca de Iriallon, encontramos una mención de una condición, un vacío en la maldición.

Me incliné hacia adelante, mi corazón latiendo fuertemente en mi pecho. —Díganme —exigí, mi voz firme a pesar de la agitación interior.

—La maldición, al parecer, puede eludirse —continuó Benedict. Su voz estaba llena de una mezcla de incredulidad y esperanza—. Pero el camino es peligroso, y las condiciones son específicas.

Mi corazón da un vuelco. —Y ¿cuál es esa condición, Maestro Benedict?

Vacila, intercambiando miradas con Cassandra. —Un niño nacido durante la Fiesta de los Dioses Olvidados quedaría libre de la maldición.

Fruncí el ceño, sintiendo una mezcla de esperanza y escepticismo. —Un evento así es raro. ¿Cuándo tendrá lugar el festival?

—Según nuestras estimaciones, en unos ocho meses, Su Majestad —interviene Cassandra. Su voz está llena de urgencia—. Pero el ritual... requiere preparativos de una naturaleza inusual y delicada.

Me levanto de mi trono y camino hacia la gran chimenea. Sus llamas proyectan sombras que bailan ominosamente en las paredes. —Dígame todo. Debemos actuar rápidamente si queremos aprovechar esta oportunidad fugaz.

Benedict despliega el pergamino, revelando símbolos crípticos y texto antiguo. —El ritual requiere una convergencia de elementos. Fuego del hogar sagrado de Eldwyn, agua del Pozo de la Pena y una ofrenda a los dioses olvidados.

—Y —agrega Cassandra en voz baja —requiere la presencia de aquel que lleva la maldición, usted, Su Majestad.

—Entonces, ¿dónde se llevará a cabo el ritual?

—Necesitamos realizar el ritual en el corazón del Bosque Eldoriano, donde Elenora lanzó la maldición, y...

—¿Y?

—Debemos realizarlo bajo la luz de una luna de sangre.

—Así que el niño debe ser concebido en el corazón del Bosque Eldoriano durante el festival y bajo la luna de sangre.

La revelación de que el niño debía ser concebido en el corazón del Bosque Eldoriano agregó otra capa de complejidad. Es una tarea peligrosa y desalentadora. El Bosque Eldoriano no era simplemente cualquier bosque. Era un lugar de magia antigua, donde el velo entre los mundos era delgado. Y el lugar donde Elenora misma desató su ira sobre nuestro reino.

—Sí, Su Majestad. Pero un heredero real puede ser concebido, pero solo si...

—¿Si qué? —presioné, mi paciencia agotándose.

—Si la reina y el padre del futuro niño comparten su secreto más profundo, la verdad más guardada, con la pareja —terminó Benedicto, sus ojos no encontrando los míos.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal. Mi secreto más profundo, el que había guardado tan celosamente, podría ser la clave de nuestra salvación o el desmoronamiento de mi reinado. Miré entre ellos y vi el mismo miedo en sus ojos.

—¿Significa eso que yo y el futuro padre de mi bebé deberíamos confiar el uno en el otro?

—Sí, Su Majestad.

—¿No hay otra manera? —pregunté, mi voz apenas un susurro—. Son conscientes de que los requisitos para escapar de esta maldición son casi imposibles.

Movieron la cabeza. —No hay otra manera, Su Majestad.

—El bebé que nació no era un bebé ordinario. Traerá libertad a Irralion, Su Majestad —añadió el señor Benedicto.

Su explicación tenía sentido. No es imposible dar a luz, pero la maldición se transmitirá a mi bebé. Pero si lo que dicen es cierto, entonces el bebé nacido del ritual estará libre de la maldición. Una vez que la maldición se levante, el siguiente descendiente debería estar a salvo.

Como reina, siempre supe que mi papel era cargar con las cargas de mi reino. Pero esto, la revelación de mi secreto más oscuro bajo el raro evento celestial del Dios Olvidado, era una prueba que nunca había imaginado. Solo la idea enviaba escalofríos por mi espalda.

La habitación quedó en silencio, el peso de la decisión colgando pesadamente en el aire. El camino ante mí estaba lleno de peligros, pero era un riesgo que debía tomar. Por mi reino y por mi gente, haría lo que fuera necesario. El destino del reino descansaba sobre mis hombros.

—Su Majestad —la voz de Cassandra se abrió paso entre mis pensamientos—. Es por tu amor

a este reino.

—Debemos seguir adelante —declaro con resolución firme, sintiendo el peso de mi decisión—. Prepárense para el ritual. No tenemos más opción que enfrentar nuestro destino de frente.

Mientras se inclinan y se van, la habitación se siente más fría y las sombras más profundas. Permanezco sola, mirando el fuego, sabiendo que el destino de mi reino descansa sobre mis hombros. Además de los rituales que podrían no funcionar, también tenía que encontrar al padre adecuado para mi futuro bebé. Toqué mi vientre plano. Un hombre que compartiría su oscuro secreto. Un hombre que aceptaría mis secretos más oscuros sin poner en peligro a Irralion.

El futuro es incierto, pero una cosa está clara: haré lo que sea necesario para romper esta maldición y asegurar un futuro para mi gente. El viaje que me espera está lleno de peligros y misterios. Pero como su reina, debo enfrentarlo con valentía y determinación.

La Pelea Inevitable

El bosque de Eldorian es un lugar de leyendas susurradas y recuerdos inquietantes. Será la cuna de la salvación de nuestro reino o su caída definitiva. Denso y antiguo, el bosque guarda los ecos de la maldición de Elenora. Es un triste recordatorio de un pasado marcado por la oscuridad y la desesperación.

El bosque, ubicado en el extremo norte de la tierra, era una tierra de leyendas y peligros desconocidos. Solo pensar en ello me estremecía, pero la necesidad del viaje era innegable. Adentrarse en Eldorian era una tarea que requería una planificación meticulosa y una consideración cuidadosa.

Con el antiguo mapa de nuestro reino extendido ante nosotros, reuní a los magos y caballeros. El aire estaba cargado de anticipación y presentimiento. La luz de las velas parpadeaba sobre los rostros de mis consejeros más confiables.

El Maestro Benedicto, el más anciano de los maestros magos, se inclinó sobre el mapa. Su dedo siguió el sinuoso camino hacia Eldorian. —Su Majestad —comenzó, su voz grave —el viaje estará lleno de peligros. Se dice que el bosque está encantado, un lugar donde el velo entre los mundos es delgado.

Señor Gareth, el líder de mis caballeros, asintió en acuerdo. —El terreno es traicionero, y no sabemos qué criaturas acechan en estos bosques antiguos. Debemos estar preparados para cualquier cosa.

Escuché con atención, mi mente acelerada por la gravedad de nuestra empresa. —Debemos tomar todas las precauciones —dije con determinación—. Nuestros mejores caballeros, provisiones para dos semanas y la guía de tu magia, Maestro Benedicto. No podemos titubear. El futuro de nuestro reino bien podría depender de lo que encontremos en Eldorian.

Los ojos del Maestro Benedicto se encontraron con los míos, un destello de preocupación en sus profundidades. —Hay magia antigua en Eldorian, Su Majestad. Poderes que quizás no comprendamos completamente. Debemos proceder con precaución.

Señor Gareth dio un paso adelante, su mano descansando sobre el pomo de su espada. —Mis caballeros y yo daremos nuestras vidas para protegerla, Su Majestad. Llevaremos a cabo esta búsqueda, pase lo que pase.

La cámara quedó en silencio por un momento, el peso de nuestra tarea colgando pesadamente en el aire. Me puse de pie, mi resolución endureciéndose. —Entonces está decidido. Partimos al amanecer. Que los dioses nos cuiden.

El amanecer rompió con un sentido de urgencia, anunciando el comienzo de un viaje que había anticipado durante mucho tiempo. Como reina, era mi deber liderar, y hoy no fue la excepción. Mi comitiva bulliciosa con preparativos. El patio del castillo zumbaba de actividad mientras los caballeros se enfundaban en sus armaduras y los caballos eran preparados.

Me encontraba en las almenas, observando el reino que gobernaba, una tierra ahora al borde del cambio. El aire estaba impregnado del frío de la madrugada, y el sol naciente arrojaba un resplandor dorado sobre las montañas distantes.

Se acercó el caballero Gareth, su armadura brillando a la luz de la mañana. —Su Majestad, los hombres están listos. Pero por favor, reconsidera permitirnos explorar por delante. Las tierras del norte de los bandidos son traicioneras, y tu seguridad es primordial.

Me volví hacia él, con una expresión decidida. —Caballero Gareth, no soy una reina que se esconde detrás de sus caballeros. Afrontaré estos peligros contigo. Nuestro pueblo necesita ver a su reina como una líder en acción, no solo con palabras.

El maestro Benedicto, vestido con sus ropajes y sosteniendo su bastón, se unió a nosotros.— Tu valentía es encomiable, Su Majestad. Pero la magia de Eldorian no debe subestimarse. Debemos proceder con precaución.

Asentí, reconociendo su sabiduría. —Lo haremos. Pero primero, debemos lidiar con la amenaza de los bandidos. Es una plaga en nuestras tierras que ha quedado sin control durante demasiado tiempo.

Nuestra procesión era un espectáculo impresionante mientras salíamos por las puertas del castillo. Caballeros con armaduras relucientes, brujas con su aura mística, y en su centro estaba yo, su reina. Montábamos en un corcel magnífico, símbolo de fuerza y determinación.

En medio de este caos organizado, Anthony, uno de mis encantadores amantes, se acercó a mí. Su presencia siempre traía una sensación de calma. Sus rasgos apuestos y su comportamiento amable contrastaban fuertemente con las crudas realidades de la corte.

—Su Majestad —comenzó, su voz tintineando de preocupación —permítame acompañarla en este viaje. No es seguro que viaje sin protección adecuada.

Le sonreí, conmovida por su oferta, pero también consciente de los riesgos involucrados. — Anthony, aprecio tu preocupación, pero este viaje está lleno de peligros. No soportaría la idea de que te lastimaran por mi culpa.

Pareció sorprendido por mi rechazo, frunciendo ligeramente el ceño. Luego, en un gesto tanto tierno como audaz, tomó mi mano y la pasó suavemente por su mejilla. —Me disculpo si mi oferta pareció presuntuosa, Su Majestad. Solo deseo asegurar tu seguridad.

Miré a sus ojos y vi la sinceridad y calidez allí. —Nunca has sido más que amable, Anthony. Pero esto es un asunto del reino y debo enfrentarlo con mis caballeros y asesores. Habrá otras veces para paseos y momentos más suaves.

La sinceridad en su mirada era innegable, y por un momento recordé los aspectos más personales de mi vida en medio del peso de mis deberes reales.

La llegada de Señor Gareth interrumpió nuestra conversación. Vino a informar que todo estaba listo para nuestra partida. Asentí y me volví hacia él. Antes de hacerlo, tomé la mano de Anthony y le aseguré que todo estaría bien.

Mientras me dirigía hacia la carroza que me llevaría de vuelta al palacio, una sensación inquietante se apoderó de mí. Era como si ojos invisibles estuvieran perforando la parte posterior de mi cabeza, una conciencia hormigueante de que alguien estaba observando. Miré a mi alrededor, pero no había nadie.

* * *

Al salir del castillo, el sol de la mañana proyectaba largas sombras por las adoquinadas calles. El fresco aire llevaba un indicio del próximo otoño. El reino despertaba mientras nuestra procesión avanzaba por la ciudad. La gente se alineaba en las calles, sus rostros una mezcla de preocupación y orgullo mientras observaban pasar la comitiva real.

El viaje por delante nos llevaría a través de paisajes variados. Desde colinas onduladas hasta bosques espesos. Cada paso nos acercaba a nuestro objetivo y a los desafíos que se avecinaban. Y mientras cabalgábamos, el sonido de nuestros cascos resonando contra la piedra, seguimos adelante, sin detenernos nunca.

El bosque de Eldorian era un lugar de encanto y peligrosa belleza. Un reino de magia antigua y criaturas míticas. No me aventuraba allí desde hacía años, pero ahora la perspectiva parecía ominosa.

El verde bosque se cernía ante nosotros, sus antiguos árboles susurrando secretos de épocas pasadas. Al acercarnos al borde del bosque, el aire se cargó de encantamiento. No pude evitar pensar en la advertencia del misterioso guardián.

Mi consejero, Señor Gareth, se inclinó hacia adelante y susurró: —Su Majestad, ¿cree en los cuentos de magia y peligro que acechan estos bosques?

Miré hacia el bosque, mi corazón pesado con una mezcla de miedo y curiosidad. —Quizás, Señor Gareth, haya más en Eldorian de lo que jamás hemos conocido.

—Debemos tener cuidado, Su Majestad —advirtió el Maestro Benedict mientras nos aventurábamos en el bosque—. El Bosque de Eldorian es viejo y sabio, y no tolera amablemente a los intrusos.

—Espero que continúes guiándonos, Maestro Benedicto.

—Lo haré, Su Majestad.

Decidimos tomar un momento para descansar y reagruparnos, pues el viaje había sido largo. Encontramos un pequeño claro donde la luz del sol se filtraba entre las hojas. Era un lugar sereno y tranquilo, un marcado contraste con la antigua magia que habitaba en el bosque de Eldorian.

Mientras mis compañeros y yo nos sentábamos para recuperar el aliento y compartir una comida sencilla, el sonido de hojas susurrantes y el tenue tintineo de metal llegaron a nuestros oídos. Intercambié una mirada sabedora con Señor Gareth. Nuestros instintos se habían agudizado y perfeccionado durante años de entrenamiento y vigilancia.

Antes de que pudiéramos reaccionar, un grupo de bandidos emergió de las sombras de los árboles. Sus rostros estaban ocultos por bufandas y máscaras. Empuñaban armas, sus intenciones eran claras.

—Bien, bien, ¿qué tenemos aquí? —El líder llano de los bandidos escupió—. Un grupo de viajeros, parece.

Me puse de pie, mi corazón latiendo con una mezcla de miedo y determinación. —No les queremos hacer daño. Estamos en un viaje sagrado a través del Bosque de Eldorian.

El líder bandido se rió, un sonido áspero que resonó en la explanada. —¿Viaje sagrado, dices? Eso no va a poner comida en nuestra mesa, ¿verdad?

Quedó claro que la negociación era inútil y los bandidos tenían la intención de robarnos. Mis leales caballeros y asesores se mantenían a mi lado, sus espadas desenvainadas formando un círculo protector.

Con firme determinación, me dirigí nuevamente a los bandidos. —Les advierto, nos defenderemos si es necesario. Pero les imploro que reconsideren este camino. Hay más que ganar

con la unidad y la cooperación que con la violencia y el robo.

La vacilación del líder bandido no pasó desapercibida por sus camaradas y causó una brecha. Algunos bandidos, influenciados por mis palabras y quizás por sus consciencias persistentes, decidieron retroceder ante la batalla inminente. Bajaron sus armas y miraron a su líder en busca de orientación.

—¡Idiota! —escupió el líder bandido, su voz llena de enojo y frustración—. ¿Quieres desperdiciar esta oportunidad? ¡Seremos ricos más allá de nuestros sueños más salvajes!

Pero los bandidos, que habían vacilado, parecían decididos. Se produjo un tenso enfrentamiento entre las dos facciones dentro del grupo. Fue un momento de incertidumbre que colgaba en el aire como una espesa niebla.

Mi corazón dolía al observar la lucha interna de los bandidos. Había esperado que la razón y la compasión prevalecieran, pero la atracción de la riqueza ejercía un poderoso influjo sobre algunos. El bosque, al parecer, estaba poniendo a prueba no solo a nosotros sino también a las almas de aquellos que habían elegido este camino.

—Así que pensaste que podrías escapar de nosotros, ¿no es así? —El líder bandido escupió—. Bueno, no nos superarás tan fácilmente.

Saqué mi espada, su hoja capturando la luz y brillando con una feroz determinación. —No nos desviaremos. El destino de Eldorian nos espera.

Con un grito de batalla, los bandidos cargaron, y el bosque volvió a convertirse en un campo de batalla. Las espadas chocaron, las flechas volaron y el aire resonó con el choque del acero. Mis caballeros y asesores lucharon valientemente. Sus habilidades fueron perfeccionadas por años de entrenamiento y dedicación.

Me sumergí en la refriega, mi espada golpeando con precisión y propósito. Los bandidos eran feroces oponentes, pero luchamos con feroz determinación por el honor de nuestro reino. El bosque parecía resonar con los sonidos del conflicto, una sinfonía de cuchillas chocando y gritos de batalla.

En medio del caos, crucé miradas con el líder bandido, nuestras espadas chocando y despidiendo chispas. Su determinación igualaba la mía, y por un momento, fue una batalla de voluntades tanto como de habilidades.

Cerca de la Muerte

La batalla con los bandidos había tomado un giro traicionero. A pesar de nuestra determinación, el campo de batalla era desconocido y aterrador. Los bandidos se movían con el conocimiento adquirido de años navegando estos densos bosques. Sus pasos eran silenciosos y sus ataques eran repentinos y despiadados.

Luché junto a mis caballeros y consejeros. Nuestras espadas y flechas chocaban con las armas de los bandidos. El dosel de la jungla proyectaba sombras sobre nosotros, creando una atmósfera extraña y desconcertante. La densa maleza dificultaba mantener nuestra formación.

Pero a medida que la batalla continuaba, quedó claro que estábamos superados en número y superados en maniobras. Los bandidos aprovechaban el terreno a su favor, moviéndose dentro y fuera de la fronda. Lanzaban ataques sorpresa y luego desaparecían entre las sombras.

Al darme cuenta de que estábamos a punto de ser abrumados, tomé la difícil decisión de ordenar una retirada. —¡Retrocedan! —grité a mis tropas, mi voz llena de una mezcla de frustración y determinación—. Reagrupémonos y encontremos una mejor posición.

Nos dimos la vuelta y corrimos, la jungla cerrándose a nuestro alrededor mientras huíamos de los implacables bandidos. La maleza era densa e implacable, y cada paso se sentía como una batalla en sí misma. Cabalgamos más profundo en el bosque. Los gritos distantes de los bandidos resonaron a través de la jungla, recordándonos que aún nos perseguían.

Mientras cabalgábamos para escapar de la persecución implacable, nos embargó una sensación de urgencia. La jungla parecía extenderse sin fin. Los altos árboles formaban un dosel que bloqueaba el sol. El sonido de los cascos de nuestros caballos en el suelo del bosque quedaba ahogado por las cacofonías de la vida salvaje.

Y luego, en un momento de terror, hubo un fuerte crujido cuando una flecha de un bandido encontró su blanco. Golpeó a mi caballo, haciéndolo retroceder en pánico. Me aferré desesperadamente a las riendas, luchando por recuperar el control, pero fue inútil.

Con un relincho salvaje e incontrolable, mi caballo se volvió loco, lanzándome desde su espalda. Golpeé el suelo con fuerza, el impacto sacándome el aire de los pulmones. El dolor ardía en mi cuerpo, pero no había tiempo para lamentarse.

Me puse de pie tambaleándome; mi visión borrosa y los sonidos de la batalla aún resonaban a lo lejos. Los bandidos se acercaban, y sabía que tenía que encontrar una manera de escapar y reunirme con mis tropas.

Arrastrándome a través de la densa maleza, mi corazón latía con miedo y determinación,

seguí adelante. La jungla parecía conspirar en mi contra, con lianas y raíces haciéndome tropezar en cada giro. Pero seguí corriendo.

Los bandidos no habían renunciado a su persecución; iban tras de mí. Corrían muy rápido, y eran muchos. Pero no sería vencida. Yo era la reina de Irralion, y encontraría una manera de escapar de esta selva y reunirme con mis tropas. La batalla estaba lejos de terminar, y el destino de mi reino aún pendía de un hilo.

—No te escaparás tan fácilmente.

No pasó mucho tiempo antes de que los bandidos me alcanzaran. Inmediatamente me rodearon. Sintiéndome atrapada e incapaz de correr más, adopté una postura. Mi mano apretó la empuñadura de mi espada, y me preparé para cortar a cualquiera que se acercara.

Fijé la mirada en el líder de los bandidos, apretando aún más la empuñadura de mi espada. —Tendrás que pasar por mí primero.

Me levanté de un salto, con adrenalina recorriendo mis venas. Mi espada estaba desenvainada, y estaba lista para luchar, decidida a comprar tiempo valioso para que llegaran mis tropas. La densa vegetación de la selva parecía cerrarse a mi alrededor, amplificando cada sonido y movimiento.

Pero mientras levantaba mi espada, el sonido ominoso de flechas cortó el aire. Instintivamente, me lancé a cubierto entre la maleza. Su ataque implacable me dejó sintiéndome vulnerable y expuesta.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras me agachaba detrás de un grueso tronco de árbol, maldecía mi desafortunada situación. —Maldición, voy a morir en esta selva.

La desesperación amenazaba con abrumarme mientras evaluaba mis opciones limitadas. Fue entonces, en medio de mi desesperación, que el sonido distante de cascos de caballos galopando llegó a mis oídos. Forcé la vista a través de la densa vegetación para ver a un jinete acercándose. La forma del jinete estaba oscurecida por una larga capa que cubría su cabeza.

A medida que el caballo se acercaba, me preparé para defenderme, con mi espada lista. Pero para mi sorpresa, el jinete extendió un brazo, un gesto de rescate en lugar de una amenaza.

—Sujeta mi mano, Su Majestad.

¿Su Majestad? ¿Conoce esta persona mi verdadera identidad?

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

—No hay tiempo para preguntas ahora. ¡Debemos salir de aquí!

Dudé por un momento, evaluando las intenciones del desconocido. Cuando otra flecha fue apuntada hacia mí, la urgencia de la situación no me dejó elección. Tomé la mano extendida. Con un torrente de adrenalina, me izé sobre el lomo del caballo que galopaba. Fue una maniobra peligrosa. Mis dedos se aferraron al abrigo del jinete para mantener la estabilidad mientras balanceaba mi pierna sobre la espalda del caballo. El mundo se difuminó a mi alrededor mientras los poderosos músculos del caballo nos llevaban lejos de los bandidos y más adentrándonos en la selva.

El jinete y yo nos aferramos mutuamente, nuestros destinos entrelazados en esta fuga frenética. Cabalgamos mientras aún se escuchaba el silbido de las flechas. La selva pasaba rápidamente en un torbellino verde, el sonido de los bandidos persiguiéndonos desvaneciéndose en la distancia.

No podía ver el rostro del hombre que había venido en mi ayuda, pero en ese momento, no importaba. Éramos dos extraños unidos por un propósito común. Debíamos salvarnos de los peligrosos bandidos y reunirnos con mis tropas.

Mientras cabalgábamos más profundamente en el corazón del bosque Eldoriano, me

preguntaba sobre la identidad de mi misterioso salvador. ¿Qué papel había desempeñado el destino en nuestro encuentro inesperado?

Pero la selva guardaba sus secretos, y nuestro viaje estaba lejos de terminar.

La Partida Misteriosa

Mientras cabalgábamos más adentro del corazón del bosque Eldoriano, las sombras de los altos árboles lanzaban un hechizo escalofriante a nuestro alrededor. El caballo en el que íbamos se movía con una gracia y velocidad que parecían casi sobrenaturales. Me aferré a él, mi propio corazón latiendo al ritmo de los cascos retumbando en el suelo del bosque.

Solía disfrutar de las cosas finas de la vida, pero me encontré en esta situación tan inesperada. Mi túnica, una vez inmaculada y elegante, ahora estaba manchada con el polvo y el sudor de nuestra huida. Mi cabello, normalmente peinado a la perfección, volaba descontroladamente alrededor de mi rostro. Y sin embargo, en medio de este caos, sentía una extraña exaltación. Había libertad en esta carrera frenética por el bosque, liberada de toda restricción.

El hombre ante mí seguía siendo un misterio. Su postura era la de un jinete experimentado, con la espalda recta y las manos firmes. Incluso en nuestra prisa, se movía con una gracia deliberada, como si cada giro y esquivas hubieran sido cuidadosamente calculados. Vi su perfil: una mandíbula fuerte, un indicio de barba incipiente y cabello tan oscuro como el caballo que montaba. Sin embargo, sus ojos seguían siendo un misterio, ocultos bajo el ala de su sombrero. Su vestimenta era la de un plebeyo, sencilla pero funcional. Pero había algo en él que sugería que era más de lo que aparentaba.

Su silencio tenía una presencia propia. No se giró ni una vez para mirarme ni pronunció una palabra. Aun así, sentí una extraña conexión con él, como si nuestros destinos estuvieran entrelazados por algo más que esta huida del peligro.

A medida que nos adentrábamos más en el bosque, los sonidos de los bandidos se desvanecieron en segundo plano. El coro de la jungla lo reemplazó. La belleza encantadora que nos rodeaba me hipnotizaba. Los pájaros llamaban desde arriba, sus canciones un fuerte contraste con el peligro que acabábamos de escapar.

El aire estaba cargado con el olor a musgo y tierra húmeda, un olor que era a la vez ajeno y extrañamente reconfortante. Los árboles, altos y antiguos, se alzaban hacia el cielo con sus ramas retorcidas. Sus hojas susurraban en la suave brisa, creando una melodiosa sinfonía que parecía resonar a través del tiempo mismo.

El corazón del bosque era un lugar de secretos susurrados. Los árboles antiguos se alzaban como guardianes silenciosos del pasado. Mientras el caballo continuaba su paso implacable, una sensación de presagio se apoderó de mí, tan esquivas y escalofriante como la niebla que se enroscaba alrededor de nuestros tobillos. Mis instintos gritaban que algo no estaba bien. Fue

entonces cuando ordené a la bestia que se detuviera, mi voz firme pero teñida de un subyacente miedo. Me di cuenta de que nuestro viaje era más que una simple huida. Era un viaje hacia lo desconocido, tanto en la tierra que nos rodeaba como entre nosotros dos.

Pero el caballo, como embrujado, no obedecía. Un sentido de urgencia me apretaba, y hice algo que nunca había imaginado. Saqué mi espada, una hoja delgada pero mortal, y presioné su frío filo contra el cuello del hombre. —¡Detén ese caballo, ahora! —comandé, mi corazón golpeando contra mi pecho.

Para mi asombro total, el hombre rió. Tenía un sonido rico y profundo que resonaba a través del silencio del bosque. Se quitó la capucha y reveló su identidad. Contuve el aliento mientras miraba al rostro del Príncipe Kyllion, mi nuevo concubino.

—¿Príncipe Kyllion?

—Sí, Su Majestad.

—¡Detén ese caballo de inmediato! ¡Es una orden!

—Como desee, Su Majestad.

Él frenó al caballo hasta caminar, y nos acercamos a un claro. La luz de la luna se filtraba a través de los huecos del dosel, bañando la zona en un resplandor plateado.

—Su Alteza —dijo él, su voz suave como vino añejo —¿siempre recibes a tus invitados con una espada?

Me quedé sin palabras, mi espada aún en su garganta. —Príncipe Kyllion —balbuceé—. ¿Qué travesura es esta? ¿Por qué me has traído aquí?

Él se volvió para enfrentarme, sus ojos brillando con una luz traviesa. —Mi querida reina, a veces uno debe tomar caminos no convencionales para encontrarse. Y en cuanto a tu harén... —hizo una pausa, una sonrisa traviesa jugando en sus labios—. Supongo que descubrirás que no soy tu típico concubino.

El bosque a nuestro alrededor parecía contener la respiración, la luz de la luna arrojando un resplandor etéreo en sus rasgos. Era impactante, con una apariencia rústica que resultaba inquietantemente atractiva. Su ropa, aunque sencilla, no podía ocultar la nobleza de su porte.

—¿Por qué venir a mí de esta manera? —pregunté, mi voz ahora un poco más calmada.

Se rió. —En una corte donde cada sonrisa oculta una daga, a veces uno debe aventurarse en las sombras para encontrar la verdad.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, cargadas de significados que aún no podía descifrar. El caballo finalmente se detuvo, y bajamos en el claro. El bosque parecía envolvernos, un mundo lejos de la corte y sus intrigas.

Guardé mi espada, mi mente acelerada. El príncipe Kyllion, un enigma envuelto en un acertijo, había venido a mí bajo la apariencia de peligro. ¿Era él una amenaza o algo completamente distinto? Mientras estábamos de pie en el claro iluminado por la luna, los secretos de la noche aún estaban por revelarse. Sabía una cosa con certeza: mi vida acababa de dar un giro inesperado.

—El próximo pueblo no está lejos; te escoltaré allí, Majestad —dijo. Rompió el cómodo silencio que se había instalado entre nosotros.

—¿Cómo lo sabes?

El príncipe Kyllion se rió de nuevo. —Hay muchas cosas que sé, Alteza.

—Incluido el territorio en Irallion?

—Eso también está incluido.

—¡Y debes explicarme todas estas cosas!

—Si me das la oportunidad, con gusto lo haré, Majestad.

Aclaré mi garganta y le pedí que me llevara al próximo pueblo. Todo el viaje fue silencioso. Pero no podía quitarme la sensación de que había más en el príncipe Kyllion de lo que se veía a simple vista. Su presencia aquí, su conocimiento del bosque, las palabras crípticas que pronunciaba; estas eran piezas de un rompecabezas que estaba decidida a resolver.

Cuando las luces del pueblo aparecieron a la vista, él demostró sus palabras. Había secretos ocultos en las sombras del bosque y en la profundidad de sus ojos. Secretos que eran más importantes que la ubicación del pueblo. Y los descubriría, sin importar el costo.

Una Rechazo Sin Precedentes

Al caer el sol bajo el horizonte, desmonté de mi corcel con un suspiro de alivio y temor. El príncipe Kyllion, enigmático como siempre, permanecía a mi lado, su presencia siendo tanto consuelo como un misterio.

—Te hemos buscado por todas partes, Majestad —exclamó Señor Gareth al acercarse con el resto de mi séquito. Sus rostros estaban marcados por la preocupación y el cansancio—. Estábamos a punto de aventurarnos de nuevo en las profundidades del bosque cuando te vimos salir.

Asentí, mi mirada divagando hacia el bosque sombrío. —¿Y los bandidos? —pregunté, mi voz llena de curiosidad.

—Desaparecieron tan rápido como aparecieron, Majestad —respondió Señora Cassandra. Sus ojos parpadeaban con preguntas no expresadas—. Como si fueran simples fantasmas.

Una mirada al príncipe Kyllion no reveló nada; su expresión era impenetrable. Sus ojos eran como pozos profundos de misterio. —Tiempo curioso, ¿no crees, príncipe Kyllion?—reflexioné, medio en broma, medio en serio.

Sus labios se curvaron en una sonrisa irónica, un destello de travesura bailando en sus ojos. —Los bosques están llenos de secretos, Majestad. Quizás los bandidos temían tu formidable reputación.

No pude evitar reír, a pesar de las preguntas persistentes. —Quizás —coincidí, aunque su respuesta hizo poco por calmar la tormenta de pensamientos en mi mente.

Al caer la noche, nos condujeron al magnífico castillo del Conde Aveyard. La grandeza del castillo, con sus altas agujas y antorchas titilantes, contrastaba fuertemente con el oscuro bosque que habíamos dejado atrás. El conde, un hombre de imponente estatura y una cálida sonrisa, nos recibió en la gran entrada.

—Majestad, qué honor recibirte a ti y a tus distinguidos invitados —anunció el Conde Aveyard. Su voz resonó por los pasillos de mármol.

—Gracias, Conde Aveyard. Tu hospitalidad es muy bienvenida después de un día tan movido —respondí con una sonrisa grácil.

La cena fue un evento suntuoso, con los mejores vinos y deliciosa comida. Pero en medio de las risas y el tintineo de copas, mi mente volvía al bosque. A los bandidos, que no eran más que sombras. Y al príncipe Kyllion, cuya llegada parecía más que una simple coincidencia.

Después de una cena opulenta, me retiré a mis aposentos. El peso de los eventos del día

descansaba pesadamente sobre mis hombros. La luz de las velas parpadeaba en las paredes, proyectando sombras que danzaban con mis pensamientos. Me dirigí a Mary, mi dama de compañía más confiable. —Por favor, llama al príncipe Kyllion —dije, mi voz tranquila pero llena de una urgencia no expresada.

Mary inclinó la cabeza. —Traeré al príncipe Kyllion tan pronto como pueda. Majestad.

Mientras esperaba, me quedé junto a la ventana y di un sorbo de vino. La luz de la luna se filtraba a través de las cortinas de seda, arrojando un brillo pálido sobre los lujosos muebles de la habitación. No pasó mucho tiempo antes de que llegara el joven príncipe. Su presencia llenaba la habitación, alto, con un aire de arrogancia que solo poseen los jóvenes y poderosos. Su cabello oscuro contrastaba con su camisa blanca impecable. Sus penetrantes ojos ámbar se encontraron con los míos con una mezcla de curiosidad e impertinencia. Mary hizo una reverencia y se fue, cerrando la puerta tras ella con un suave clic, dejándonos en una burbuja de silencio tenso.

—¿Qué es lo que necesitas de mí a esta hora, Majestad? —preguntó Kyllion, su tono teñido de altivez.

Se colocó frente a mí. El joven príncipe de un reino lejano fue enviado para ser mi amante. Intrigada por esta audaz desafianza, me tomé un momento para estudiarlo. Era sorprendentemente guapo, con cabello oscuro y ojos azules penetrantes que parecían guardar un secreto. Su postura era rígida, pero había un destello de algo más en su mirada. ¿Era desafío o algo más vulnerable?

Le hice señas para que se sentara. —Príncipe Kyllion, entiendo que tu tiempo es valioso —comencé, mi voz tranquila pero firme—. ¿No has olvidado que eres mi amante?

Levantó una ceja, el escepticismo grabado en su hermoso rostro. —No, Majestad.

Me acerqué a Kyllion y toqué su mejilla. Tiré de su barbilla, obligándolo a mirarme.

—Kyllion, te ordeno que te unas a mí en la cama —dije, mi voz llena de autoridad.

Pero en lugar de obedecer, permaneció sentado en el sofá mullido, sus ojos nunca apartándose de los míos. Fue sorprendente e intrigante; nadie se había atrevido a negar mis deseos, y mucho menos mi toque.

Decidida a no dejar sin respuesta este desaire, crucé la habitación y me puse frente a él. Con suavidad pero con firmeza, agarré su barbilla y le incliné la cara hacia arriba, obligándolo a encontrarse con mi mirada. Inclinandome hacia adelante, presioné mis labios contra los suyos en un beso apasionado, esperando que cediera ante mi determinación.

Para mi asombro, Kyllion no respondió a mis avances. Retrocediendo, busqué en sus ojos una explicación. —¿Por qué me estás resistiendo? —pregunté, mi tono traicionando un toque de vulnerabilidad.

—Su Majestad —respondió, tratando de ocultar su voz temblorosa —no siento deseo por ti.

—¡Ah! —me reí, disfrutando del poder que tenía sobre él—. ¿No sientes deseo por mí, dices?

—Sí.

No pude evitar sonreír ante sus palabras. En ese momento, sentí una oleada de curiosidad y deseo crecer dentro de mí. Para comprobar la veracidad de sus afirmaciones, extendí la mano y la deslicé por la parte delantera de sus pantalones. Mis yemas rozaron su creciente excitación. Levanté una ceja, divertida ante la contradicción.

—¿En serio? —bromeé, con mi voz goteando seducción—. Parece que tu cuerpo cuenta una historia diferente.

Las mejillas de Kyllion se tiñeron de vergüenza, pero sus ojos aún mantenían un destello desafiante. Sabía que estaba jugando con fuego en ese momento, pero no pude evitarlo. Esta batalla de voluntades entre nosotros se había vuelto embriagadora, y estaba decidida a tener la

última palabra.

—Su Majestad, le aseguro que no estoy excitado —dijo, con su voz profunda y tranquila—. Por favor, suéltame.

—¿Y pensaste que creería tus palabras?

Una maliciosa sonrisa se extendió por mi rostro al sentir la evidencia innegable de su excitación bajo mi mano. La cálida y endurecedora carne contradecía las palabras de Kyllion, y me complacía en exponer su mentira. Negándome a ceder, lo agarré con más fuerza, mi corazón latiendo fuerte en mi pecho. Mis dedos jugueteaban con él a través de la tela de sus pantalones, presionando y soltando en un ritmo provocador. Observé cómo luchaba por mantener la compostura. Su mandíbula se apretaba y aflojaba, gotas de sudor formándose en su frente.

Sabía que forzar a Kyllion cruzaría una línea, pero el deseo dentro de mí era demasiado fuerte para resistir. Mi mente se aceleraba con pensamientos de poder y lujuria, difuminando las líneas entre lo correcto y lo incorrecto.

—Su Majestad —logró articular Kyllion entre respiraciones entrecortadas —por favor... deténgase.

—¿Detenerme? —eco, fingiendo inocencia mientras continuaba mi manipulación implacable—. ¿Pero por qué haría eso cuando está claro que disfrutas tanto de esto?

—Por favor —repitió, la desesperación insinuándose en su voz. Sus ojos, anchos y temerosos, traicionaban su lucha interna.

—Kyllion, ¿no lo ves? Podríamos ser grandiosos juntos —susurré, acercándome—. Permítete sentirlo.

Él me miró a los ojos por un momento, claramente luchando con sus propias emociones. Pero luego retiró suavemente mi mano, con determinación grabada en su rostro.

—Su Majestad, no puedo —murmuré.

Sus palabras picaron como una bofetada en la cara, y sentí un rubor de vergüenza subir por mi cuello.

—Aunque negarme sea igual a traición —pregunté, mi voz una mezcla de curiosidad y mandato.

Los ojos de Kyllion centellearon con incertidumbre, pero permaneció en silencio, con las manos apretadas a los lados. La tensión en la habitación era densa, como una tormenta que se avecina antes de la lluvia.

Tomé un sorbo de mi vino, dejando que el sabor amargo persistiera en mi lengua antes de tragar. —Y podría detenerte ahora mismo —continué, observando a Kyllion detenidamente en busca de alguna señal de reacción.

Sus hombros se encogieron aún más, pero mantuvo su posición. Su silencio era tanto irritante como intrigante, desafiando el poder que tenía sobre él. Era un juego peligroso el que estábamos jugando, y podía sentir que ninguno de los dos quería dar el primer paso.

La mirada de Kyllion se encontró con la mía, sus ojos llenos de una emoción incomprensible. ¿Era miedo? ¿Desafío? ¿Resignación? No podía decirlo, pero solo avivó mi deseo de presionar más fuerte.

—¿Realmente estás dispuesto a arriesgarlo todo por tu orgullo? —pregunté, dejando mi copa de vino vacía sobre la mesa a mi lado—. ¿O crees que no respaldaré mis amenazas?

Mi corazón latía con fuerza mientras esperaba su respuesta, mis pensamientos giraban como el vino que había consumido. ¿Estaba realmente lista para castigarlo por su negativa? Y si es así, ¿qué decía eso de mí?

A medida que los segundos pasaban, Kyllion seguía sin ofrecer respuesta. Mi frustración

creció, amenazando con desbordarse. Pero debajo de todo eso, una pequeña parte de mí admiraba su lealtad inquebrantable hacia sí mismo.

—¡Habla! —exigí, golpeando mi mano en la mesa y haciendo temblar la copa de vino—. No lo preguntaré de nuevo.

Pero aún así, Kyllion permaneció en silencio, con la mandíbula apretada y los ojos inflexibles.

—Muy bien —murmuré, mi voz apenas un susurro mientras retrocedía. El peso del momento recaía sobre mí como una niebla opresiva—. Has tomado tu decisión.

Y con eso, me di la vuelta. Mi corazón estaba cargado con el conocimiento de que nuestros destinos habían sido sellados por el silencio entre nosotros. Al ver la falta de respuesta de Kyllion, aproveché el momento y alcancé los botones de su camisa. Mis dedos deshicieron hábilmente cada uno de ellos, revelando el pecho firme debajo. Mi aliento se detuvo al montarme sobre su regazo. Mientras me acercaba, noté gotas de sudor del tamaño de granos de maíz formándose en su frente fruncida.

—Kyllion —susurré, mi voz temblando de incertidumbre—. ¿Por qué no me tocas?

Su mandíbula se tensó, pero se mantuvo firme en su negativa. Podía sentir el calor emanando de su cuerpo. Sus manos, sin embargo, permanecieron firmemente a sus costados, como si estuvieran encadenadas por alguna fuerza invisible.

—¿Es esto lo que quieres? —pregunté, luchando por mantener la decepción fuera de mi voz. Con manos temblorosas, agarré su excitación, preparándome para llevarlo dentro de mí. Pero mientras me posicionaba sobre él, Kyllion permaneció inmóvil. Sus ojos, normalmente tan llenos de fuego y pasión, ahora parecían apagados y fríos.

—¡Maldito seas, Kyllion! —grité, incapaz de soportar más el peso de su rechazo. La frustración rugía dentro de mí como un incendio voraz, consumiendo todo pensamiento racional. Me puse de pie abruptamente y me alejé de él, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho.

—¡Vete! —grité, mi voz temblando con lágrimas no derramadas—. ¡Déjame!

Mientras Kyllion vacilaba, vi el destello más breve de dolor cruzar su rostro. Fue una pequeña victoria. Podía presionarlo más, derribar su resistencia hasta que estuviera completamente bajo mi control. O podía ceder y saborear el sabor de la victoria que ya había reclamado. Tan intrigante como era la primera opción, finalmente decidí que había dejado claro mi punto esta noche.

—Vete —susurré, mi voz apenas audible—. Solo vete.

Kyllion soltó un suspiro tembloroso de alivio, sus hombros encorvándose mientras la tensión abandonaba su cuerpo. Tropezó para ponerse de pie, deseando salir de la habitación, pero se detuvo en la puerta para mirarme.

—Gracias, Su Majestad —susurró, su mirada una mezcla compleja de gratitud y desafío. Y luego se fue, dejándome sola con el sabor amargo del arrepentimiento.

—Resulta que puedes hablar. Este jueguito tuyo no va a durar. Esta es tu segunda oportunidad, y no habrá tercera —murmuré.

Mientras permanecía sola en la cámara débilmente iluminada, mi corazón aún latía fuertemente por nuestro acalorado intercambio. No pude evitar preguntarme qué era lo que me había cautivado de este príncipe enigmático. Una cosa era segura: Kyllion había encendido en mí un fuego que no se extinguiría fácilmente. Y, ya sea que se diera cuenta o no, él había preparado el escenario para una batalla de voluntades como ninguna de las dos había visto antes.

La Tormenta Silenciosa

El amanecer nos recibió con un abrazo suave y brumoso mientras nos preparábamos para salir del castillo del Conde Aveyard. El aire estaba fresco, llevando consigo el aroma de la tierra húmeda y nuevos comienzos. A pesar de la empresa fallida en el Bosque Eldoriano, sentía una extraña anticipación. La sensación de que el camino por delante contenía más que simples aspiraciones políticas.

—Su Majestad, las carrozas están listas —me informó el Señor Gareth. Su armadura brillaba a la luz de la mañana temprana.

Asentí, mis pensamientos divagando hacia las misteriosas profundidades del bosque. Un lugar donde secretos y sombras se entrelazaban como amantes antiguos. —Gracias, Señor Gareth. No nos detengamos.

Mientras descendíamos las escaleras, el Conde Aveyard se acercó. Su manera era una mezcla de respeto y preocupación. —Su Majestad, espero que su viaje de regreso al palacio sea seguro y rápido —dijo, inclinándose ligeramente.

—Gracias, Conde. Su hospitalidad ha sido un faro de luz en estos tiempos inciertos —respondí. Ofrecí una sonrisa que no alcanzaba realmente mis ojos.

Luego, mis ojos encontraron al Príncipe Kyllion. Estaba parado a una distancia respetuosa, su expresión impenetrable. A pesar de su título como mi amante, un papel que lo unía a mí a los ojos de la corte, permanecía una distancia enigmática entre nosotros. Un abismo lleno de verdades no dichas y preguntas no formuladas.

La exuberante verdor del campo se desplegaba ante nosotros mientras cabalgábamos por los caminos sinuosos que se alejaban del castillo. El mundo parecía despertar, bañado en la luz dorada del sol naciente. Sin embargo, dentro de los confines de la carroza, un silencio persistía, cargado de pensamientos no expresados.

El viaje de regreso al palacio fue una tapicería de colores otoñales. Los árboles que bordeaban el camino eran un alboroto de rojo, naranja y amarillo. Sus hojas danzaban en la suave brisa, una sinfonía silenciosa al ritmo constante de nuestra procesión. Pero dentro de los confines de mi mente, reinaba un tipo diferente de tumulto.

A medida que la carroza avanzaba, el paisaje cambiaba de campos verdes a las vistas familiares del reino. El Príncipe Kyllion cabalgaba junto a mi carroza. Era una figura de gracia estoica, su expresión tan inescrutable como las estatuas de piedra que adornaban los jardines del palacio. La distancia entre nosotros era más que física. Era un abismo de palabras no dichas e

intenciones malentendidas. Él seguía en silencio. Yo tampoco quería hablarle.

Mi mirada se detuvo en él, contemplando el enigma que presentaba. Su rechazo de anoche me había herido más de lo que estaba dispuesta a admitir. Era absurdo sentirse herida por la frialdad de un hombre que no era más que una conveniencia política.

Sin embargo, mientras lo observaba, algo como remordimiento se agitó dentro de mí. —¿Despreciará mi presencia? —me pregunté en silencio, la pregunta resonando en las cámaras de mi corazón.

Me sorprendí cuando Señora Cassandra, quien iba en el carruaje conmigo, habló. —Su Majestad, si me permiten ser franca, el Príncipe... es un misterio. Pero quizás no del todo indiferente.

Me volví hacia ella, levantando una ceja en pregunta. —¿Y qué te hace decir eso, Señora Cassandra?

Vacílo, eligiendo cuidadosamente sus palabras. —Lo vi solo en los jardines anoche. Había una mirada en sus ojos, Su Majestad, una de conflicto, no de disgusto.

Sus palabras me hicieron detenerme. ¿Era posible que hubiera malinterpretado sus intenciones y sus sentimientos?

A medida que nos acercábamos al palacio, la grandeza de su arquitectura se elevaba majestuosamente contra el cielo cerúleo. Tomé una decisión. Enfrentaría esta incertidumbre. Esta curiosidad inquieta que el Príncipe Kyllion había despertado en mí.

Mientras el carruaje resonaba en las calles empedradas, las palabras de Señora Cassandra resonaban en mi mente. Miré por la ventana y observé la bulliciosa vida urbana de mi reino. Pero mis pensamientos permanecieron cautivos del príncipe misterioso.

—¿Conflicto, dices? —finalmente respondí, mi voz apenas por encima de un susurro—. Pero, ¿por qué debería estar en conflicto?

Señora Cassandra jugueteó con el dobladillo de su vestido. Una señal que había llegado a reconocer como su incomodidad al expresar sus pensamientos. —Bueno, Su Majestad, la corte es un laberinto de intriga y agendas ocultas. Tal vez el príncipe está atrapado entre el deber y el deseo.

Sus palabras resonaron dentro de mí. Yo también había sido víctima de esas implacables maquinaciones cortesanas. Si el príncipe compartiera algún parecido con mis luchas, aunque fuera improbable, traería un sentido de parentesco.

—Gracias, Señora Cassandra —dije suavemente, mi mente acelerada—. Tus observaciones son muy esclarecedoras.

Cuando el carruaje se detuvo frente al gran palacio, el Príncipe Kyllion me saludó.

—Su Majestad —dijo, saludándome con una reverencia rígida, su voz tan fría como el acero de su espada.

Cuando extendí mi mano, me saludó y me ayudó a bajar del carruaje. Era simplemente una forma de cortesía que no podía rechazar.

—Gracias, Príncipe Kyllion.

—Es mi deber, Su Majestad. —Sus palabras fueron escasas, simples cortesías que carecían de calidez o sinceridad.

Respondí, forzando una sonrisa. —Confío en que tu viaje haya sido cómodo.

—¿Cómodo? —Se burló. Sus ojos brillaban con una mezcla de enojo y algo más, algo indefinible—. Soy un prisionero en tu reino, Su Majestad. Así que mi viaje ha sido tan cómodo como ser un prisionero.

Sentí un arrebató de frustración, pero también una extraña fascinación por su desfachatez. —

Parece, Príncipe Kyllion, que ya me has juzgado a mí y a mi reino. Pero te insto a que mantengas la mente abierta. El odio es un ciego en lugar de una luz.

Sus labios se curvaron en una sonrisa sardónica. —Un sabio sentimiento, Majestad. Pero algunas verdades son más claras en la oscuridad.

Me reí. —Sospecho que la verdad es tan oscura como la noche en tu reino.

Vi cómo se movía ligeramente la comisura de su boca. El Príncipe Kyllion soltó mi mano y sonrió rígidamente.

—Creo que deberíamos separarnos aquí, Majestad.

Miré el palacio ante mí. —Tienes razón. ¡Que descanses, Príncipe Kyllion!

Con eso, se excusó y me dejó parada allí. Un torbellino de emociones revolvía mi interior. El odio en sus ojos era innegable, pero las palabras de la Señora Cassandra resonaban en mi mente. ¿Podría haber más en este príncipe enigmático que mera hostilidad? ¿Qué lo había convertido en una criatura tan compleja, llena de ira y resentimiento?

—Ser prisionero en otro reino y odiar a la reina que lo gobierna —pensé para mí misma. Mi mirada se detuvo en su figura que se alejaba—. Me pregunto cuánto tiempo podrá resistir este príncipe arrogante.

Lo observé desde la distancia, su alta figura moviéndose con una gracia que contradecía su claro desprecio. Sus ojos ámbar, cuando se encontraron con los míos, tenían un destello de algo insondable, algo que no era simplemente odio simple.

Pero en lo más profundo, una parte de mí también se preguntaba cuánto tiempo podría resistir la tormenta turbulenta que el Príncipe Kyllion había traído a mi vida. El juego de tronos y corazones acababa de comenzar, y sabía que ninguno de nosotros saldría ileso.

Coronación de la Esperanza

Esta noche, el Salón Real resplandecía con luz y risas, un testimonio de la grandeza de nuestra gala anual. Los candelabros arrojaban un cálido resplandor dorado sobre la habitación. Su luz se reflejaba en los suntuosos vestidos y uniformes pulidos de los asistentes.

El aire estaba perfumado con el aroma de rosas frescas y lilas. Sus arreglos adornaban cada mesa y rincón del vasto salón. Un cuarteto tocaba una melodía suave, sus notas entrelazándose con las conversaciones y risas que llenaban la habitación. Era una noche de esplendor, pero también de propósito. Esta fiesta, el punto culminante de la velada, era nuestro evento benéfico, una tradición que apreciaba mucho. Estaba de pie en la cima de la gran escalera. Mientras miraba sobre el mar de realeza e invitados distinguidos, no pude evitar sentir un sentido de orgullo.

Al descender las escaleras, el murmullo de la multitud cesó. Todos los ojos se volvieron hacia mí, y sentí el peso de mi papel como su reina. Esta noche no se trataba de pompa y circunstancia; era una oportunidad para extender nuestra benevolencia a aquellos menos afortunados. Me deslicé a través de la multitud, intercambiando saludos y sonrisas. Mi vestido barría el suelo de mármol con un susurro.

Cuando llegué al centro del salón, hice una señal para que la música se detuviera. La habitación quedó en silencio en anticipación. —Damas y caballeros —comencé. Mi voz resonó en todo el salón—. Nos reunimos aquí no solo para regocijarnos en nuestras bendiciones, sino también para extender nuestras manos y corazones a aquellos necesitados.

Mis palabras fueron recibidas con asentimientos y murmullos de acuerdo. Continué describiendo las organizaciones benéficas y causas que estábamos apoyando este año. Desde orfanatos hasta instalaciones médicas en los rincones más lejanos de nuestro reino. Los rostros en la multitud reflejaban una mezcla de compasión y determinación. Es un recordatorio del bien que se puede lograr cuando el poder y el privilegio se usan con amabilidad.

Entonces, en medio de la multitud, una voz solitaria rompió la ensoñación. —Su Majestad, si me permite —un caballero alto y robusto dio un paso adelante. Sus ojos oscuros se encontraron con los míos. Había un atisbo de desafío, pero también de respeto—. Mientras adornamos nuestras vidas con tal lujo, ¿cómo podemos entender verdaderamente la situación de aquellos a quienes buscamos ayudar?

Sus palabras provocaron un murmullo en la multitud, algunos sorprendidos, otros asintiendo en acuerdo. Encontré su mirada y sentí el remolino de una conexión, un entendimiento no expresado entre dos almas ansiosas por marcar la diferencia.

—Hablas la verdad, señor —respondí, mi voz firme pero llena de calidez—. Es fácil ofrecer caridad desde lejos. Pero para entender verdaderamente, uno debe presenciar las luchas de cerca. Quizás te gustaría acompañarme en los próximos días a visitar los lugares que buscamos ayudar.

Sus ojos se ensancharon un poco sorprendidos ante mi invitación, pero hizo una grácil reverencia. —Sería un honor, Su Majestad. Ver el mundo a través de tus ojos y tal vez ofrecer una nueva perspectiva.

La habitación zumbaba de emoción y curiosidad mientras se formaba una alianza improbable. Era una promesa de comprensión más profunda y conexión. Mientras la música continuaba, la multitud regresaba a sus celebraciones. Mi corazón se hinchó de esperanza y determinación, sabiendo que esta noche marcaría el comienzo de un viaje, no solo para mí, sino para mi reino.

A medida que avanzaba la noche, la fiesta recobró su espíritu vibrante. Pero ahora había una corriente subyacente de propósito. Nobles y dignatarios se acercaron. Prometieron su apoyo. Sus contribuciones eran una promesa de esperanza y cambio. La música continuó, y las risas se hicieron más fuertes, pero el verdadero éxito de la noche yacía en las promesas que se recolectaron. Un testimonio de la generosidad de nuestro reino.

Las festividades y esfuerzos caritativos de la noche se desarrollaron en la grandiosidad del Salón Real. Me retiré a mis cámaras privadas con mis confidentes masculinos más cercanos. Su compañía siempre era fuente de conversaciones sinceras y camaradería. Era un reconfortante contraste con las formalidades de la gala afuera.

La habitación era un refugio de tranquilidad, bañada en la suave luz de velas titilantes. Mis concubinos son cada uno una presencia única en mi vida. Compartieron historias e ideas, sus expresiones reflejando una mezcla de humor y lealtad. Su presencia era un bienvenido respiro de las demandas del reinado.

Mientras estábamos juntos, la ausencia del Príncipe Kyllion era palpable. Hubo un tiempo en el que su rechazo me habría preocupado profundamente, dejando un vacío en mis expectativas. Pero ahora me encontraba indiferente a si buscaba mi compañía o no. Había superado la necesidad de su aprobación.

—Su Majestad, pareces contemplativa esta noche —comentó Thomas, uno de mis concubinos. Su mirada era pensativa y preocupada.

Sonreí en respuesta, apreciando su perspicacia. —Es solo el deber usual de la reina —respondí, sin querer profundizar en pensamientos sobre Kyllion.

—¿Has conocido a tu nuevo concubino, Alteza? —preguntó Lucius.

—Ah, Kyllion. No creo que esté aquí —dije, dando un sorbo de vino.

—Tal vez el príncipe teme que no esté a la altura de tu sabiduría y fuerza —dijo William.

—O estaba intimidado por tu buen parecer —dije mientras acariciaba la mejilla de Lucius.

La risa llenó la habitación. Me uní, encontrando alegría genuina en su banter despreocupado. Su espíritu juguetón era una distracción encantadora. Hablar con ellos siempre es tan divertido como hablar con un amigo. Suspiré profundamente, y nunca tuve un solo amigo.

—¡Su Alteza es demasiado amable! —elogió Thomas.

Me reí. —Él solo está siendo arrogante cuando no es más que un prisionero y no tiene nada que darme.

—Tienes razón, Su Alteza. Él es muy diferente a nosotros —dijo Lucius mientras tomaba mi mano y la pasaba por su mejilla.

Con el transcurso de la noche, la conversación deambuló por varios temas. El nombre de Kyllion salió ocasionalmente, pero no profundizamos. No es como si Kyllion fuera una figura lo suficientemente importante como para discutir.

Con el tiempo, los sonidos de la gala comenzaron a desvanecerse, señalando el fin de las festividades de la noche. Al levantarme de mi asiento, sentí un sentido de satisfacción y claridad. El apoyo inquebrantable y la amistad de estos hombres me recordaron una cosa importante. La lealtad verdadera y la compañía eran mucho más valiosas que las atenciones impredecibles de un príncipe.

Les di las buenas noches y me retiré a mis aposentos. Estaba llena de un sentido de empoderamiento y autoconfianza. Me di cuenta de que mi viaje como reina había sido moldeado no por aquellos que me habían despreciado, sino por aquellos que se habían quedado a mi lado. A solas con mis pensamientos, sonreí y abracé el futuro que se extendía ante mí, con o sin el príncipe Kyllion. Ya no era importante pensar en él.

Un Encuentro Prohibido Sobre Ruedas

Con una sonrisa seductora, Lucius me llevó de la mano hacia la carroza que nos esperaba. Las linternas titilantes arrojaban sombras sobre sus rasgos esculpidos. Insinuaban un deseo no expresado que persistía entre nosotros. Tan pronto como la puerta hizo clic al cerrarse y la carroza comenzó su lento rodar de regreso al palacio, se inclinó y presionó sus labios contra los míos.

—Finalmente —pensé, sintiendo cómo mi corazón latía más rápido mientras respondía a su beso—. He esperado toda la noche por este momento—. Nuestras bocas bailaron juntas, y nuestras lenguas se entrelazaron a medida que la pasión crecía más intensa con cada segundo que pasaba.

—Lucius —susurré sin aliento entre besos.

—¡Te extraño, mi reina! —susurró Lucius.

Mis manos encontraron su camino hacia su pecho, desabrochando hábilmente los botones de su ropa. Sus ojos hambrientos nunca se apartaron de los míos mientras correspondía, alcanzando detrás de mí para ayudar con las tiras de mi vestido. Con cada prenda retirada, nuestra anticipación creció hasta que ambos quedamos expuestos y vulnerables el uno al otro.

—¿Estás segura, Su Alteza? —preguntó Lucius con hesitación, pero la lujuria en su voz traicionó sus verdaderos sentimientos.

—Más que nada —respondí, atrayéndolo más cerca y sellando mi respuesta con un beso abrasador—. Te necesito ahora.

Los ojos de Lucius ardían de deseo. Su mirada trazaba mi silueta mientras alcanzaba los cordones que sostenían unidos mi vestido.

—Permíteme ayudarte —susurró seductoramente. Sus yemas rozaron mi piel mientras aflojaba hábilmente los cordones. Sus labios se encontraron con los míos en un abrazo apasionado. Casi olvidé el mundo fuera de estas cuatro paredes.

—Lucius —murmuré sin aliento cuando la tela cayó de mis hombros. Permaneció envuelta alrededor de mi cintura, exponiendo mis pechos a sus ojos hambrientos.

—Dioses, eres hermosa —respiró, bajando la cabeza para dejar besos a lo largo de mi clavícula. La sensación envió escalofríos por mi espina dorsal, y mis dedos se enredaron en su cabello, instándolo a continuar.

—¡Ah! —jadeé cuando la carroza viró inesperadamente. Hizo que Lucius mordiera mi pezón más fuerte de lo previsto. Su mirada apologetica se volvió traviesa, y alivió la carne tierna con

suaves toques de su lengua.

—Lo siento, mi reina —murmuró. Me miró con preocupación. Pero la sensación solo sirvió para aumentar mi excitación.

—Sigue —insté, mirándolo a los ojos como si dijera —No te contengas.

—Tal vez un poco más de emoción es lo que necesitamos —sugirió. Sus manos descendieron por mi cuerpo para subir la tela restante de mi vestido. Sus dedos danzaron sobre la piel sensible de mis muslos internos, acercándose a mi centro.

—Por favor, Lucius —rogué, mi voz apenas por encima de un susurro—. Te quiero.

—Paciencia, amor —bromeó, tomándose su tiempo para acariciar y explorar cada centímetro de mí. Era deliciosamente enloquecedor. Podía sentir el calor acumulándose entre mis piernas, mi excitación creciendo con cada toque juguetón.

Estaba claro que Lucius no necesitaba más estímulo. Completamente erecto, desabrochó rápidamente las correas restantes de mi vestido.

—Basta —gruñí, tomando el control y empujándolo de vuelta al asiento acolchado. Cabalgándolo, guí su erección hacia mi entrada, disfrutando la forma en que sus ojos se oscurecieron de deseo.

—Tómame ahora —exigí, hundiéndome en él.

Se introdujo en mí con un poderoso impulso. Jadeé ante la repentina intrusión, pero mi cuerpo lo recibió con ansias. La sensación de ser llenada por Lucius era embriagadora, y ambos soltamos gemidos de placer.

—Por los dioses —gimió, sus manos aferrando mis caderas mientras yo empezaba a cabalgarlo. Los movimientos de la carroza solo servían para aumentar nuestro placer. Cada sacudida enviaba escalofríos de éxtasis a través de nosotros.

—Lucius... —gemí, agarrando sus hombros mientras él me sostenía, sin dar opción de escape, aunque no quería ninguno.

Respondió a mi súplica con una risa oscura y se embistió sin piedad en mí. Su miembro me llenaba. Cada embestida era un testimonio de su dominancia y nuestro deseo compartido. La fuerza de su penetración me dejó sin aliento. El placer abrumador recorría mi mente y mi cuerpo.

—Más —susurré, apenas audible sobre el sonido de mi respiración entrecortada—. No pares, Lucius.

Sus ojos centellearon peligrosamente en respuesta, y supe que había encendido algo salvaje en él. Cumplió con mi solicitud y continuó follándome implacablemente. Me empujó cada vez más cerca del borde.

—Lucius, estoy... casi allí. —Logré jadear, sintiendo la exquisita tensión construyéndose dentro de mí.

—Suéltate, Su Majestad —gruñó, sin romper nunca el ritmo—. Por favor, ríndete.

—Lucius —jadeé, sintiendo la familiar espiral de deseo creciendo dentro de mí.

—Ven a mí —instó, su voz tensa con contención. Nuestro ritmo se aceleró, el sonido de nuestros cuerpos chocando resonando en la carroza.

—¡Lucius! —exclamé, mi orgasmo desbordándose sobre mí como una ola gigante. Él siguió poco después, su liberación pintando mis paredes internas.

Y con esa orden, así lo hice, entregándome por completo a él y a las increíbles sensaciones que nos consumieron a ambos. Mientras nuestro clímax nos envolvía, la carroza continuaba su viaje constante de regreso al palacio. El mundo exterior no tenía idea del apasionado encuentro que acababa de desplegarse en su interior.

Al colapsar juntos, sin aliento y saciados, el mundo exterior dejó de existir. Todo lo que

importaba era el amor que compartíamos y la conexión íntima que nos unía. Incluso en el caos de una carroza en movimiento, encontramos consuelo en los brazos del otro.

Mareas de Deseo

Al detenerse el carruaje con suavidad, el rico aroma de jardines florecientes llenó el aire. El sol comenzó a asomarse sobre el horizonte. Proyectó un resplandor dorado en el majestuoso castillo que se alzaba orgulloso ante nosotros. Miré por la ventana y contemplé la vista de mi hogar, sintiendo una mezcla de comodidad y aprensión.

Lucius, con su larga melena capturando la luz de la mañana, se giró hacia mí, sus ojos cálidos y su sonrisa gentil. —Hemos llegado, Su Majestad —dijo, su voz como un bálsamo reconfortante para mis pensamientos inquietos.

Él bajó primero, extendiendo su mano para ayudarme a descender. Su toque era firme pero delicado, y no pude evitar sentir una sensación de seguridad al colocar mi mano en la suya. El carruaje, una magnífica creación de madera pulida y tallados intrincados, nos había servido bien en nuestro viaje. Sus robustas ruedas nos llevaron sin problemas a través de los variados paisajes del reino.

—Gracias, Lucius, por acompañarme esta noche —dije mientras mis pies tocaban el suelo. Las piedrecillas del camino crujían bajo mis zapatos.

—Fue un honor, Su Majestad —respondió, sus ojos nunca apartándose de los míos—. La noche fue tan iluminadora como agradable.

Nos dirigíamos hacia el castillo. Flores florecientes y setos cuidadosamente recortados bordeaban el camino. El castillo mismo se erigía como testimonio de la historia y prosperidad del reino. Sus torres imponentes se alzaban hacia el cielo, y sus ventanas resplandecían a la luz de la mañana.

—Lucius, tus perspicacias han sido invaluable —dije, rompiendo el cómodo silencio que se había instalado entre nosotros—. Tu perspectiva sobre las necesidades de nuestro pueblo ha abierto mis ojos a nuevas posibilidades.

Él sonrió, esa sonrisa encantadora y desarmante que había llegado a apreciar tanto. —Su Majestad, si me permiten la audacia, no se trata solo de ver sus necesidades. Se trata de sentir las y vivirlas. Así es como comienza el cambio real.

Sus palabras resonaron en mí, agitando un sentido de propósito y determinación. —Tienes razón, Lucius. Debemos hacer más que simplemente observar; debemos conectar y comprender.

Al acercarnos a la entrada principal del castillo, los guardias se inclinaron profundamente. Las puertas del castillo se abrieron, y me detuve, girándome hacia Lucius.

—¿Me acompañarás a desayunar? Tenemos mucho que discutir, y valoro tu consejo.

Su sonrisa se amplió, y sus ojos centelleaban con una mezcla de placer y sinceridad. —Será un placer, Su Majestad.

Lucius y yo conversábamos a la sombra de mi gran palacio. Nuestra charla estaba llena de potencial y promesas para el reino. Pero la aparición de otra figura en la entrada de mi palacio interrumpió repentinamente nuestra conversación. Era el Príncipe Kyllion, y su presencia era tan imponente como inesperada.

Los ojos afilados y penetrantes del Príncipe Kyllion se encontraron con los míos por primera vez. Sus ojos llevaban consigo una tormenta de preguntas y palabras no dichas. Luego, lentamente, su mirada se desvió hacia Lucius. Había un borde inconfundible en su mirada, un destello de antipatía, quizás incluso desconfianza, hacia Lucius. El aire de repente se volvió más denso, cargado con una tensión no expresada.

—Su Majestad, ¿puedo hablar contigo?

La vista de la repentina llegada del Príncipe Kyllion sin previo aviso era inusual. Este hombre también quería hablar conmigo, así que era aún más extraño. Me volví hacia Lucius y le di un golpecito en el brazo.

—Lucius —dije, mi voz era una cuidadosa mezcla de autoridad y calma—. Parece que tendremos que posponer nuestro desayuno juntos. ¿Me disculparás? Necesito hablar con el Príncipe Kyllion.

Lucius, siempre tan perceptivo, asintió con una reverencia respetuosa. —Por supuesto, Su Majestad —respondió, sus ojos encontrándose brevemente con los míos en un entendimiento silencioso antes de irse.

Una vez que Lucius estuvo fuera de oído, dirigí toda mi atención al Príncipe Kyllion. —Su Alteza —comencé, mi tono era a la vez acogedor e inquisitivo —esto es una sorpresa. ¿Qué te trae a mi palacio a esta hora temprana?

El modo de actuar del Príncipe Kyllion era una mezcla de urgencia y reserva. —Su Majestad —comenzó, su voz firme—, vengo con asuntos que necesitan tu atención inmediata.

—¿Sobre qué?

—Sobre mí, Su Majestad.

—¿Eh?

No entendía. ¿Por qué este molesto príncipe prisionero de repente hablaba de sí mismo?

—Perdóname, Su Majestad —dijo el Príncipe Kyllion, su voz baja y llena de remordimiento. Tomó mi mano, su toque enviando escalofríos por mi espina dorsal.

—¿No me quieres? ¿No me rechazas y no tienes deseo por mí?

—Lo siento, Su Majestad. Me he estado mintiendo a mí mismo todo este tiempo.

—¡Ajá, interesante!

Antes de que pudiera prepararme, sus labios encontraron los míos en un beso repentino y ardiente. Se sintió como si un rayo hubiera caído entre nuestras bocas, dejándome sin aliento. Mi corazón latía descontroladamente en mi pecho. Nuestras lenguas chocaron mientras explorábamos las bocas del otro, una danza alimentada por la pasión y el deseo crudos. Nos besamos tan fuerte que me quedé sin aliento.

—Espera —jadeé, apartándome por un momento para recuperar el aliento. Mis ojos se encontraron con los de Kyllion, llenos de una intensidad que nunca antes había visto.

—Continuemos —susurró, su voz ronca y llena de anhelo—. Te deseo, Majestad.

Un torrente de emociones me invadió: confusión, curiosidad y un toque de miedo. Pero en el fondo, sabía que mi deseo por él simplemente no estaba presente. Mi cuerpo permaneció insensible a sus avances, incluso mientras mi mente intentaba procesar el torbellino de

sensaciones.

—Gracias por el beso, Príncipe Kyllion —dije en voz baja, ignorando su solicitud—. Fue... inesperado.

—De nada, Alteza. ¿Nos vamos a la cama o al sofá? —preguntó con una leve sonrisa. Sin embargo, sus ojos no parecían nada complacidos.

Su oferta de hacer el amor también parecía más como si alguien le dictara que lo dijera. Este hombre claramente no lo deseaba en absoluto.

—Gracias por tu oferta, Príncipe Kyllion.

—Pero no me apetece tener sexo por la mañana.

—Está bien, Majestad —murmuró, su voz teñida de tristeza—. Si eso es lo que deseas.

Después de eso, me fui sin mirar atrás. No me importaba y no quería saber lo que él pensaba. Él era simplemente mi concubino y prisionero de otro reino. Nada más que eso.

Su partida dejó muchas preguntas sin respuesta. Toqué mis labios y borré sus marcas de besos. ¿Por qué alguien frío que a menudo me rechazaba me besaría? ¿No me estaba humillando para mantener su orgullo? ¿Qué está pasando?

Serpientes en el Jardín

Sola, caminé hacia la ventana, mis pensamientos tan turbulentos como el mar. Kyllion, el misterio que me perseguía.

La luz de la luna bañaba la habitación con un suave resplandor. Su brillo etéreo contrasta fuertemente con el torbellino de emociones dentro de mí. Anoche, Kyllion finalmente se rindió. Sentí la embriagadora oleada de la victoria. El hombre era finalmente mío. En ese momento, no era solo una reina. Era una mujer.

Un golpe en la puerta me sorprendió. Ni siquiera me había preparado para el estudio, y Mary todavía me estaba vistiendo con ropa formal. Pero el golpe en la puerta era exigente.

—¿Su Majestad, ¿debería ver quién es? —preguntó Mary, su voz teñida de preocupación.

Asentí, una sensación de inquietud se colaba en mis pensamientos. El golpe sonaba exigente, casi urgente. La puerta se abrió chirriando para revelar a Señor Gareth, mi leal y normalmente imperturbable guardia. Sin embargo, su rostro era una máscara de tensión y pánico, una visión tan rara que me estremeció.

—¿Qué te trae aquí con tanta prisa, Señor Gareth? —pregunté, mi voz firme a pesar del palpar de mi corazón.

—Su Majestad —comenzó, su voz una mezcla de urgencia y respeto—. Ha ocurrido un desarrollo muy inquietante. Un intruso ha entrado en los terrenos del palacio.

¿Un intruso? ¿En mi palacio? El pensamiento era a la vez inquietante e irritante.

—Y este intruso —insistí —¿dónde está ahora?

Los ojos de Señor Gareth se desviaron hacia el suelo antes de encontrarse con los míos nuevamente. —Han entrado en el harén, Su Majestad. La parte del palacio donde se encuentran tus concubinas.

Una ola fría de miedo me invadió. El harén no era solo un lugar de reclusión. Era un santuario para aquellos bajo mi cuidado, un símbolo de la benevolencia y la fortaleza de mi reinado.

—¿Encontraste al intruso anoche?

—Su Majestad —comenzó, su tono teñido de incertidumbre—. Hemos buscado en cada rincón del harén, pero el intruso... No está en ninguna parte. He interrogado a quienes viven allí, y todos afirman no haber visto a nadie.

Consideré sus palabras, mi mente acelerada. La posibilidad de que el intruso aún pudiera estar dentro de los muros del palacio era inquietante. Pero la alternativa, que el intruso fuera uno de los propios habitantes del harén, era un pensamiento cargado con sus propias complejidades.

—O el intruso ha encontrado un medio de escape del que no tenemos conocimiento, o —hice una pausa, pesando mis palabras—. Estamos lidiando con un engaño desde adentro.

Señor Gareth asintió, su expresión seria. —¿Qué desea que hagamos, Su Majestad?

—Duplicad la guardia —ordené, mi determinación firme—. Y haced discretas investigaciones. Alguien debe saber algo, y es imperativo que descubramos la verdad.

Mientras Señor Gareth se retiraba para llevar a cabo mis órdenes, caminé hacia el balcón, desde donde se veían los exuberantes jardines del palacio. La belleza de las flores en flor y el suave susurro de las hojas en la brisa contrastaban fuertemente con la agitación que se gestaba dentro de mí.

Fue entonces cuando Lucienne se acercó, sus pasos tan silenciosos como un susurro. —Su Majestad —dijo en voz baja—, ¿puedo hablar libremente?

Asentí, curiosa por su perspicacia.

—Hay rumores —comenzó Lucienne, sus ojos sosteniendo los míos—. Que este intruso, quienquiera que sea, no es simplemente un buscador de conocimiento. Algunos creen que podría estar conectado con las facciones rivales en la corte, quizás incluso un espía.

¿Un espía en mi palacio? El pensamiento envió un escalofrío por mi espina dorsal. Las maquinaciones políticas de la corte eran una red enredada de alianzas y enemistades. La idea de que alguien pudiera estar usando mi harén, mi santuario, como peón en su juego de poder, era exasperante.

—Mantén tus oídos abiertos, Lucienne —dije firmemente—. Debemos proceder con cuidado. Si hay un traidor entre nosotros, no deben saber que estamos sobre ellos.

El caso de la infiltración del palacio anoche ni siquiera ha salido a la luz aún. Lucienne, que informó que había un traidor en el harén, ni siquiera ha salido de mi vista. Esta vez, el informe provino de Señor Michael, mi consejero de confianza.

—Su Majestad —comenzó Señor Michael, su voz baja y urgente—. Anoche, la santidad de la Biblioteca Real fue violada. El Libro de la Sabiduría Eterna fue robado.

Mis dedos se apretaron en el brazo de la silla. Las implicaciones de tal robo estaban más allá de la comprensión. El conocimiento contenido en este antiguo tomo tenía la llave para la prosperidad de nuestra estirpe y la estabilidad de nuestro reino.

Me levanté de mi silla, mi mente acelerada. —Encuentra a los culpables, Señor Michael. No escatimes recursos. El libro debe ser recuperado a toda costa.

Cuando el consejero de confianza se fue, me encontré sola con el peso de la historia del reino sobre mis hombros. El aire en la cámara parecía cargado de misterio. Susurré a las fuerzas invisibles que protegían el reino.

—Esto no es solo un robo; es un ataque a nuestra herencia —reflexioné, el eco de mis palabras resonando en toda la amplia habitación.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal, pues sentí que las respuestas estaban envueltas en el misterio. La búsqueda del Libro de la Sabiduría Eterna acababa de comenzar, y las sombras de la traición se cerraban. Con determinación en mi corazón, juré desentrañar el misterio que amenazaba los cimientos mismos de mi reinado. La seguridad de mi reino y la santidad de mi corte pendían de un hilo. Sabía que los días venideros serían cruciales para desentrañar este misterio.

* * *

Fin del Libro 1

Lee el próximo libro de Los Deseos Reales: Tronos de Pasión.

Table of Contents

- [1. Prólogo](#)
- [2. El Trono Maldito](#)
- [3. El Hombre Elegido](#)
- [4. El Harén de Susurro](#)
- [5. Enlazada con la Tentación](#)
- [6. El Médico Imperial](#)
- [7. Los Consejos Susurrados](#)
- [8. Interrogando al Destino](#)
- [9. Sorpresas y Límites](#)
- [10. Un Trono Sin Heredero](#)
- [11. Seducción Soberana](#)
- [12. El Tributo de los Reyes](#)
- [13. Príncipe Kyllion de Elydien](#)
- [14. Conclave de Sombras](#)
- [15. La Prisión de Terciopelo](#)
- [16. El Primer Enfrentamiento](#)
- [17. La Seducción de la Reina](#)
- [18. El Tormento de la Reina](#)
- [19. Un Juego de Sombras](#)
- [20. La Profecía](#)
- [21. La Pelea Inevitable](#)
- [22. Cerca de la Muerte](#)
- [23. La Partida Misteriosa](#)
- [24. Una Rechazo Sin Precedentes](#)
- [25. La Tormenta Silenciosa](#)
- [26. Coronación de la Esperanza](#)
- [27. Un Encuentro Prohibido Sobre Ruedas](#)
- [28. Mareas de Deseo](#)
- [29. Serpientes en el Jardín](#)